# IMAGO MUNDI

REVISTA DE HISTORIA DE LA CULTURA



N.º 5 - SEPTIEMBRE DE 1954
BUENOS AIRES

#### IMAGO MUNDI

Revista de Historia de la Cultura

DIRECTOR

José Luis Romero

Consejo de Redacción

Luis Aznar, José Babini, León Dujovne, Ernesto Epstein, Vicente Fatone, Roberto F.Giusti, Juan Mantovani, Alfredo Orgaz, Francisco Romero, Jorge Romero Brest, José Rovira Armengol y Alberto Salas

> SECRETARIO DE REDACCIÓN Ramón Alcalde

Todos los trabajos publicados en esta revista son integramente inéditos. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin mencionar la procedencia.

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Suscripción anual (4 números)

Argentina: 50 pesos Extranjero: 4 dólares

Número suelto

Argentina: 15 pesos Extranjero: 1,25 dólares

Todos los cheques deben extenderse a la orden de Ediciones de Historia de la Cultura S. R. L.

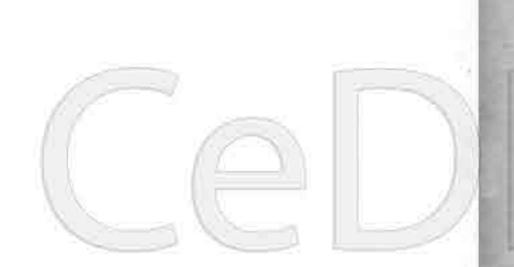
DISTRIBUTIORES

Fondo de Cultura Económica Independencia 802 — Buenos Aires

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Callao 56 - 19

Buenos Aires - Argentina



## Histoire Générale des Réligions

J. Baruzi-Berguer - F. M. Braun - R. Caillois
G. Contenau - J. Danzas - G. Dumezil
A. J. Festugière - James Frazer - M. Goguel
St. Langdon - A. Lewitzsky - Macalister
P. Masson Oursel - M. P. Nilsson - P. O'Reilly
R. P. Perrier - M. Puech Ryckmans - J. Sainte Fare Carnot - J. Soustelle - H. Strohl
G. Wiet, etc.

#### 5 TOMOS

2.350 páginas 24,5 x 31

1.965 ilustraciones en heliograbado

40 láminas fuera de texto a todo color

## ARISTIDES QUILLET

PARIS 278 Bd. St. Germain BUENOS AIRES Corrientes 1132



SUIPACHA 121 Y 375
RIVADAVIA 6782 Y 11416
O A B I L D O 2 1 6 2
C A L L A O 5 2
B O E D O 8 3 2
S A N J U A N 2 3 3 4
G A O N A 3 2 3 7
Y SUS 25 SUCURSALES

MANAGE IN SHE

#### LA POBLACION INDIGENA Y EL MESTIZAJE EN AMERICA

por ANGEL ROSENBLAT

El más equilibrado planteo y la da sobre la población básica de nuetsro continente. Vol. I: La población indígena. 1492-1950. Vol. II: El mestizaje y las castas coloniales. 2 tomos en formato mayor ...... \$ 80,—información mejor documenta-

#### EDUCACION Y LIBERTAD

por J. B. CONANT presidente de la Universidate de Harvard

Función de las escuelas en una democracia moderna . \$ 30.—

#### PROLEGOMENOS PARA UNA METAFISICA DE LA ESPERANZA

por GABRIEL MARCEL

La obra de madurez del eminente pensador francés \$ 30.-

#### LAS APTITUDES FUNCIONALES Y LA EDUCACION

por R. VAUQUELIN

Relación entre las aptitudes individuales innatas y la educación ...... \$ 32.—

#### EPITOME DE CULTUROLOGIA

por J. IMBELLONI

Teoría y aplicación de la doctrina etnológica histórico-cultural ...... \$ 45.—

#### HISTORIA DE LA LITERATURA PATRISTICA

por LUIS M. DE CADIZ

Análisis y clasificación de todos los autores que contribuyeron a la formación del pensamiento cristiano, desde los evangelistas hasta el siglo XII. 600 nágs.

> Solicite catálogos y el boletín informativo

#### Editorial NOVA

PERÚ 613 BUENOS AIRES



### HACHETTE

COLECCION "NUMEN"

#### CERVANTES

(La Invención del Quijote)

por ARTURO MARASSO

El eminente escritor argentino cumple aquí una labor doblemente valiosa: su juicio penetrante y su erudición extensa le permiten ofrecer un maravilloso estudio sobre la personalidad literaria de Cervantes, poniéndonos en contacto directo con la intimidad de su novela inmortal.

Volumen de 334 págs. \$ 50 .-

\*

COLECCION "EL MIRADOR"

#### VIDA DE VIVEKANANDA y EL EVANGELIO UNIVERSAL

(Ensayo sobre la Mística y la Acción de la India Viviente)

por ROMAIN ROLLAND

Romain Rolland nos brinda en este libro, que viene a ser la segunda parte de su monumental ensayo sobre la India viviente (la primera lo constituía Vida de Ramakrishna, Ed. Hachette, Bs. Aires), la realización práctica de la obra espiritual del Maestro, en la voluntad firme y vigorosa de una personalidad extraordinaria: Vivekananda.

Volumen de 336 págs. \$ 35.—

EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN EL

#### PALACIO DEL LIBRO

MAIPU 49 - 34/3131 CORDOBA 2015 - 83/8191 BUENOS AIRES



ATENCION DE

# CERVEZA CERVEZA



## Alberto Grimoldi

FABRICACION DE CALZADO SOC. ANON.

H. Yrigoyen 2851

T. E. 62-6621



## E. J. E. A.

EDICIONES JURIDICAS EUROPA-AMERICA

Balcarce 226 - Ofic. 1-5

T. E. 30 - 1511

#### OBRAS CUMBRES DEL SABER JURIDICO

ENNECCERUS KIPP WOLFF JOSSERAND RIPERT POLACCO SCIALOJA BRUNETTI MESSINEO GOLDSCHMIDT

CHIOVENDA CARNELUTTI CALAMANDREI GORPHE DE LITALA SATTA MORELLI LOPEZ DE OÑATE

MANZINI CUELLO CALON

Distribución exclusiva en la República Argentina de las obras de BOSCH, Casa Editorial, de Barcelona

(En sus tres secciones: I. Derecho y materias afines; II, Ciencias; III, Varia)

SOLICÍTENSE CATÁLOGOS DE LAS OBRAS DE AMBOS SIGNOS EDITORIALES

## DAVAR

REVISTA LITERARIA

No 52

#### SUMARIO

Para la biografía de Kajka, por Max Brod \* El contenido de las letras de América, por Juan Carlos Ghiano \* Los tres caminos, por Eugen Relgis \* Sobre judaísmo y cristianismo, por Jacob Taubes \* Los problemas jurídicos en Israel, por el doctor U. Yadin \* In memoriam Lothar Bickel, por el doctor Meyer Kesten \* El Antiguo Testamento en la literatura francesa, por André Spire \* Los libros Revista de revistas \* La luz perpetua

MAYO - JUNIO

BUENOS AIRES

#### EDITADA POR LA SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

El número: \$ 4.00 para socios y \$ 6.00 para no socios.

Suscripción a 6 números:
\$ 20.00 para socios y \$ 30.00 para no socios.

SARMIENTO 2233

T. E.: 47-7783 - 48-5889

## GOMYCUER S. A.

DERINS CHMERRES DEL SABER INFIDICO

AUSTRALIA TO THE PROPERTY OF T

THE RESERVE THE PARTY OF THE PA

the sense of the plant of the sense of the s

5 7 8 16 - 16 ×

CALZADO VULCANIZADO

Zapiola y Tucumán

BUT E TORAL A TARRED VIOLENCE

CASTELAR F.C. N. D. F. S.

BERT CONTROLLER

#### REVISTA de DERECHO

Sumario del Nº 1:

M. GARCÍA-PELAYO:

Sobre los supuestos y consecuencias de la socialización.

MAURICIO L. YADAROLA:

Titulos de crédito

Bibliografía - Notas - Estudios

Editada por el Centro de Derecho y Ciencias Sociales

Las Heras 21 65 - 2274

#### Revista Interamericana de Bibliografía Inter-American Review of Bibliography

Organo cuatrimestral documentado que contiene artículos, reseñas de libros, notas y repertorios bibliográficos selectos relativos a la América Latina. Un grupo de corresponsales dispersos en cuarenta y dos países y territorios suministran informes acerca de autores, libros, revistas, editoriales y bibliotecas.

Publicada por la División de Filosofía, Letras y Ciencias, Departamento de Asuntos Culturales, Unión Panamericana, Washington 6, D.C.

Precio de suscripción: 3.00 U\$A al año en América y España; 3.50 U\$A en los demás países.

J. Villegas, Madrid - Nicola Zanichelli, Bologna - Hermann & Cie., Paris - Atlas Publ. & Distr. Co. Ltd., London - G. E. Stechert & Co., New York - H. Bouvier & Co., Bonn a/Rh. - F. Rouge & Cie., Lausanne - Fr. Kilian's Nachfolger, Budapest - F. Machado & Cie., Porto - The Maruzen Co., Tokyo

#### "SCIENTIA"

LA REVISTA QUE TRATA TODAS LAS CIENCIAS (1954 - Año 480)

Director: P. Bonetti

Comité Científico: G. Abetti - R. Almaggio - G. Colonnetti - A. Ghigi - F. Giordani - G. Gola - M. Gortani - G. Levi Della Vida - G. Montalenti - A. Montalenti - A. Niceforo - E. Persico - M. Ponco - P. Rondoni - F. Severi "SCIENTIA" es la única Revista en su género que: Tiene una difusión mundial \* Trata los problemas más nuevos y fundamentales de todas las ramas del saber \* Se precia de tener entre sus colaboradores a los más ilustres Científicos de todo el mundo \* Publica los artículos en la lengua original de su Autor (español, italiano, francés, inglés y alemán). \* Cada fascículo incluye un SUPLEMENTO conteniendo la traducción francesa integra de todos los artículos que en el texto están publicados en otra lengua que no sea la francesa. Por estos motivos "SCIENTIA" es del más grande interés para todos los estudiosos de todos los países.

Información, prospectos y cuadernos de muestra gratuitos de años atrasados son remitidos contra envío a

"SCIENTIA" - ASSO (Como, Italia)

de 6 pesetas en sellos —con preferencia de correo aéreo— de su País, para gastos de envío y franqueo

Para un fascículo del año en curso sírvase remitir 24 pesetas, o suma equivalente en otra moneda, cantidad que será deducida del importe de su suscripción.

Precio de la suscripción en todos los países: 12 U.S.A. dólares



#### TIPIFICACION OFICIAL DE ENVASES

Por resolución del Ministerio de Industria y Comercio, que establece la tipilicación y uniformidad de envases y precios de pastas dentifricas, desde ahora "BIODEN" se expende en tubos más grandes, de 77 grs. al precio de . . . . . \$ 560

Y siempre podrá Ud. beneficiarse con 

dentifrico Confiene, "BIODEN" elimino el mal aliento producido por comidas, bebidas, tabaco, etc.
Adopte "BIODEN"... usted también!

Confie al dentista la salud de su dentadura visitándolo periódicamente.

Comp. Arg. de Cosm., S. A. - Cap. \$ 10.000.000 -Guatemala 4645 - Bs. As.

DOBLE ACCION:

los dientes DESODORIZA

Conserve sus dientes limpios y sanos, con el uso diotio de "BIODEN" I ... Su suave pasto verde, de riquisimo sabor, limpia a fondo los dientes. Por la acción de la CLOROFILA que contiene, "BIODEN" elimino el

CURTIEMBRE LOS CABRITOS S. A.

DIRECTORIO 5691

CAPITAL FEDERAL 68-1288

## Mercado Proveedor de Vélez Sársfield

**RIVADAVIA 8351** CAPITAL FEDERAL

67-0435



Salta 2087 Cheshire 2089

Brandsen 4755

CAP. R. FREIRE 305/15 BUENOS AIRES 76 - 3068-9

## CROMUS S. A.

Salta 2087 Oncativo 2084 Brandsen 4755

> AVELLANEDA - F. C. N. G. Roca T. E. 22 - 6969 22 - 9635

GRIMOLBIO S.R.L.

#### LIBERALIS

UNA TRIBUNA POR EL HOMBRE LIBRE

SUMARIO DEL Nº 28 ABRIL-MAYO-JUNIO 1954

LA POSICION DEL HOMBRE LIBRE

Luis A. Pini

LA ASISTENCIA TECNICA TRANSFORMA-DORA, INSTRUMENTO DE LA DEMOCRACIA

A. E. Calcagno

ACTUALIDAD DE AMERICA - CRONICA SOBRE GUATEMALA

LA RESOLUCION DE LA SUPREMA CORTE DE E.E.U.U.

NOTAS — LIBROS — COMENTARIOS — CRONOLOGIA

PROXIMO NUMERO: EN HOMENAJE A JUAN BAUTISTA ALBERDI

SUSCRIBASE EN VIAMONTE 1481, piso 3°, CAPITAL

REDIAS

LAROUSSE



DESDE 1852 El Mejor Diccionario del Mundo!

CORDOBA 392/400 esq. RECONQUISTA T. E. 31 - 6430



URUGUAY

CHILE

PERÚ

COLOMBIA

# ULTIMOS LIBROS

PABLO NERUDA, Odas elementales
BIBLIOTECA CONTEMPORANEA
MARTA BRUNET, Montaña adentro (núm. 253) . \$ 7.— Tres vigorosas narraciones que reflejan artísticamente la realidad rural chilena. Prólogo de Guillermo de Torre.  EDUARDO CABALLERO CALDERÓN, Ancha es Castilla (núm. 254)
las reflexiones y evocacienes que sugieren al celebrado autor de El Cristo de espaldas.
HORACIO QUIROGA, Cuentos de la selva (núm.
255)
GABRIEL MIRÓ, El humo dormido (núm. 256) \$ 8.— Un nuevo libro del autor levantino, con su personal estilo y su sentido tan eminentemente plástico del idioma.
PAUL CLAUDEL, El libro de Cristóbal Colón  (núm. 259) \$ 7.—  La obra dramática de Claudel que ha alcanzado a más vastos auditorios y que en los últimos años ha recobrado toda su grandiosidad espectacular merced al entusiasmo devoto de Jean-Louis Barrault.
NUEVAS EDICIONES
FEDERICO GARCÍA LORCA, Libro de poemas (7ª ed.)
AMADO ALONSO y PEDRO HENRIQUEZ URE- ÑA, Gramática castellana I (12 <sup>8</sup> ed.) \$ 18.— OSKAR PFISTER, El psicoanálisis y la educación
(3ª ed.) \$ 17.—
ARTURO USLAR-PIETRI, Las lanzas coloradas (Bca. Contemporánea núm. 64; 2ª ed.) \$ 8.—
EDUARDO BARRIOS, El niño que enloqueció de amor (Bca. Contemporánea núm. 207; 2ª ed.) . \$ 6.—
EDITORIAL LOSADA S. A.
ALSINA 1131 — BUENOS AIRES

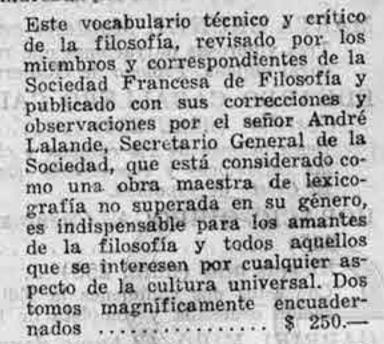
#### "ELATENEO" PRESENTA

4 LIBROS QUE NO DEBEN FALTAR EN SU BIBLIOTECA

VOCABULARIO TÉCNICO Y CRITICO DE LA FILOSOFÍA

por André Lalande

Obra laureada por la Academia Francesa



DICCIONARIO MANUAL DE PSICOLOGIA por Horace B. English

En los dominios de la Psicología, el problema de la comprensión terminológica es uno de los más complicados, tanto por su procedencia etimológica como por las diversas escuelas que en la actualidad representan a esta disciplina. Al compilar y escribir este diccionario su autor ha contemplado dicho problema y la necesidad de una ordenación didáctica fácilmente comprensible. 540 páginas, encuadernado \$ 90.—

VOCABULARIO

2 obras de René Le Senne (de la "Colección Cultura Universal")

#### INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA

Una magnifica y moderna introducción que relata, con acertado criterio, todas las peripecias intelectuales por que ha pasado el conocimiento filosófico, desde la experiencia común hasta el idealismo puro y personal de Hamelin y el contemporáneo existencialismo. Rústica \$ 35.—

#### TRATADO DE CARACTEROLOGÍA

FLORIDA 340 . BUENOS AIRES . CORDOBA 2099

## IMAGO MUNDI

#### REVISTA DE HISTORIA DE LA CULTURA

Año I, número 5

Buenos Aires, Argentina

Septiembre de 1954

#### INDICE

ENSAYOS ——
ADOLFO SALAZAR, La transformación de la prosodia clásica a ex- pensas del acento. (Segunda parte)
MARCEL BATAILLON, Historiografía oficial de Colón de Pedro Már- tir a Oviedo y Gómara
Juan Marichal, Gutierre Diez de Games y su "Victorial" 40
NOTAS
Tulio Halperin Donghi, Positivismo historiográfico de José Ma- ría Ramos Mejía
Luis Tobfo, La pintura bizantina y nuestro tiempo 64
Jaime Culleré, Las tres vertientes de la historia de la cultura . 69
TEXTOS Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA
Coleridge y las teorías artísticas del Romanticismo inglés 76
CRONICA
Juan Mantovani, Relaciones culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo (pág. 83).
Una colección de monografías sobre escritores ingleses (pág. 84). Concurso internacional de la revista "Diógenes" (pág. 85). Vigésimo aniversario del Fondo de Cultura Económica (México) (pág. 86).

#### RESEÑAS

Crombie, A. C. Augustine to Galileo; the history of science, por José Babini (pág. 87). Hagberg, Knut, Carl Linnaeus, por Lorenzo R. Parodi (pág. 89). Borah, Woodrow, New Spain century of depression, por Tulio Halperin Donghi (pág. 90). Jiménez de Quesada, Gonzalo, El Antijovio, por Gregorio Weinberg (pág. 92). Torres-Ríoseco, A., Ensayos sobre literatura latinoamericana, por David Viñas (pág. 93). Jaspers, Karl, La razón y sus enemigos en nuestro tiempo, por Regina Gibaja (pág. 96). Jasinowski, Bogumil, Historia filosófica de la cultura, por Luis E. Noussan Lettry (pág. 97). Dos Santos, Reynaldo, L'art portugais, architecture, sculpture et peinture, por Jorge Juan Garat (pág. 100). Croce, Benedetto, Storiografia e idealita morale; conference agli alumni dell' Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi, por Tulio Halperin Donghi (pág. 101).

#### BIBLIOGRAFIA PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA

Obras históricas generales (pág. 105). Historia antigua (pág. 105). Historia medieval (pág. 106). Historia moderna (pág. 108). Historia contemporánea (pág. 111). Historia americana colonial (pág. 111). Historia americana independiente (pág. 113). Historia de las ideas sociales (pág. 115). Historia de las ideas económicas (pág. 116). Historia de las literaturas clásicas (pág. 117). Historia de la literatura francesa (pág. 117). Historia de la literatura inglesa (pág. 118). Historia de la filosofía (pág. 121). Teoría e historia de la historiografía (pág. 122). Historia de la educación (pág. 122). Historia de las artes plásticas y de la arquitectura (pág. 123). Historia de la ciencia (pág. 124). Historia de las ideas jurídicas (pág. 128).

#### LA TRANSFORMACION DE LA PROSODIA CLASICA A EXPENSAS DEL ACENTO

(Segunda parte)

os fenómenos sucesivos en el griego y en el latín fueron la sincopación y la reducción vocálica (por ejemplo: artena por arytaina; perstroma por perístrooma; en el latín vulgar Marpor por Marcipor, fridam por frigidam; en castellano, habré por haberé, etc.) todo lo cual fué consecuencia de los hábitos de pronunciación acarreados por el acento de intensidad. Por la misma causa, las vocales no acentuadas se debilitan o se acortan. Una breve acentuada obliga a que se acorte la larga que va detrás de ella, que es lo que se llama la ley de "brevis brevians" (por ejemplo: modo, no módo; amor, no ámor) lo cual viene a ser como la recíproca del alargamiento de las breves cuando recaía en ellas el acento, sobre todo en el final del vocablo. Todas las lenguas romances son acentuadas que heredan sus acentos de la matriz latina. Escritores latinos sobre su idioma, como Varrón, Cicerón y Quintiliano, no opinan así al hablar del acento latino y prefieren analizar los vocablos bajo sus diferencias de acento tónico y de cantidad, pero su argumentación es débil porque se ve que tratan de aplicar a la retórica latina los preceptos que habían aprendido en los tratadistas griegos cuyos términos técnicos procuran asimilarse, conforme lo habían hecho con sus divinidades (HDB, p. 19).

La nueva terminología latina era defectuosa por lo que se refiere al acento, y una de sus fallas consistió en las discrepancias acerca de la esencia del circunflejo y su colocación afectada por él. Pero no parece haberse reconocido que el circunflejo, acento va-y-ven, es más bien un acento de tono que de fuerza. Otros retóricos como Servius y Pompeyo no siguen tan estrechamente los preceptos griegos y reconocen en el idioma latino un acento dinámico. En cuanto al acento tónico, hubiera sido raro que los escritores latinos hubieran sabido analizarlo convenientemente puesto que su estudio es muy reciente y es obra de los fonéticos modernos, pero no podía escaparse a su oído (AR, I, p. 4). Cicerón

(QDP, l. XI, cap. III), fundándose en Aristoxeno\* (y Quintiliano lo recoge), habla del "cantus obscurioris" que existe en el discurso y que "en cierto modo le es natural" (et hoc quodam naturali initio 'venit), y lo hace con referencia, no al timbre de las voces agudas, graves y medias, sino a un canto más oscuro que tanto Demóstenes como Esquines se reprochaban mutuamente al pronunciar sus discursos, sin contar "con las peroraciones de los frigios y los carios que son ya casi canciones" (QDP, l. XI, cap. III; AM, p. 130,  $n^{o}$  53). Más concretamente, Quintiliano dice en otro pasaje: "evidentemente, la muchedumbre no conoce los pies ni los ritmos; no comprende qué es lo que ofende a su oído ni por qué, pero la naturaleza ha situado en nuestros oídos la justa apreciación de todo lo que es largo o breve en los sonidos, de la misma manera que la agudeza o la gravedad". Sin duda puede ser un vicio, como en los frigios y los carios, pero es una propensión tan natural que no escapan a ella los grandes oradores (CBr, XCI, p. 314; KV, I, p. 68). La "remissio et moderatio uocis" de que habla Cicerón podía ser un matiz dinámico, pero es muy difícil que no hubiese ido acompañada de una oscilación tónica. Es curioso que lingüistas como Meyer-Lübke piensen que el acento tónico pudo ser un fenómeno posterior y añadido al dinámico. Más bien parece que fueron simultáneos, y, si acaso cabe pensar en una prioridad, debió ser a favor del acento tónico. Creo que Mrs. Du Bois (HDB, p. 21) está en lo cierto al decir que: "Francamente, es imposible imaginar un acento tónico despojado por completo de diferencias de intensidad, o un acento dinámico que no vaya acompañado por una elevación y caída de la voz, porque en el esfuerzo que hay que hacer para producir un tono más alto empleamos inconscientemente mayor energía y viceversa". De manera que, añade esa autora: "Tenemos motivo para creer que el griego, en el tiempo de Varrón y Cicerón, había comenzado ya a mostrar síntomas del cambio que ha convertido al griego moderno en un idioma acentual. La diferencia entre un acento tónico con creciente propensión

a convertirse en dinámico, y un acento dinámico acompañado (como en las lenguas romances) por un tono musical, no podía escapar a la observación de los hombres predispuestos a encontrar analogías". De los tres gramáticos que cita a continuación, solamente mencionaremos nosotros algunas frases decisivas. Así las de Servio, en el siglo IV: "Accentus in ea syllaba est, quae plus sonat. Inuenimus enim naturali ratione illam syllabam plus sonare, quae retinet accentum atque usque eodem nisum uocis ascendere". El acento dinámico y el tónico parecen aquí puestos de acuerdo. Pero el plus sonare (sonar más) en la sílaba que plus sonat (más suena) puede ocurrir de dos maneras: por virtud de la intensidad o de la duración. Pompeyo, en el siglo siguiente, comenta y amplía lo dicho por su antecesor y los ejemplos que arguye son elocuentes: "et quam uideris plus sonare a ceteris, ipsa habet accentum. Ut puta si dicas orator, quae plus sonat? -ra ipsa habet accentum. Optimus, quae plus sonat? illa quae priora est. Numquid sic sonat -ti et -mus, quemadmodum op? Ergo necesse est, ut illa syllaba habeat accentum, quae plus sonat a reliquis" \*\*. Y, en efecto, tanto -ra como op- en los vocablos elegidos por Pompeyo son sílabas largas, tras de las cuales las restantes (reliquae) sólo son breves. Parece claro que la cantidad y los acentos tónicos y dinámicos, se han reunido ya en la prosodia latina, con lo cual el "accentus est anima verborum et anima vocis" \*\*\*. La cantidad, si es que estaba aludida en esas líneas, quedaba ya por debajo del acento. El equilibrio clásico y ancestral sufría un cambio en su centro de gravedad. Las lenguas vivas como el latín hablado, y no sólo el escrito por los poetas, iba a precipitarse por ese portillo abierto en las esclusas de la retórica, sin duda exquisita, pero convencional.

Versificación métrica y versificación rítmica (LHM, p. 175).

— En el sistema de versificación de la época clásica helénica el papel del poeta consistía en hacer que volviesen a intervalos regulares las porciones de las palabras más aptas para ser pronun-

\*\*\* "El acento es alma de las palabras y de la voz."

<sup>\* &</sup>quot;Hay una melodía oscura en el lenguaje ordinario, λογωδὲς μέλος (logodés mélos) y una melodía propia de la música μουσικὸν μέλος (musicón mélos)." Cfr. LALOY, L. Aristoxene de Tarente. Paris, 1904. Lexique.

<sup>&</sup>quot;El idioma griego hablado en Roma era: a) el de los puristas aticistas como Luciano, que retrocedían hacia los modelos clásicos del Atica; b) Una especie de griego colonial empleado por los extranjeros helenizados y los griegos de Asia, conocido como dialecto levantino y que puede verse en el Nuevo Testamento; c) A medio camino entre éstos, está el dialecto común o convencional, he koiné diálektos, conservado en los Septuaginta, Polybio y Plutarco" (Edmonds, J. M. An introduction to comparative philology, for classical students. Cambridge, 1906. p. 101).

<sup>&</sup>quot;"El acento está en la sílaba que suena más. Pues comprobamos de un modo natural que suena más la sílaba que retiene el acento, y hasta allí sube la fuerza de la voz."

<sup>\*\* &</sup>quot;Y la [sílaba] que veas sonar más que las otras, ésa tiene el acento. Por ejemplo: si dices "orator", ¿cuál suena más? [Pues] la misma [sílaba] -ra tiene el acento. [En] "Optimus", ¿cuál suena más?: la primera. ¿Suenan acaso [las sílaba] -ti y -mus como [la sílaba] -op. Luego, es necesario que tenga el acento la sílaba que suena más que las restantes."

ciadas con un acento de intensidad; es decir, más propias para caer en el tiempo marcado. Naturalmente es más fácil pronunciar con intensidad una sílaba larga o una sílaba breve seguida de otra que si se trata de pronunciar una sílaba breve aislada: así ocurría que generalmente el poeta colocaba sobre el tiempo marcado una sílaba larga, o bien un grupo de dos sílabas breves. Pero según la definición del acento antiguo, el tiempo marcado podía caer indiferentemente sobre una sílaba átona o sobre una sílaba acentuada: de esa manera el acento no jugaba ningún papel en la versificación antigua. Havet pone como modelo los dos versos siguientes de Virgilio, donde la palabra lucos tiene sucesivamente el tiempo marcado en una u otra de sus sílabas:

Eneida, VII, 11: Dies in Accesos uni solis filis lucos. Georg., IV, 476: Uox quoque per lucos vulgo exaudita silentes.

Pero cuando la voz apoyó siempre sobre la sílaba acentuada más que sobre las otras, ya no ocurriría lo mismo. De ahí en adelante, el lugar de la intensidad quedó fijo para cada palabra y para obtener un ritmo regular era preciso que llegasen las sílabas intensas fijas de las palabras en los lugares del verso donde caían los tiempos marcados. En la más antigua versificación griega pueden encontrarse atisbos de la caída del tiempo marcado sobre la vocal larga del pie, con lo que el acento tético se confunde con el tiempo marcado (LHM, § 71).

Los versos anapestos griegos tienen por pie fundamental la sucesión de dos sílabas breves seguidas por una sílaba larga sobre la cual cae el tiempo marcado 🗸 🗸 , que se transcribe musicalmente como:

mero, cuando la lengua griega se acomodaba mal con una sucesión de tres sílabas breves (LHM, p. 34). Una modificación ocurrió, que parece haber sido la sustitución de una de las breves por una larga; en ese caso, con el resultado de un pie de tres unidades, o la fusión de dos breves en una larga, que produciría un pie de dos unidades en una especie de síncopa. En el troqueo, el tiempo marcado cae sobre la sílaba inicial del pie — (1); en el yambo cae sobre la segunda — (1). Si de un verso yámbico se hace abstracción de la primera sílaba: (1d., p. 87). Rítmicamente, pues, el verso yámbico es un verso trocaico aumentado en medio pie al comienzo. Ese semipié que precede al primer tiempo marcado de un verso recibe desde los filólogos alemanes el nombre de anakrousis (si krousis es el tiempo marcado, la anakrousis o anacrusa es como un pre-tiempo marcado). En la versificación métrica la anacrusa no juega papel alguno, pero en la rítmica es de una importancia fundamental (1d., p. 135).

En la versificación de los poetas de Lesbos, como en la de Homero, el tiempo marcado cae siempre sobre una sílaba larga, nunca sobre su resolución en dos breves. Alceo y Safo, sin embargo, empleaban dipodias trocaicas y yámbicas en las cuales el propio Arquíloco, que les es anterior, admitía la resolución de

las largas fuertes.

La versificación destinada a los coros trágicos o del dityrambo suponía un punto de "métier" especial que Havet subraya con mucho interés (CHM, p. 165). Píndaro -dice en efecto-, en sus odas, y los poetas dramáticos, en sus coros, gozaban de entera libertad, toda vez que componían simultáneamente las palabras y la música y no tenían que sujetarse a las reglas de un género determinado. Cada uno de sus coros y de sus odas presenta una es tructura diferente, que variaba con el aire que la acompañaba; así, cada uno de estos trozos líricos pediría un estudio particular. La única ley general que los poetas tenían que observar era establecer una correspondencia exacta de las sílabas en los trozos destinados a cantarse sobre el mismo aire. En los coros dramáticos, los trozos líricos iban ordinariamente de dos en dos: a cada estrofa corresponde una antiestrofa que, por lo demás, puede estar separada de ella, o bien por otros trozos líricos o bien por el diálogo. La estrofa y la antiestrofa se cantaban con la misma melodía y estaban acompañadas por movimientos simétricos de los coreutas. De ahí una necesidad de correspondencia exacta en cada detalle, tanto en la duración de las sílabas como en el lugar de los cortes principales (cesuras). Tal simetría suele encontrarse también en las ideas expresadas y en la forma misma de las palabras. Una oda de Píndaro se compone de cierto número de grupos ternarios o tríadas; cada tríada comprende una estrofa, una antiestrofa y un epodo. Todas estas tríadas se responden entre sí sílaba a sílaba. Además, en el interior de cada tríada ocurre la misma correspondencia entre la estrofa y la antiestrofa. Así en la cuarta Pítica, que comprende trece de esas tríadas, la misma melodía de la estrofa se repetía veintiséis veces y la del epodo trece veces (Id., p. 175).

Seguimos resumiendo a Havet en sus observaciones, muy claras, sobre los últimos destinos de la versificación antigua, llegado ya el momento de la versificación métrica. En los últimos siglos de la antigüedad, dice, la vieja prosodia había desaparecido de la pronunciación corriente del latín. Las sílabas largas y breves no eran ya, valga la palabra, las mismas que en tiempo de Plauto o Virgilio (mediados del siglo III a. C., a segunda mitad del I). La versificación de Claudiano (un griego de Alejandría que se trasladó a Roma a fines del siglo IV y abandonó su lengua nativa por la latina) y de sus contemporáneos no era ya más que una imitación de la de los poetas clásicos, en la que no se tenían para nada en cuenta las modificaciones fundamentales sufridas por la lengua de esa época, tras de un proceso de siglos. Claudiano estudiaba la prosodia de las palabras latinas como hoy podemos hacerlo nosotros al analizar las obras de Virgilio, Horacio u Ovidio. "En lo que concernía a la pronunciación. Claudiano escribía ya en una lengua que había muerto" (Id., p. 174).

Al mismo tiempo que la pérdida de la cantidad antigua, iba produciéndose en la lengua latina un cambio paulatino más importante todavía. El acento, hasta los primeros siglos de nuestra Era, tenía una importancia puramente tónica. Una vocal acentuada se pronunciaba con una elevación de voz más aguda que la de las sílabas átonas. Pero desde el siglo tercero esta sílaba aguda se había convertido en una sílaba intensa y su acento no era ya acento tónico sino un acento dinámico o de intensidad. En la pronunciación, la sílaba acentuada estaba apoyada más que una átona. La diferencia melódica que antes existía entre las sílabas acentuadas y las átonas dejó de ser tónica para convertirse en rítmica. El acento, al cambiar de naturaleza, no cambió de sitio en la palabra. La sílaba aguda del tiempo de Virgilio siguió sien-

do la sílaba intensa que ocupaba el mismo lugar de la anterior en el tiempo de Claudiano. Así, queda definido ya el ritmo dinámico como una vuelta regular de sonidos más o menos intensos; el ritmo melódico como una sucesión de sonidos más o menos agudos. Ambos aspectos coincidían en la nueva estructuración de la melodía. El principio fundamental de la nueva versificación, rítmica tanto como tónica, consistió en la coincidencia del acento con el tiempo marcado, es decir que las thesis del pie eran las que recibían el acento (en el sentido griego del vocablo thesis). Con ello la versificación rítmica se separa en absoluto de la versificación métrica de los grandes clásicos. Este nombre de "versificación rítmica" tarda, sin embargo, en llegar, y solamente aparece desde el siglo V para designar a los versos fundados sobre el acento dinámico (rhythmus). El acento tónico conservó su nombre original de "tónos".

Las reglas generales de la versificación rítmica parecen, hoy, muy simples (Id., p. 177). En primer término no se tuvo ya en cuenta para nada la prosodia antigua. El número de sílabas quedó fijo para cada tipo de verso, pudiendo ser separadas las sílabas por el hiato, si era necesario. El ritmo, en general, era binario, es decir que las palabras acentuadas caían de dos en dos, una sí y otra no. La alternación de sílabas intensas y débiles, o sea acentuadas y átonas, al presentarse en palabras de más de dos sílabas, como en apparebit (él aparecerá), acarreaba que una palabra polisílaba llevase dos acentos de intensidad. En apparebit el acento principal estaba sobre la e, de manera que había que crear un acento secundario sobre la sílaba inicial. a. de esa manera: apparébit. En el vocablo propositum (propósito), cuyo acento principal está en o, el acento secundario se habría de hacer en um (Havet anota: propositúm). "El ritmo binario debía, pues, ser necesariamente el de la poesía popular de los latinos del bajo Imperio, de la misma manera que, muchos siglos antes, el ritmo dactílico había nacido entre los griegos por la cadencia natural de su manera de hablar", según acaba de decirse para el verso homérico. Es importante reproducir algunos ejemplos que menciona Havet entre los primeros de la versificación rítmica latina. El primero de ellos está sacado de un himno sobre el Juicio Final:

> Apparébit répentina — dies mágna dómini Fúr obscúra uélut nócte — improvisos óccupáns

Bréuis tótus tum parébit — Prísci lúxus sáeculí Tótum símul cúm clarébit — Práeterísse sáeculúm\*

La alternación de los ictus y de las cesuras son exactamente las mismas que en el antiguo tetrámetro cataléctico trocaico, pero aquí cada tiempo marcado coincide con un acento, principal o secundario, y la cantidad es indiferente. En la versificación prosódica, estos versos sonarían completamente falsos:

Otro ejemplo notable por la regularidad de su alternación de sílabas átonas y acentuadas (como el anterior) es el Dies irae cuyo texto se atribuye a Tomás de Celano, uno de los compañeros de San Francisco (secuencia de la Misa de Difuntos). Su idioma, entre el siglo XII y el XIII ya, es el latín vulgar, y en la versificación interviene un elemento nuevo de incalculable trascendencia: la rima. La forma de versificación es la de estrofas de tres tetrapodias que riman conjuntamente:

Díes írae, díes ílla Sóluet sáeclum ín fauilla: Téste Dáuid cúm Sibylla"

En cuanto a su melodía, cuyo origen se ignora, es interesante observar, en el verso inicial, que el acento tónico coincide con el dinámico: cada sílaba acentuada está colocada uno o dos puntos sobre la sílaba átona que la sigue, y cuando esto no ocurre la sílaba acentuada sube respecto de la átona anterior. En el tercer verso se rompe la uniformidad, pero es probable que la manera de acentuarse este verso fuese: Teste Dávid, como de la misma manera que en Cum Sibylla:

\* Aparecerá repentino — el día grande del señor Como un ladrón en noche oscura — tomando por sorpresa a los desprevenidos. Entonces, breve parecerá todo — el lujo del tiempo antiguo. Cuando aparezca que todo — tiempo ha pasado.

\* Día de ira, aquel día disolverá el tiempo en pavesas: [así son] testigos David y la Sibila



La música en esta secuencia comprueba lo dicho por Havet: que con tal que se observe con exactitud el número de sílabas, el oído queda satisfecho —por lo regular— con el retorno del acento en los pies que terminan el verso o el hemistiquio. En los pies iniciales (solvet, teste) el orden de las átonas y de las tónicas no es siempre regular.

La opinión general es que Tomás de Celano adaptó a su poema una melodía ya conocida. En el responso *Libera me Domine* hay un verso en donde la coincidencia de ambos acentos se observa asimismo, lo cual probablemente indica su remota procedencia:



Hay rastros en la literatura griega de cantos populares y de oficios en los cuales importa sobre todo una repetición de fonemas (más que propiamente palabras), posibles onomatopeyas cuya estructura rítmica está determinada por el acento dinámico, verosímilmente en conjunción con el tónico. El canturreo en los oficios (chanting) parece ser de origen mágico, como fórmula propiciatoria para el buen trabajo. Las fórmulas de conjunto y encantamiento, según se estima corrientemente, son anteriores a las épocas históricas, pero nada se opone a que siguiesen practicándose en tiempos posteriores, no solamente en diferentes tipos de culturas, sino incluso en áreas sociales más o menos atrasadas dentro de la misma cultura, donde se practicarían por tradición. Las fórmulas de encantamiento pudieron no haber tenido nunca un significado concreto en sus fonemas (es decir, que no se compusieron de vocablos propiamente dichos), o bien su significado original se perdió con el tiempo, mientras que generaciones posteriores siguieron empleando los anteriores grupos silábicos con sucesivas alteraciones (por ejemplo, los negros de América). (FBL, p. 77.) Los dos puntos de vista son posibles dentro de una misma fórmula, ya que en muchas que han pasado a lo que se denomina como "folklore" hay un cuerpo principal que puede entenderse como estructura poética (ódica, cántica) y un aditamento perifrástico de distinta

estructura que aquél, más breve y compacto y de una melodía más claramente estructurada. Este otro cuerpo se entiende como "estribillo", o "refrain" y a veces consiste en un melisma sobre una sola silaba. El ejemplo pertinente es el de los hallee hebraicos que se cantan en la liturgia cristiana como Alleluia seguida del Jubilus. Las canciones de oficios han persistido largo tiempo como tales. Otras canciones de diferentes procedencias, pero en las que es posible discernir una ejecución danzada, continúan vigentes hasta nuestro tiempo. Algunas canciones de niños, en nuestras lenguas europeas, deben de tener un origen análogo\*. Cierto tipo de ellas, como las escolias o ascolias, habían caído ya en esa zona pueril en Grecia, después de haberse usado en los festines como fórmulas para la improvisación poética. Los filólogos aluden a esas formas breves de estructuras silábicas, con significado vocabular o sin él, para deducir la existencia de una poesía popular, rítmica y acentual, anterior a las estructuras formales como el hexámetro griego. La formación, en lengua latina, de giros apodícticos (refranes, dichos sentenciosos, proverbios, adivinanzas) es un fenómeno similar y llega también a nuestros días en nuestras lenguas \*\*. Ateneo (ATD, XIV, p. 618) recuerda varias canciones de oficios recogidas en viejos escritores griegos: la titulada "himaios" era una canción de molino; la de los tejedores era conocida como "ioulos". Se cantaban también los "ioulos" para que Démeter propiciase las cosechas de cebada; las "Demetrouloi" tenían un estribillo llamado "kalliouloi": las canciones que las niñeras cantaban a las criaturas que cuidaban se llamaban "katabaukaleses". canciones para dormir (de βουκολῶ (baukaló), la paz preliminar para el sueño); la canción de la siega era conocida como "lityerses"; los "boukolíasmos" eran canciones de esquileo. Un sinfín de pequeños cantos formularios se entonaban en invocación de las divinidades o en ocasión de determinados actos de la vida social (hymenaios, o canciones de bodas; linos, o plantos fúnebres: ialemos o endechas, etc.). Aristófanes menciona en Las Ranas el canturreo que entonan los volatineros cuando pasan por la cuerda floja. Algunos de estos estribillos, también entendidos como "tere-

#### álei, mýla, álei, kaí Pittakós gár álei

versillos seguidos por otro donde se cree encontrar un ritmo onomatopéyico:

#### megálas Mytilánas basileýoon,

Keller (KSV, p. 81) menciona el cantar de los niños del Atica cuando aparecían los primeros pájaros en la primavera, según lo entienden los escoliastas de Aristófanes. Los cambios fonéticos de otros cánticos, como el juego de la tortuga en Pollus, alargamientos de vocales cortas acentuadas y acortamientos de sílabas largas sin acento en cánticos griegos de análoga estirpe, se entienden ser una consecuencia acarreada por el acento dinámico. En tiempos posteriores, tanto versos coliambos como los στίχοι πολιτιχοί (stikhoi politikoi) o versos del vulgo ciudadano proceden, más que de los modelos de los poetas, de aquellos orígenes populares que, en esa clase de versos, alcanzan una especie de plenitud en su género, donde quedaron detenidos secularmente.

Un proceso semejante se observa, con mayor claridad por la abundancia de datos, en la primitiva poesía latina desde sus orígenes como cánticos invocativos, o sea, una fase acentual anterior a la poesía métrica cuantitativa. Se ha preguntado reiteradas veces si las primeras manifestaciones del lenguaje, superiores como propósito al del uso cotidiano estaban, propiamente, en prosa o en verso. La respuesta de Hickman Du Bois (HDB, p. 24) me parece digna de transcribirse: "Las primeras expresiones de todos los pueblos están en verso; no verso en el sentido de un arreglo definido de sílabas que inevitablemente hiere al oído como un arreglo diferente al de la prosa, sino que las palabras están obligadas a seguir una especie de ritmo rudo al ser cantadas una vez y otra en homenaje a algún dios o en las tareas diarias que se

<sup>\* &</sup>quot;Nursery rhyme sequences": "ena, mena, mina, mo, catch a nigger by his toe"... "pinto, pinto, gorgorito, saca las vacas de veinticinco"... "faîne, faîne, dans la râ (raie) du chêne"... "exi hodie nata, si ante nata, si hodie creata, si ante creata..."

\*\* Sententiae en latín: "Fôrtes fortúna ádiuuat", "Súmmun iús súmma iniúria" (Cicerón): "Pôst aséllum diária non súmo", "Assem hábeas ássem váleas" (Petronio); "Lônge fúgit qui súos fúgit" (Nonius): "Múltis éget qui múlta hábet" (Aulo Gelio): "Qui múltum hábet plús cúpit (Séneca); "Tánto tienes tánto vales", "Chi vá piáno, vá lontáno".

realizan colectivamente." "Ahora bien —añade—; cualquiera que sea la opinión que se tenga acerca de la naturaleza del ictus en la poesía cuantitativa, no puede haber dos opiniones referentes a la naturaleza del acento en música. Tanto en la música más primitiva como en la más refinada, el acento descendente es un acento fuerte colocado donde el pie recae sobre la primera sílaba de la medida." En los primitivos cantos en todos los dialectos latinos el acento quedaba reforzado por las aliteraciones sobre la sílaba acentuada y por la reiterada repetición de las sílabas finales tanto como de las palabras. Los dos ejemplos provienen de los cantos a Marte, el primero en las Tablas Iguvinas; (tabulae Eugubinae, de Igurium, hoy Gubbio, en la Umbría) uno o dos siglos a. C. (MC, p. 12):

Sérfe Mártie Préstota Çerfier Çérfier Mártier Túrsa Çérfier Çérfier Mártier...

el segundo, citado por Catón en su De Re Rustica (CRR, p. 141):

Márs páter té précor quàesóque uti síes/uolens propítiùs míhi dómo/familiàeque nóstrae...

Catón menciona otros varios ejemplos en donde la repetición de palabras va encadenada por la de los acentos, ya en fórmulas de invocación a una divinidad, como Júpiter Dapalis:

> Júpitèr Dapális quód tíbi fíeri opórtèt in-dómo famílià méa

donde la virtud estriba en la similar organización de los acentos en el verso, o más apretadamente en formulillas de encantamientos con su repetición solidaria de acentos y de palabras (CRR, p. 160):

Húat, hánat, húat íste, písta, sísta dannábo dánna ústra

o bien este otro citado por Plinio, que tenía que estar repetido tres veces (PHN, XXVII, p. 131):

Reséda, mórbis, reséda acín, acín quís hic-púllus égerit radíces nec cáput nec pédes hábeant.

La aliteración constituye el encanto, "carmen" "charme", de algunas fórmulas mágicas como la que da Varrón para curar el dolor de muelas, bien que tenga que ser repetida veintisiete veces:

#### Térra péstem tenéto Sálus híc manéto

tras de lo cual el dolor va expulsado al suelo en la saliva que se escupe, acción muy reiterada en las imprecaciones mágicas y de la cual pueden verse reiterados ejemplos en Combarieu y Sebillot (CMM; SPC; VLL, VI, p. 21), así como en otras fórmulas que ofrece Miss Du Bois. En la canción potatoria que menciona el mismo Varrón, sólo se trata de ingerir el vino con felices resultados, de lo que el mejor signo es la posible repetición de la fórmula sin que se trabe la lengua:

Nóuum uétus uínum bíbo, Nóuo uéteri mórbo médeor

De los más antiguos ejemplos que se conozcan de poesía latina anterior a los versos saturnios, los Carmina Saliaria ya eran incomprensibles en tiempos de Horacio. El Carmen Fratuum Arvalium que era un cántico religioso, todavía solidario de prácticas mágicas, se componía de una invocación regularmente acentual:

#### Énos Láses iuuáte

repetida tres veces, y de una serie de dísticos tres veces repetidos, como:

> Néve lúem rúem Mármar sins incúrrere in pleóres

donde la aliteración juega papel predominante, así como la repetición en el estribillo final:

### Triúmpe, triúmpe, triúmpe triúmpe, triúmpe (triúmpe).

Esta insistencia sobre un vocablo-clave llega a su máximo en los cantos de exultación, como en los bárbaros versos de los soldados de César que cita Suetonio (SVC, p. 49) y la de Volpiscus (VVA, p. 6) en su Vida de Aureliano:

Mille, mille, mille, mille decollauimus
Unus homo, mille, mille, mille decollauimus
Mille, mille, mille, mille, bibat qui mille occidit
Tantum uini nemo habet quantum fudit sanguinis . . .

germen de los versos saturnios; pero cuando los versos cuantitativos fueron extendiéndose, las dos características más señaladas de los primitivamente acentuales, la aliteración y la repetición, fueron decayendo, aunque todavía se encuentran huellas en Plauto y Terencio. Sin embargo, en los versos cuantitativos la coincidencia entre la cantidad y el acento tético que llega en los hexámetros de Ovidio a un sesenta y cinco por ciento, tiende a aumentar, y con ello parecen resurgir aquellas antiguas características (HDB, p. 27)8. Ya en la octava Egloga de Virgilio tienden a hacerse más frecuentes, y en la poesía semipopular de los incipientes cristianos, en los tres primeros siglos de la nueva era, la coincidencia entre los valores métricos y acentuales, la aliteración y repetición de palabras y frases lleva a la asonancia, especialmente señalada en el fin de los versos, y de ahí a la rima. Rima y acento tético son esenciales en los primitivos himnos cristianos que, todavía cuantitativos en gran parte de los ambrosianos, tienden a una creciente regularidad en la alternación acentual silábica.

A estos Numeri italici (número = ritmo, del juego de palabras ἀριθμός-ρυθμός, arithmós-rüthmós) siguieron en los países latinos los Numeri Saturnii que han servido de liza a los filólogos para sus discusiones acerca de si los versos saturnios fueron cuan-

titativos o acentuales. La autoridad más antigua sobre la que se basan los primeros es la de Cacsius Bassus, que en un verso como

"Nevio parece haber sido el último de una antigua línea de poetas. Ennio (Ennius) fué el fundador de una nueva dinastía. Nevio celebró la Primera Guerra Púnica en verso saturnio, el antiguo verso nacional de Italia. Ennio cantó la Segunda Guerra Púnica en ritmos tomados a la Iliada. Cicerón habló altamente más de una vez del poema de Nevio. Ennio se burlaba de él, pero lo saqueó. El verso saturnio, según los gramáticos (Hermann, Elementa doctrinae metricae, III, 9) estaba formado de dos partes. La primera era un dímetro yámbico cataléctico; la segunda estaba compuesta por tres troqueos. Pero las licencias que los latinos primitivos se tomaban respecto de esta forma fueron ilimitadas. El verso saturnio más perfecto que se ha conservado fué obra de un amateur, no de un artista profesional:

#### Dabunt malum Metelli Naeuio poctae.

"Ha habido muchas discrepancias entre los eruditos respecto a la historia de la medida (del saturnio). Que era la misma de los griegos empleada por Arquiloco está fuera de duda (Benely, Phalaris, XI). Pero, a pesar de la autoridad de Terenciano Mauro y de la autoridad todavía más allá de Bentley, podemos aventurarnos a la duda de que la coincidencia no hubiese sido fortuita. Continuamente encontramos los mismos "numeri" simples y rudos en diferentes países bajo circunstancias que hacen imposible sospechar que haya habido imitación de una u otra parte. El obispo Heber oyó a los niños de una aldea de Bengala cantar "Radha, Radha" con la melodía de "My boy Billy". Ni los ministriles castellanos ni alemanes debieron nada a Paros ni a la antigua Roma. Y sin embargo, el poema del Cid y el de los Nibelungos contienen muchos versos saturnios, como:

Estas nuevas a mio Cid eran venidas. A mi lo dicen; a ti dan las orejadas.

Man mohte michel wunder von Sifridesaguen Wa ich den Künic vinde daz sol man mir sagen...

En verdad, no puede haber verso saturnio más perfecto que uno que se canta por todas las nodrizas inglesas:

The Queen was in her parlour cating bread and honey

y, sin embargo, el autor de este verso, podemos asegurarlo, no tomó prestado nada a Nevio ni a Arquíloco.

Por otra parte, no es tampoco improbable que, doscientos o trescientos años autes de los tiempos de Ennio, algún ministril latino quizá visitó Sybaris o Crotona donde pudo escuchar cantados algunos versos de Arquiloco; pudo agradarle el metro y lo introduciría en Roma. Lo que es muy cierto es que el metro saturnio, si no fué original de Italia, se naturalizó allí tan pronto y tan completamente que se olvidó su origen extranjero.

Bentley dice que el metro saturnio fué llevado, en un principio, desde Grecia a Italia por Nevio. Pero esto es simplemente obiter dictum, como dicen los leguleyos, y no debe ser cosa que mantuviese firme el incomparable crítico, cuya memoria es reverenciada por todos los amantes de la ilustración. Los argumentos que podemos aducir contra la aserción de Bentley (porque es una mera aserción, no apoyada en prueba alguna) son innumerables. Bastarán unos cuantos.

 La aserción de Bentley se opone al testimonio de Ennio. Este se burlaba de Nevio porque escribió sobre la Primera Guerra Púnica en versos tan viejos que los más antiguos bardos italianos los habían empleado antes de que se conociese la literatura griega...

2. Se opone al testimonio de Horacio. "Cuando Grecia, dice, introdujo sus artes

en nuestro país inculto, los toscos versos saturnios cayeron en el olvido"...

3. Se opone al testimonio de Terenciano Mauro, al cual Bentley mismo acudió como testimonio. Lo que Mauro dice es que el metro saturnio, aunque los romanos de una antigua época (credidit vetustas) creyesen que era invención itálica, era, en realidad, un préstamo tomado a los griegos, pero Mauro no dice que el primero en tomarlo de los griegos fuese Nevio... (MACAULAY, THOMAS B. Lays of ancient Rome. Ed. de Leipzig, 1851. pp. 19-21).

<sup>\*</sup>Estadísticas comparativas entre los choques y los acordes entre la cantidad y el acento tético en la versificación latina pueden verse en HICKMAN DU BOIS, ELI-ZABETH. The stress accent in Latin poetry. New York, 1906. pp. 79, 81, 83 (Humphrey), con los ejemplos correspondientes.

#### Dabunt malum Metelli//Naeuio poetae

encuentran, en su primera mitad, una sucesión de pies yámbicos o - o - o - mientras que la segunda, tras de una cesura, es de pies trocaicos: - o - o - -, pero el viejo autor reconoce que algunos versos (como el de muestra) son demasiado largos o demasiado cortos para poder presentarlos como esquema regular. Los partidarios de la escansión acentual se basan en lo que se conoce de la poesía latina popular y observan que la versificación saturnia está contenida en los hechos siguientes (cuya demostración abreviamos, como materia polémica entre filólogos que es):

- A) El choque entre el acento dinámico y la cantidad es demasiado duro en la mayoría de los versos; dureza que no parece natural en un tipo de poesía popular.
- B) Aparte de las sílabas finales, las sílabas arbitrariamente alargadas (para la simetría métrica) son escasas.
- C) Un gran número de sílabas finales alargadas en la thesis (latín arsis), lo cual refuerza la opinión de que el hecho se debe a la naturaleza acentual del verso.

Posiblemente ocurrió, y tal es la opinión de Bartsch, que hubo una épica indoeuropea primitiva de la que habría derivado tanto el hexámetro homérico como el saturnio, e igualmente el sloka hindú y el Langzeile viejo alemán (WM, p. 56). Esos poemas habrían estado formados por versos de ocho pies, con cesura después del cuarto. Este tipo de verso que corresponde al septenario trocaico de los griegos fué el metro favorito de los cánticos exultantes de los soldados de César (tantum vini nemo habet//quantum fudit sanguinis) (Gallias Caesar subegit//Nicomedes Caesarem); también lo fué en la poesía bizantina y en la épica española y no menos usado fué en los tiempos trovadorescos, con su división corriente en dos hemistiquios de cuatro pies cada uno y fin de verso rimado, que es asimismo la forma de los primeros himnos cristianos. Los especialistas piensan que los versos de cuatro, cinco y seis pies a ocho fueron los primitivos, mientras que los de cinco pies, como el endecasílabo, son de fecha mucho más reciente\*. Los ver-

\* El dúlce lámentár de dós pastóres (U = )

1 2 3 4 5

Salício júntaménte y Némoróso. (U = )

1 2 3 4 ₹

sos saturnios así conformados, serían, según Keller (OK, p. 49), de un tipo "clásico", mientras que los que siguen deficientemente esa norma serían de fecha más antigua. En todo caso, la "ley de la segunda mitad" del verso, en el hexámetro, se cumple siempre, desde los numeri Italici, es decir, que el último acento cae en la penúltima sílaba de cada hemistiquio. El tercero y sexto acentos, que son los más fuertes de cada verso, caen siempre en el saturnio coincidentemente con el acento dinámico; los acentos más débiles del verso, que son el primero, segundo y cuarto pueden caer en sílabas más débilmente acentuadas. Así la regularidad rítmica en la formación del primer hemistiquio es grande, mientras que en la del segundo caben algunas variedades. He aquí algún modelo enteramente regular:

y otro que no lo es tanto:

Pueden servir de ejemplos algunos versos de la más temprana versificación latina, uno de la *Odisea* de Livio Andrónico y otro del *Bellum Punicum* de Nevio (*HDB*, p. 58 y 62).

L. A. Uirum míhi Camë-na//însece uersü-tum
N. Úbi fóras cum-äuro//îllic exï-bant

cuyo esquema siguen indefinidamente multitud de autores, donde se encuentra que tanto en los Numeri Saturni como en los Numeri Italici el acento dinámico coincide con el cuantitativo (Id., p. 75), así como en Plauto y Terencio, en los cuales una sílaba larga puede acortarse para que el verso se ajuste mejor a la escansión acentual, lo que además va confirmado por algún teórico como Aniano. Cicerón y Quintiliano son menos explícitos, aunque este último reconozca que el acento de una sílaba puede a veces ser arrojado sobre otra sucesiva dentro de la frase para dar a ésta un énfasis rítmico más señalado, lo cual es un reconocimiento implícito del valor dinámico (QIO, I, 5, 25). Que la herencia del verso saturnio continúa vigente en el hexámetro clásico latino, aun después de haberse sometido éste a la declamación cuantitativa de

las escuelas, se prueba no sólo por la "ley del segundo hemistiquio", en colaboración con la aliteración y la asonancia, sino por un examen comparativo de los choques entre cantidad y acento con sus coincidencias, que los filólogos realizan con gran minuciosidad (HDB, p. 81). Así por ejemplo, en 770 versos de la Eneida, donde se encuentran porcentajes como los siguientes:

1 a 50: 168 coincidencias para 132 choques

100 a 150: 178 para 122

236 a 285: 184 para 116

720 a 770: 176 para 124

en ningún grupo de versos los choques superan a las coincidencias. La deducción es fácil en el sentido de que la comparación demuestra que una convención artística como la métrica cuantitativa no logra imponerse a la naturalidad prosódica que, en el lenguaje llano y en la primitiva versificación, era acentual. Virgilio adaptaba así el hexámetro griego a la idiosincracia latina, conforme lo hacía con los personajes de su fábula. Es interesante observar en algunos versos de la *Eneida* cómo los pies acentuados dinámicamente parecen salir a la superficie de la estructura métrica cuantitativa. En estos ejemplos se indican con acentos los pies métricos que llevan esa escansión, mientras que los que no la tienen y son llanos métricamente van indicados por un corchete:

- 1. Ár mā uī / rūm quẽ cã / nổ, Trỡ / iất quĩ / pri mus ãb / ổ ris
- 2. Ítā lī / a fa / to pro fu / gus, La / ui na que / ue mt
- 3. Li to ră, / mul tum îl / le et ter / ris iac, / ta tus et / al to
- 4. Ưi sử pẽ / rữm sãe / uấc mẽ mỏ / rếm lữ, / nổ nĩs ởb / Trắm
- 5. Mul tă quố / que et bel / lo pas / sus, dum, / con de ret / ur bem
- 10. În sīg / nem pǐ ĕ / ta te uǐ / rūm, tot a / dī re la / bo res
- 11. Ím pǔ lẽ / rīt. Tān / tae ne ă nǐ / mīs cae / les tǐ bǔs / Í rae?
- 31. Ár cē/bat lon/ge La ti/o mul/tos que per/an nos
- 32. Érrā/bant, ac/ti fā/tis, mă ri/a om ni ă/cir cum.

Más adelante, en la versificación semipopular, que comienza a hacerse presente hacia el siglo II de la nueva era, y en trozos más dilatados como el Pervigilium Veneris, la repetición de palabras y de frases enteras se hace cada vez más frecuente junto a la aliteración, la asonancia y paulatinamente, a la rima; la coincidencia entre el acento tónico y la cantidad es casi total, y por lo menos es exacta en una tercera parte de los versos. En los himnos cristianos, que señalan el final de una época y el advenimiento de la siguiente, la versificación se hace en sus comienzos tanto basándose en la cantidad como en el acento tético; a veces es el simple número de sílabas lo que cuenta, como ocurre en los "versos políticos (στίχοι πολιτικοί, populares, de ciudad) de los bizantinos (HDB, p. 93). Por fin, la métrica cuantitativa se relega definitivamente a un lugar que la hace casi imperceptible y la estructura del verso queda regida dominantemente por el acento dinámico. En cuanto al acento tónico, había quedado subyacente también, pero no estaba enteramente obliterado y el ejemplo tan tardío del Dies Irae es una buena demostración de su supervivencia, como larvada, pero suficientemente viva para comunicar un matiz y cierta palpitación a la melodía.

La distinción entre la versificación latina clásica cuantitativa y otra versificación "numérica" en la que el ritmo se ejerce en un número constante de sílabas regularmente acentuadas, propia no de las gentes doctas, sino a las vulgares, está ya apuntada desde poco antes de comenzar la nueva Era por Laberius, un escritor de mimos hacia mediados del siglo I a. C., y por Quintiliano (QIO, IX, 4), que habla del efecto en el oído, aurium mensura. Marius Victorinus ya en el siglo IV se explica más detalladamente diciendo que el ritmo (se entiende el verso rítmico) es "verborum modulata compositio non metrica ratione, sed numerosa scansione ad iudicium aurium examinata"\* y añade que es un modo de proceder propio de las gentes vulgares, "ut puta veluti sunt cantica poetarum vulgarium". Si hubo dos latines, uno enteramente literario y ficticio para uso de los doctos, de literatos para literatos, y otro latín propio de las gentes vulgares, rústicas, que tenían también sus apetencias poéticas, fuesen de un género más o menos lírico o de carácter narrativo de proezas y heroicidades, es natural que hubiese, consecuentemente, un modo de versificación apropiado para el lenguaje que practicaban y que oían. La dife-

<sup>\* &</sup>quot;Disposición modulada de las palabras, que se rige no por la medida métrica, sino por la escansión rítmica del oído".

rencia entre un arte culto o cultista y un arte popular, que ya había existido en la cultura helénica, se deja sentir claramente ahora en la latina. Y es digno de notarse que aunque la Iglesia llegará a ser el magno archivo de todos los vestigios de sabiduría supervivientes a lo largo de siglos violentos, fué siempre una institución "al servicio del pueblo". Desde los primeros himnos cristianos, en Siria o en Roma, su arte musical fué eminentemente popular. La indecisión de San Ambrosio por aceptar un sistema de versificación docto (es decir, cuantitativo) o popular (esto es, acentual), fué una incertidumbre propia del tiempo en que vivía, todavía nutrido de espíritu clásico, pero que, incesantemente inclinado a lo popular, resolvió la ambigüedad disolviendo los residuos de la métrica cuantitativa en el ritmo numérico, donde la ordenación de las "sílabas contadas" según la regular aparición de los acentos iba a unirse con las características propias de la nueva poesía en verso, con la aliteración, la asonancia y la rima.

Adolfo Salazar

México, febrero de 1954.



#### HISTORIOGRAFIA OFICIAL DE COLON DE PEDRO MARTIR A OVIEDO Y GOMARA

un antes de llegar a los importantes capítulos que Gómara consagra a Magallanes y a la cuestión de las Molucas, el lector de la Historia General de las Indias tiene muchas veces la impresión de que la búsqueda de rutas hacia la Insulindia es, a los ojos del autor, la razón de ser de muchos viajes que dieron en el Nuevo Mundo. Verdad es que en esta materia Gómara formó su pensamiento en contacto con Hernán Cortés, apasionado por el descubrimiento de la Especiería desde México. Pero Ramusio, su contemporáneo, a quien Gómara leyó y quizá conoció, da una impresión análoga. Parece que, en torno al 1500, la inmensidad de la tierra firme descubierta al oeste no detiene el impulso imaginativo de los geógrafos apasionados, al punto de hacerles olvidar la obsesión que condujo a Colón a esa tierra firme: ¡llegar al mundo asiático por el oeste! Imaginan esa masa inmensa redondeada por el norte como por el sur. Gómara, más audaz, la imagina perforada por el hombre en el medio, a la altura del istmo de Panamá, para dar paso a la verdadera ruta de las Indias (Góm., CIV, 222 a). Así pues, al volver a los primeros capítulos consagrados a los comienzos del descubrimiento, asombra al lector la vivacidad con que Gómara elimina de los designios de Cristóbal Colón el objetivo asiático, ese objetivo que nuestros manuales más elementales, resumen de tres siglos y medio de historia colombina, colocan en el centro mismo de las miras del descubridor. Verdad es que al leer esas páginas se ve claramente que una vivacidad precipitada, y no sin arrepentimientos, decide entre dos versiones. El cronista de la Hispania Victrix disimula mal la debilidad de la historieta que prefiere a la versión "asiática". Se comprende difícilmente que rechace esta versión sólo para hacer triunfar la tonta tradición del piloto desconocido, ese desdichado, ese descubridor sin querer cuyo secreto habría recogido y utilizado Colón, para glorificarlo como a "un piloto español" eclipsado por el hábil italiano. Es verdad que Gómara se arrogó el papel de cronista oficioso del descubrimiento de las Indias, grandiosa aventura española. Pero

es sorprendente que, sin sombra de prueba, afirme como verdadera esta fábula del piloto anónimo que el cronista oficial, Gonzalo Fernández de Oviedo, en contacto con las Indias y los "indianos" desde 1514, juzgó indigna de crédito. Nos preguntamos si Gómara niega el proyecto asiático para dar más fuerza a la fábula del piloto anónimo o si acepta esta fábula porque hay que desacreditar a toda costa la versión asiática de la empresa. Pues, cosa rara, Oviedo, sin negar abiertamente el proyecto asiático, parece ignorarlo. Y esos intentos de los dos cronistas de la época de Carlos V, el oficial y el oficioso, asombran si se los compara con el primer cronista de Indias, Pedro Mártir de Anghiera, contemporáneo de Colón, que ni por un momento dudó de que el descubridor se había propuesto y comprometido a "encontrar por el oeste islas vecinas a la India" donde abundan las piedras preciosas, las especias y el oro. (P. M. A., I, 1).

Puesto que ninguno de los dos historiógrafos posteriores demuestra que su predecesor se equivocó al hacer del proyecto de alcanzar el Extremo Oriente por el oeste el alma de la empresa de Colón, nos inclinamos a suponer que Oviedo y Gómara pasaron en silencio o negaron ese proyecto por razones de oportunidad más que por respeto a la verdad histórica. Todo el mundo sabe que la historiografía oficial, tanto en su contenido positivo como en sus silencios, raras veces es un modelo de verdad; que es, por no decir más, esencialmente pragmática. Es sorprendente que nadie se haya preguntado a qué intereses respondía, a qué cuestiones candentes afectaba la interpretación —asiática o no asiática— del proyecto de Colón. En efecto, basta plantearse la cuestión para recordar que el descubrimiento de las "Indias occidentales" por Cristóbal Colón comprometió a la monarquía española en dos largas disputas, una con Portugal, conquistador de la India Asiática, otra con los herederos de Cristóbal Colón, tenaces reivindicadores del título de Almirante y Virrey hereditario de las Indias descubiertas por su padre, de acuerdo con el contrato formalizado por éste con la Corona en Santa Fe, en abril de 1492. Para ver claramente la incidencia de esas preocupaciones políticas sobre la historiografía hay que hacer abstracción de toda la documentación colombina que se podría llamar privada o familiar. La hipercrítica moderna ha oscurecido muchas cosas claras al encarnizarse con ciertos documentos procedentes de Cristóbal Colón o de su familia. ¡Apócrifa la vida del Almirante escrita por su hijo don Fernando! ¡Apócrifo el diario de a bordo del viaje de 1492! ¡Apócrifos la carta y el mapa de Toscanelli que habrían ayudado al descubridor a concebir su plan! La prudencia y la comodidad aconsejan, pues, abandonar momentáneamente toda esa documentación y la inmensa literatura a la que dió lugar, y atenerse a la documentación pública, incontestable, que los tres cronistas, Pedro Mártir, Oviedo y Gómara, pudieron conocer y a las obras que publicaron. Prescindamos también de las crónicas de los Reyes Católicos que quedaron inéditas, tanto la de Bernáldez, contemporáneo de Pedro Mártir, como la de Santa Cruz, contemporáneo de Gómara. Los tres cronistas cuyas obras se imprimieron en vida, jalonan una tradición pública oficial u oficiosa, cuyas singularidades y cambios tienen oportunidad de explicarse en relación con las grandes disputas a que dieron lugar las Indias.

El punto de partida público -confidencial en su origen- es el texto de las capitulaciones de Santa Fe. De modo voluntariamente vago señalan el objetivo de Colón como formado por ciertas "Islas y Tierras Firmes" (A. M. O., 8). Emiliano Jos, seguido por Manzano, ciertamente tiene razón cuando dice que "tierra firme" era sinónimo de parte del continente asiático (Man., 404). No se concebían dos continentes. Yendo bastante lejos hacia el oeste, a través del Atlántico, no se podía llegar sino a la extremidad oriental externa del Asia, parte oriental, a su vez, de la masa no insular de las tierras emergidas. Por otra parte, apenas vuelto Colón de su viaje, se proclama a voces el nombre de esa tierra firme que fué a busear, y que cree haber encontrado -o por lo menos sus alrededores. Es la India de allende el Ganges. El relato publicado en Roma, en latín, desde la primavera de 1493 dice De insulis Indiae supra Gangem. En ese momento no hay por qué ocultar el objetivo asiático del descubrimiento. Al contrario, es importante proclamarlo, pues los Reyes Católicos pretenden que el Papa sancione sus derechos de conquista lejana en la más amplia medida frente a Portugal. Juan Manzano observa un paralelismo significativo entre la Bula Inter Caetera, obtenida de Alejandro VI por los Reyes Católicos de Castilla el 28 de junio de 1493 y otra bula, que comienza con las mismas palabras concedida desde el 15 de mayo de 1456 al rey de Portugal por Calixto III (Man., 410). La vieja bula de los portugueses decía, como testimonio de la antigüedad del sueño portugués de alcanzar la India costeando el Africa: "Usque per totam Guineam et ultra illam meridionalem plagam usque ad Indos". La nueva bula de los castellanos dice: las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir en particular hacia

la India, "versus Indiam". Entre las dos potencias que aspiran a alcanzar, como el imperio de Alejandro, esa extremidad del mundo, la nueva bula Inter Caetera traza una línea de demarcación. Poco importan las variaciones de esta línea. Ese meridiano trazado en el Atlántico divide, no dos mitades del mundo, pues la cosmografía de entonces totalmente insegura en cuanto a la medida de las longitudes se vería en aprietos para trazar en el Extremo Oriente un meridiano situado a 180° del meridiano occidental, sino dos direcciones de descubrimiento (Man., 416). Los portugueses conservan el derecho de conquistar hasta la India, navegando hacia el sur y hacia el este, los españoles ven reconocido el suyo de conquistar en dirección a la India, navegando hacia el sur y hacia el oeste. Las islas de las Especias y las tierras vecinas serán del primero de los dos competidores que llegue. Virtualmente ha comenzado la carrera de las Molucas entre Portugal y España, y los portugueses llegarán primeros.

En este ambiente de exaltación los Reyes Católicos confirman a Colón en 1493, luego en 1497, los títulos hereditarios que le fueron reconocidos en 1492 por el contrato de Santa Fe, de "Almirante, Virrey y Gobernador" de todas las Indias insulares o continentales descubiertas "por su mano e industria", "de todas las Islas y tierra firme descubiertas e por descobrir en el mar Océano en la parte de las Indias" (Aut. 13-15). En este mismo ambiente, Pedro Mártir redacta para sus amigos y protectores italianos las nueve décimas partes de su primera Década en las que cuenta los tres primeros viajes de Colón, en las que afirma claramente el objetivo asiático, en las que presenta al descubridor impaciente por tomar posesión de la tierra firme, con la exploración, desde el segundo viaje, de las costas de Cuba, pero sin llegar hasta la extremidad oeste, persuadido de que era un promontorio del continente, y, vuelto a su extremo este, al que llama Alpha y Omega: comienzo o fin del Asia y de la tierra firme universal según se la recorra en el sentido de la marcha del sol o en sentido inverso (P. M. A., 1, 3).

Pero muy poco tiempo después del tercer viaje, en el que Colón alcanza verdaderamente tierra firme en la región de Paria, con el envío de Bobadilla a la Isla Española y el disfavor de Colón, comienza a plantearse a los Reyes Católicos un problema totalmente nuevo, el de la autoridad de Colón, Almirante, Virrey, Gobernador, etc.... de las tierras que él ha descubierto. Si un gobernador nuevo —un Bobadilla— enviado por los Reyes Cató-

licos, ha podido reembarcar al Almirante, cargándolo de hierros, ¿cómo interpretar las capitulaciones de Santa Fe? Aunque los soberanos tranquilizan al descubridor y le presentan excusas, en 1499-1500 nace la gran disputa que heredará su hijo Diego junto con sus títulos magníficos y problemáticos. En apariencia se conservan ciertos miramientos. Cuando se da licencia de descubrimiento a un tal Peralonso Niño se especifica que esas licencias sólo son válidas para porciones de la tierra firme donde no haya estado Colón (P. M., I, 8). En estas circunstancias, en 1502, Colón emprende su cuarto y último viaje, en el cual llega a la tierra firme en América central en la región de Veragua. Muere en 1506. Y Diego, su hijo, para defender eficazmente sus derechos hereditarios, hace un casamiento que lo liga a la más poderosa nobleza española. Se casa con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba, quien, interviniendo en forma conminatoria, no tarda en reclamar respeto para los derechos de su nuevo sobrino, el Almirante-Virrey de las Indias (Aut., 64-66). Pero todo lo que se obtiene en 1508 es que la Corona, sin reconocer los derechos hereditarios de Diego Colón, lo envíe a gobernar, a título personal, la isla Española (Gim., 33). El proceso no hace sino comenzar, jalonado por cierto número de decisiones del consejo que definirán los derechos en discusión, con parsimonia que varía según las circunstancias. La primera de esas declaraciones, la de Sevilla (5 de mayo de 1511), marca con claridad una tendencia de la cual la Corona se apartará lo menos posible. El poder real rehusa reconocer a los herederos del Almirante derechos al gobierno de la tierra firme, a pesar de su enérgica reclamación: les reconoce solamente el título hereditario de Almirante de las Indias, e igualmente en calidad de hereditario, "el gobierno y la administración de la justicia" en nombre de los soberanos y con el título de virreyes en la isla Española y en las otras islas descubiertas por Colón, de modo más general en las islas descubiertas por su industria. No se dice una palabra de la tierra firme (Plei., I, 43).

Quizá pueda verse en la elaboración y publicación de las Décadas de Pedro Mártir una primera incidencia del proceso sobre la historiografía. El humanista había detenido su primera década hacia 1500. En Italia había circulado abreviada, según esa redacción incompleta desde 1504. En 1511, algunas semanas antes de la "declaración" sevillana que implícitamente rehusa reconocer a los Almirantes derecho sobre la tierra firme, se publica con el nombre de Pedro Mártir, en Sevilla precisamente, la primera edición latina de su Oceani decas, que continúa el relato hasta el año 1510. ¡Pero qué extraña continuación! Se contenta con decir que durante los diez primeros años del siglo, muchos exploradores prosiguieron el descubrimiento del litoral de Paria "que se cree sea el continente indio", prosiguiendo lo que había comenzado Colón. Y como para no comprometerse el redactor se contenta, al final, con una simple alusión al último viaje de Colón, el de Veragua, en términos que dejan flotar la duda sobre la continuidad de esa orilla con la de Paria (P. M., I, 10). Pedro Mártir desautorizará la publicación de 1511 (Med., 77). Pero ese capítulo 10 reaparecerá en su edición de 1516.

Pedro Mártir espera esta fecha de 1516 para insertar en su 3ª década, sin preocuparse por la cronología, un largo capítulo retrospectivo sobre el descubrimiento de Colón en Veragua. Es el momento en que muere Fernando el Católico y cuando Diego Colón, vuelto de América, y con él todos sus partidarios, se agitan, tanto en torno a Cisneros como en la corte bruselense del joven rey Carlos, con la esperanza de que sus pretensiones encontrarán por fin una acogida más favorable (Gim., 82). Pedro Mártir elige ese momento para insertar, a propósito de la conquista del Darién y del descubrimiento del Mar del Sur, ese capítulo de arrepentimiento en el que, no contento con relatar el viaje de Cristóbal Colón a Veragua en 1502, explica la intuición qué entonces tuvo el descubridor de haber llegado a un istmo entre dos mares. Comienza diciendo: "Siento que cometería un crimen imperdonable pasando en silencio ese último viaje de Colón" (P. M. A., III, 4).

Desde 1512 el proceso había alcanzado gran amplitud y dejaba ver cada vez más claramente la gravedad del litigio a propósito de la tierra firme, litigio cuyas proporciones crecerían a medida que el continente mejor delineado, desde Balboa a Magallanes, desde Cortés a los Pizarro, iría revelando su inmensidad. Esta revelación no puso freno a las exigencias del Almirante Diego y de su hermano y consejero, Fernando: al contrario. Ahora bien, cuanto mayores eran esas exigencias tanto más feroz era el fiscal de Su Majestad en el rechazo y se esforzaba por arruinar la pretensión colombista. No sólo se discutía la naturaleza y el valor de los compromisos tomados por la corona en Santa Fe, sino que se llegó a discutir la realidad misma de lo que Colón había querido hacer y de lo que había hecho, pues era el único medio de dar una definición concreta de las "islas y tierra firme descubiertas por su mano y por su industria" donde sus descendientes preten-

dían gobernar en nombre del rey, a título hereditario. De ahí esas "probanzas", esos desfiles de testigos presentados alternativamente por el fiscal y por Diego Colón, interrogados siguiendo los cuestionarios tendenciosos redactados por la parte interesada y que atañen a todas las fases de la historia del descubrimiento. Los historiadores se lanzaron con rara inconsciencia sobre los pareceres de esos testigos sospechosos, cuanto menos, moralmente sobornados. Es, desde hace 80 años, una pesca en aguas turbias donde cada uno encuentra lo que busca, sea en las aguas del fiscal, sea en las aguas colombinas.

En mi opinión, el verdadero interés histórico de esas "probanzas" está en los cuestionarios más que en las respuestas de los testigos, porque allí se ve esbozarse en toda su amplitud, en toda su audacia, las dos tesis enfrentadas. Doy idea de ello fijándome sobre todo en las cuestiones de hecho y en las cuestiones relativas a la geografía de los viajes, haciendo a un lado los innumerables puntos de derecho público, de administración o de finanza que se suscitaban.

El abogado de Su Majestad no vacila en sostener que Cristóbal Colón no descubrió la tierra firme. Si tardíamente arribó a un pedazo, en Veragua, otros lo habían precedido en el descubrimiento del continente. Colón, en el viaje en que dice haber descubierto Paria, no hizo sino tocar en la isla de Trinidad, del lado opuesto al continente, y desde allí se dirigió a la isla Española. Los que después fueron enviados por el rey a esa costa de Paria a Honduras, debidamente "despachados" para empresas independientes, no habían sido compañeros de Colón en el tercer viaje, y no se puede decir que hayan explotado la "industria" de Colón, técnicas o conocimientos adquiridos en el presunto viaje de Paria (Plei., I, 294; II, 124-125). Pero el fiscal va más lejos. Quiere sostener que Colón no merece ni siquiera ser considerado como descubridor de las islas y descubridor de las Indias en el sentido más amplio. Si alguien tuvo, antes del primer viaje, la noción de las ricas tierras por descubrir hacia el oeste, del lado de Cipango, fué su lugarteniente Martín Alonso Pinzón. Él sí tenía la noción exacta del alejamiento de las tierras por descubrir y también fué él quien gritó "Adelante" cuando Colón estaba dispuesto a volverse atrás, él quien dió la buena dirección para abordar a Guanahani, la primer isla encontrada y el primero que desembarcó en la Española (Plei., II, 126-128).

El Almirante Diego Colón no se empeña en contra de la tesis

pinzonesca, no vale la pena, puesto que esos derechos de la familia sobre las islas ya han sido reconocidos. Lleva el peso de su argumentación al descubrimiento de la tierra firme. Sostiene que las capitulaciones de Santa Fe aseguran los derechos hereditarios sobre toda la tierra firme descubierta o por descubrir a partir de las bases conseguidas por él, sin otro límite que la línea de demarcación prevista por la bula pontificia y mencionada en la confirmación de sus privilegios (Plei., I, VII y II, 255). Suponiendo que se adopte una interpretación restrictiva, queda el hecho de que hay continuidad entre las porciones de la tierra firme descubiertas personalmente por el Almirante en Paria y en Veragua, y que todo lo intermedio cae en su jurisdicción. Pues allí hay, no sólo unidad territorial sino también unidad humana, que, por lo demás, abarca las islas y la tierra firme, y constituída por pueblos que se conocen y comercian entre sí (Plei., II, 263 y 397). El Almirante don Diego, desde 1510, reclama la inclusión de los gobiernos de Uraba y de Veragua, así como el de Puerto Rico en su gobierno virreinal, en tanto que se ofrece a confirmar a Ojeda y a Nicuesa lo mismo que a Ponce de León las condiciones que la Corona les había garantizado en esos territorios (Plei., I, 22). Igualmente, en 1519, cuando Velásquez y Hernán Cortés se disputan el derecho de gobernar el México recién conquistado, Diego Colón, apoyándose en el hecho de que Velásquez era su lugarteniente en Cuba, reivindica a México como a lo demás, aleccionando al joven rey Carlos acerca de la conveniencia de tener en las Indias un solo gobernador que actúe en nombre del rey (Aut., 71-72). La tesis de los Almirantes —como dirá Las Casas que se adhiere a ellas sin reservas— tiende a reivindicar sus derechos "en toda la Tierra Firme, aunque fuera mayor, como en esa Española y en las otras islas"... puesto que el descubridor "no era obligado a pasealla toda, como ni el que toma posesión de una heredad, según tratan los juristas" (Cas., II, XXXIX).

Diego Colón murió en 1525 sin haber obtenido satisfacción. Pero la viuda, sostenida por el hermano bastardo don Fernando, continuó las reivindicaciones familiares en favor de su hijo menor de edad, don Luis, y no sin cierto éxito, puesto que en agosto de 1535 iba a darse una sentencia que incluía en el virreinato de los Almirantes la isla Española y las provincias de Paria y de Veragua (Plei., I, X). Momento crítico en el cual, frente a la intransigencia de los colombistas y a su impotencia para hacerla prevalecer, se buscó una solución de transacción. Esta solución,

halagadora para el orgullo nobiliario de la pariente de los duques de Alba, consistía en el establecimiento de un ducado de Veragua en favor de la familia de Colón, algo así como el marquesado del valle de Oaxaca en favor de Cortés para resarcirlo por no haberlo nombrado gobernador de México. El almirante sería al mismo tiempo alguacil mayor de Santo Domingo y a su almirantazgo de las Indias, más bien teórico, sin definición territorial precisa, se vincularían emolumentos fijos, lo que liquidaba los derechos financieros proporcionales previstos en las capitulaciones de Santa Fe, así como los derechos territoriales extensibles estipulados en el mismo contrato.

Justamente en visperas de esta gran vuelta del proceso (digo vuelta pues esta solución no pondrá fin a las reclamaciones colombistas) el cronista de Indias, Oviedo, publica su Historia. Su exposición del proyecto y del descubrimiento de Colón ha sido severamente juzgada a causa de su vaguedad, sus lagunas, sus fantasías pseudo-eruditas. En algunos puntos representa un retroceso evidente respecto de Pedro Mártir, al cual sólo hace alusiones descorteses. Fué tan hábil que siempre se puso en duda su información o su cultura más bien que su buena fe (Muñ., XIV-XV; Har., I, 101; Pel., 244). Fernando Colón, enojado con él y habiendo tratado de buscarle pleito sobre lo que decía más bien que sobre lo que callaba, llegó a reprocharle no saber latín. De esto se tomó pie para no creerlo lo suficientemente latino como para leer a Pedro Mártir. En realidad Oviedo conocía y comprendía perfectamente la versión de Pedro Mártir, a la que evitaba atacar de frente. Su propia versión es la más cautelosa que pueda imaginarse. Trata con miramiento a las dos partes en litigio. Mientras rinde gran homenaje a la memoria del descubridor, al servicio incomparable que prestó a España, toda su historia de la empresa de Colón está concebida de tal modo que no suministra ningún argumento a los herederos en sus reivindicaciones de la tierra firme. Sin sumarse a la imposible tesis pinzonesca del fiscal de Su Majestad (Ov., I, 5) sirve a la Corona por medio de un bien concebido sistema de omisiones. Puesto que el gran peligro era la reivindicación ilimitada de los Almirantes sobre la tierra firme, Oviedo presenta el proyecto del descubridor sin hacer la menor alusión a ninguna tierra firme. Formula el objetivo de la empresa como puramente insular. Para estar más cómodo, no cita ni resume una sola línea de las capitulaciones de Santa Fe (Ov., II, 4). Al inmortal navegante se le ocurrió ir a buscar una isla o islas

hacia el oeste. ¿Qué islas? Muy hábilmente, para darse aires de imparcialidad, Oviedo habla de la tradición del piloto desconocido -tradición sin duda muy poco conocida puesto que la ignoraba el fiscal de Su Majestad—, a cuyos fines tan bien hubiera servido; pero en seguida la hace a un lado (Ov., II, 2). ¡No! Colón no era un empírico que robaba conocimientos empíricos ajenos. Era un sabio que en sus libros había encontrado informaciones acerca de islas que los antiguos conocieron y que se podrían redescubrir. ¿Qué islas? Una isla muy grande que los cartagineses habían descubierto y luego abandonado por razones de alta política. Pero esto no es todo: Oviedo está muy orgulloso de haber establecido por medio de autoridades poco conocidas que las grandes Antillas uo son sino las Hespérides. Esas islas lejanas, fabulosas para la antigüedad mediterránea, tomaban su nombre del rey Hesperus, un rey de España que las había mandado descubrir más de tres mil años antes. ¿Quién sabe si Colón, que providencialmente las había vuelto a descubrir para España, no había meditado también él sobre las mismas autoridades que el cronista? (Ov., II, 3). Es posible que Oviedo haya añadido por aquí algunas líneas para sugerir otro posible objetivo insular, Cipango, la rica isla del Extremo-Oriente de la cual habla Marco Polo. Pues, al relatar el descubrimiento de las islas por Cristóbal Colón, nos presenta al descubridor preguntando a los indios de Cuba: ¿Cipango? ¿Cipango? y a éstos respondiendo "¡Cibao! ¡Cibao!" y señalando en dirección de la isla Española cuyo macizo aurifero era el Cibao (Ov., II, 6). Todo ocurre como si Oviedo hubiera olvidado tachar esa anécdota de su manuscrito en curso de impresión al tiempo que tachaba en otra parte algunas líneas sobre Cipango como posible objetivo. Líneas comprometedoras, en efecto, puesto que por continuidad Cipango evocaba al Catay, es decir la tierra firme de allende el Ganges, y puesto que, según el fiscal, si alguien había pensado en Cipango era Pinzón y no Colón. En virtud del mismo sistema de omisiones (riguroso, salvo este único desfallecimiento) Oviedo se abstiene de toda discusión o explicación del nombre de "Indias" dado a las tierras descubiertas por Colón. Y si tiene que decir que Pedro Mártir introdujo el nombre de Alfa en la toponimia cubana, hace como si nada comprendiera (Ov., II, 12). ¡Jamás se llamó así a ninguna de aquellas islas! Por esta pirueta de mal gusto de su sucesor, Pedro Mártir no sólo se ve traicionado sino tachado de ignorante. La versión que da Oviedo del primer descubrimiento deberá convencer al público y a la posteridad de

que a Colón, sabio descubridor de islas, jamás se le pasó por la cabeza ninguna tierra firme. De modo que si por añadidura se llegó a un continente, no estaba previsto en el contrato, y toda concesión que en torno a esa tierra firme se haya hecho a Colón y a sus herederos aparecerá como un regalo, una de las mercedes benévolamente añadidas a ese título de Almirante de las Indias con que se recompensó al descubridor (Ov., II, 7). Como si el silencio del cronista acerca de la tierra firme no fuera bastante elocuente en la exposición del proyecto y de los primeros viajes, cuando llega, a propósito de las islas, a hacer una alusión anticipada al continente, cree su deber subrayar que, hasta ese punto de la historia, éste no había preocupado a Colón ya que las autoridades que habían decidido a ese sabio varón a buscar islas "en islas hablan y no en Tierra Firme" (Ov., II, 9).

En el tercer viaje era ciertamente difícil evitar toda mención al continente. Oviedo no toma en cuenta la tesis extrema del fiscal de Su Majestad según la cual Colón, pasando al este de Trinidad ni siquiera había visto la tierra firme. Sin embargo, el título del capítulo que consagra a este descubrimiento señala que Colón halló la costa llamada Tierra Firme, en general: halló (el verbo se aplica bien a un hallazgo no premeditado) esa tierra que comprende tres grandes reinos, pero exploró (descubrió) Cubagua, la isla de las perlas -otra vez una isla (Ov., III, 3). Oviedo sugiere con insistencia la idea de que Colón no hizo sino divisar la tierra firme a distancia y costearla desde la boca del Drago hasta el Cabo de la Vela, que no pudo ponerse al habla con los temibles indios caníbales, y el cronista sólo emplea la palabra descubrir para las diferentes islas encontradas en el camino. Hacia el fin de esta primera parte de su crónica aparecida en 1535 vuelve sobre la isla de Cubagua, tratando accesoriamente de la costa de las perlas. De la exploración de la isla sí que, decididamente, confiere el honor a Colón (Ov., XIX, 1). Y aun este descubrimiento, tal como lo presenta, se presta más a disminuir que a aumentar los títulos del descubridor: Colón habría tenido entonces la actitud más sospechosa, pues al esforzarse por ocultar el rico negocio de las perlas, habría dado armas a sus enemigos y contribuído, él mismo, a su desgracia del año 1500.

En definitiva, el único viaje en el que Colón deliberadamente buscó y encontró la tierra firme, fué el cuarto y último. Exploró la región de Veragua buscando un *estrecho* en lo que ahora se sabe que es un istmo. Oviedo, siempre preocupado por evitar precisiones sobre las lejanías, se abstiene de decir hacia qué país pensaba desembocar el Almirante por ese estrecho. Pero tiene buen cuidado de precisar que Cristóbal Colón fué a explorar el istmo más al oeste que Rodrigo de Bastidas, quien ya había descubierto hasta el golfo de Urabá (Ov., III, 9).

Era difícil dar a entender más claramente, sin peligro de tener que discutir los méritos respectivos, que en ninguna parte Colón había tomado posesión de la tierra firme antes de Bastidas y que la única región continental de la que personalmente tomó posesión fué Veragua. Oviedo había ganado bien su sueldo de cronista oficial, había preparado bien el terreno para la solución arbitral que, a cambio de un ducado de Veragua, liquidaría las pretensiones de los Almirantes al gobierno y al virreinato de todo el continente. Pero la exposición de los dos últimos viajes no era sino el digno remate de la interpretación dada por él del proyecto mismo de Colón. Si había borrado de ese proyecto toda traza de objetivo asiático (fuera de la malhadada mención de Cipango), Oviedo había querido de ese modo limitar los objetivos del descubridor a islas atlánticas para dar a entender con más seguridad que Colón nunca se había dirigido hacia ninguna tierra firme.

¿Qué podía hacer Gómara unos quince años más tarde, entre Pedro Mártir, que admite las miras asiáticas de Colón como cosa natural y Oviedo que afecta ignorarlas? Oviedo todavía vivía. Gómara, con la publicación precipitada, no autorizada, de su Historia General de las Indias quizá presentaba su candidatura a la sucesión eventual del cronista cuya obra permanecía en gran parte inédita. ¿Podía desautorizar en 1552 la versión en la que Oviedo había conciliado laboriosamente, en 1535, el respeto debido oficialmente a la memoria del Almirante de la Mar Océana y el rechazo oficioso de todo sostén a las pretensiones de sus herederos sobre el continente? Sin duda esas pretensiones eran cada vez menos temibles sobre todo desde que el pretendiente era el "polígamo" (sin descendencia masculina) don Luis Colón, primer duque de Veragua. Pero no habían perdido toda su virulencia, como se puede ver por la adhesión fogosa que Las Casas, aun después de 1552, da a la tesis colombista del derecho absoluto de los almirantes al virreinato de toda la tierra firme. Gómara es tan atrevido como Oviedo había sido cauteloso. Prefiere ser más realista y más patriota que el cronista real de Indias, admitiendo la historia del piloto anónimo que Oviedo había lanzado sin admitir y bautizando con su autoridad a ese precioso personaje, origen presunto de toda la empresa como "piloto español" (Góm., XIV, 165 b).

Pero cualquiera sea el contraste aparente entre esta solución y la de Oviedo, en realidad Gómara no hace sino elegir entre las diferentes identificaciones insulares que del primitivo objetivo oficial le presenta Oviedo. Desprecia tan tranquilamente la fábula oviedesca de las Hespérides, españolas desde tres mil años atrás y redescubiertas por Colón, que ni siquiera la menciona al hablar de Colón y la rebate expresamente en su capítulo 220 al identificar a las Indias con "la isla y tierra firme de Platón". La isla de los cartagineses (como en general todas las islas mencionadas en viejos libros y cuyo atractivo principal estriba en no ser localizables) no le parece objetivo serio para un navegante. Una isla cuya situación y distancia aproximadas fueron reveladas por un piloto desdichado, muerto antes de poder explotar la experiencia de una tormenta ¡eso sí! Gómara, historiador positivista, enemigo de engañifas, imagina un Cristóbal Colón realizador y listo, "bien entendido" (Góm., XIV, 165 b), que se adueña de los datos del piloto español. Siguiendo la lógica de ese personaje listo y calculador -que en cierto modo se retrató a sí mismo en las capitulaciones de Santa Fe- el historiador insiste más aún en el carácter interesado y previsor del genovés que ve lejos y que busca un soberano poderoso capaz de garantizar el beneficio financiero del descubrimiento esperado "para que si hallase la riqueza que imaginaba, nadie se la quitase" (Góm., XV, 166 a). Por otra parte, más cínico que Oviedo, en su elección entre la historia a secas que dice la verdad tal como la conoce y la historiografía oficial con sus silencios obligatorios, Gómara se atreve a hablar del contenido de las capitulaciones de Santa Fe, pero les amputa toda estipulación acerca del gobierno de las tierras por descubrir y sólo retiene un privilegio financiero (Góm., XVI, 166 b). Aún más nítidamente que en Oviedo, los títulos de Almirante y Adelantado otorgados a Cristóbal y Bartolomé Colón al volver del primer viaje, aparecen como graciosas concesiones. Con más audacia que en Oviedo, el descubrimiento de las perlas se presenta como el origen de la desgracia de Colón: "Descubrió a Cubagua, isla de perlas, que lo infamó" (Góm., LXXXIV, 209 b). No se trata de que el Almirante haya pensado realmente en disimular esta nueva riqueza encontrada, para engañar al rey y conseguir un nuevo contrato más ventajoso que el de Santa Fe. Gómara rechaza esa tontería. Pero la grave situación que el Almirante encontró en Santo Domingo

a resultas de la revuelta de los españoles, le impidió dar parte inmediata de la noticia. Y ésta, conocida en la corte por otros conductos, hizo mal efecto (Góm., LXXIV, 203 b). Sobre todo cuando Gómara llega al relato de la desgracia del año 1500 subraya que hubo muchas razones para quitar al Almirante y al Adelantado el gobierno de la isla Española (ese gobierno, que, al fin y al cabo, se les había confiado como una merced revocable) y que esta medida pudo ser tanto una sanción como una medida de apaciguamiento o una precaución para el porvenir (Góm., XXIII). Tuvo suerte el Almirante de que, después de eso, se le dejara hacer su cuarto viaje a la costa de la América Central, esa orilla de la tierra firme a donde quizá otros le habían precedido. Pero al igual que Oviedo, Gómara no cree poder callar la verdad de que entonces Colón buscaba un estrecho, es decir un paso para llegar más allá de las tierras ya descubiertas. No dice de inmediato que buscaba el "Mar del Sur". Dice que trataba de pasar del otro lado del Ecuador "de la otra parte de la Equinocial, como lo había dado a entender a los Reyes" (Góm., XXIV, 171 b). Pero más lejos, al hablar del descubrimiento del Mar del Sur en 1512, no oculta que según algunos (piensa en Pedro Mártir) Colón habría pensado hacerlo 10 años antes (Góm., LX, 192 a). Con la desconcertante alusión a Cipango a propósito de Cibao, es la única punta que el objetivo asiático deja asomar a través de la máscara que Gómara, después de Oviedo, le impone en su versión oficial.

Pero Gómara no es Oviedo. No piensa que la creencia en un objetivo semejante y la inquietud creada por la discrepancia de los relatos de Oviedo y de Pedro Mártir puedan ser suprimidas con el silencio. Ese silencio es política de avestruz. ¿Fué Colón un cosmógrafo genial que concibió el proyecto de alcanzar por el oeste a los países del Extremo Oriente? ¿Fué, más vulgarmente, un navegante atrevido, que salió a descubrir una o muchas islas lejanas? Gómara, historiador oficioso, opta ostensiblemente por lo segundo, pero no oculta que otros prefieren la primera interpretación. Aun en el seno de la interpretación oficial, sosamente insular, se siente obligado a incorporar perspectivas cosmográficas más vastas. Si el punto de partida de Colón fué el secreto empírico del piloto anónimo, ya en España, llegó a revestir, a confirmar esa idea con otros conocimientos que la transfiguraban. Entre los marinos de Palos, fué el conocimiento de las ricas tierras -probablemente Cipangos— a las que se podía llegar por el oeste y de las cuales tenía idea Pinzón, según el fiscal y sus testigos. En el convento de la Rábida fueron las nociones cosmográficas que le daba un fray Juan Pérez de Marchena y que difícilmente podían ser otra cosa que nociones teóricas tales como la redondez y las dimensiones de la tierra (Góm., XV, 166 a).

Sobre todo Gómara, a pesar de optar obligadamente por la versión oficial no puede empujar a las tinieblas exteriores la opinión de quienes tienen a Colón por hombre instruído y buen cosmógrafo, de quienes creen que quiso buscar "la tierra de los antípodas o la rica Cipango de Marco Polo". Menciona esta opinión con insistencia. No ignoraba quizá que en el convento de San Gregorio de Valladolid, Las Casas meditaba una historia de la empresa de Colón fundada en la documentación colombina y que atribuía al descubridor vasta cultura. Probablemente piensa en él cuando habla de quienes sitúan en los horizontes de Colón no sólo Cipango, vecina del Catay, sino también la Atlántida platónica (Góm., XIV, 165 a), cuyo hundimiento pudo haber dejado partes emergidas. Gómara no cree poder eludir el enigma que resulta del apelativo de "Indias" dado a las tierras descubiertas por Colón, a partir del momento en que se niega el horizonte asiático entre los objetivos del descubridor. Después de proponer una explicación terriblemente embrollada, tomada del cuadro portugués de las navegaciones del piloto anónimo y de las Indias del Preste Juan, alivia su conciencia intelectual dejando ver que las cosas son mucho más simples para aquellos que creen que Colón tenía el pensamiento en la India Oriental, que buscaba la isla de Cipango, situada cerca de la China o Catay y que quería "ir tras el sol para llegar más aína que contra él" (Góm., XVIII, 168 a). En su breve oración fúnebre del descubridor, Gómara no deja de decir que si fué glorioso lanzarse a los mares y hacia tierras desconocidas por la sola indicación de un piloto, Colón merecía aún más loa si el proyecto fué concepción de su espíritu, "si fué de su cabeza" (Góm., XXV, 172 a).

Tal es el Gómara, historiógrafo de la empresa de Colón: mucho más complejo de lo que permitirían suponer quienes en la posteridad inmediata o lejana hicieron de él el mero exponente de la explicación de esta empresa por el secreto del piloto anónimo. Gómara es demasiado inteligente y demasiado libre—¿acaso ese género de libertad hizo mantener durante cerca de dos siglos la prohibición de su Historia? (Med., 259)— para contentarse con la verdad oficial, aun cuando presuma de campeón de la Hispania victrix, de la España descubridora de Indias. Pero no se puede comprender a Oviedo ni a él sin ver claramente qué verdad oficial,

pragmática, tienen en cuenta sus interpretaciones del descubrimiento. Lo que ha oscurecido la verdadera relación entre los dos es desde luego, el haber desatendido las preocupaciones de razón de estado que les son comunes; y también el que los historiadores de la historiografía colombina, de manera demasiado simplista, clasificaron a los autores en favorables y desfavorables a Colón. Así, Oviedo, que insinúa la historia del piloto anónimo sin aceptarla y que hace grandes elogios del Colón iniciador del descubrimiento del Nuevo Mundo, fué clasificado como objetivo, más bien favorable a Colón; Gómara que no vacila en poner al piloto anónimo, al "piloto español" a la cabeza de todo, fué clasificado como nacionalista, detractor del genial italiano. No se advirtió en Gómara el acompañamiento discordante pero insistente de la opinión heterodoxa que, sin embargo en el tono de la tesis oficial, debiera haber herido el oído ejercitado como la melodía. Gómara entona una canción muy distinta de la de Oviedo, pero no se trata de que la letra de su explicación oficial sea diferente. En realidad, si sabemos leer bien en el contexto de las preocupaciones oficiales, comprenderemos que Oviedo, al apartar la isla del piloto muerto de los posibles objetivos insulares a los que pasa revista, y Gómara, al elegir esta isla del piloto como objetivo primero de Colón, se mueven en los límites trazados por una misma exigencia, así como el primero, prescindiendo del objetivo asiático y el segundo poniendo en tela de juicio su existencia en los proyectos de Colón, obedecen a un mismo tabú: hay que evitar que cualquier tierra firme aparezca en el trasfondo de la empresa inicial, que esa maldita expresión Tierra Firme en mala hora asociada a las islas en las capitulaciones de Santa Fe, tenga cualquier sentido asociado a Colón. Hay que privar a la familia de Colón de su caballo de batalla preferido, por lo menos en el terreno de la historiografía oficial. Pero cuando comprendemos bien esto, vemos que tiene una importancia mínima la fábula del piloto anónimo, o rechazada o aceptada. Esta no se hará respetable, importante, sino a cierta concepción providencialista del descubrimiento que comienza a tomar cuerpo. Comprendemos también que si la idea del objetivo asiático alcanzable por el oeste pasa en silencio o se discute, no se debe de ninguna manera a que haya llegado a ser incomprensible o caduca (Bat., 28-31). Está más que nunca a la orden del día. Periódicamente inspira en el siglo XVI a todos los grandes navegantes españoles, portugueses, franceses, ingleses que buscan el paso noroeste hacia el Pacífico, que postulan, en suma, que la enorme Tie-

rra Firme que tiene su puerta en el estrecho de Magallanes no es sino una isla más, a pesar de su tamaño que obligará a llamarla Nuevo Continente, y desde luego, la isla más cercana al Asia. Gómara reconoce la grandeza y la validez de esta idea cuando, al margen (o en contrapunto) de su explicación oficial, proclama que Colón, si concibió de su cabeza, antes de 1492, el proyecto de llegar al Asia por el oeste, merece gloria mucho más alta que aquella a la que oficialmente tiene derecho\*.

MARCEL BATAILLON

#### París junio de 1954

Paris, junio de 1954.	
SIGLAS Y MODO DE REMITIR LA CITA	BIBLIOGRAFIA
P.M.A. (Década y libro).	Pedro Mártir de Anglería. Decades tres. Alcalá. 1516.
Ov. (Libro y capitulo).	GONZALO FERNÂNDEZ DE OVIEDO. Historia general y natural de las Indias. Primera parte. Sevilla, 1535.
Gom. (Capítulo y página del tomo XXII de la BAE).	Francisco López de Gómara. Historia general de las Indias. Zaragoza, 1552.
Cas. (Libro y capítulo).	Fray Bartolomé de las Casas, Historia general de las Indias, México, 1951, 3 v.
Plei. (Tomo y página).	Pleitos de Colón, Madrid, 1892 y 1894. Tomos 1 y 2. (Forman los tomos VII y VIII de la "Colección de documentos inéditos de Ultramar.")
Aut. (Página).	Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América. Publicados por la Duquesa de Berwick y de Alba. Madrid, 1892.
Med. (Página).	J. T. Medina. Biblioteca hispano-americana (1493- 1810). Santiago de Chile, 1898. Tomo I.
Man. (Página).	JUAN MANZANO. El derecho de la carona de Castilla al descubrimiento y conquista de las Indias del po- niente. (Revista de Indias, Madrid, año III, pp. 397-427, 1942).
A.M.O. (Página).	ARTURO MURO OREJÓN. Cristóbal Colón. El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporá- neas. (Separata del Tomo VII del Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, 1951).
Gim. (Página).	MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ. Bartolomé de las Ca-

Muñ, (Página).

Har. (Página).

Pel. (Página).

Bat. (Página).

Madrid, 1793. Tomo I. H. HARISSE, Christophe Colomb. Paris, 1884. To-

JUAN BAUTISTA MUÑOZ. Historia del Nuevo Mundo.

sas, Sevilla, 1953. (Tomo 1: "Delegado de Cisneros para la reformación de las Indias (1516-1517".)

M. MENÉNDEZ Y PELAYO. De los historiadores de Colón. (En: Estudios de crítica literaria. Segunda serie, Segunda edición, Madrid, 1912).

MARCEL BATAILLON. L'idée de la découverte de l'Amerique chez les espagnols du XVIe siècle (d'après un livre récent). (Bulletin Hispanique, Tomo LV, pp. 23-55, 1953).

<sup>\*</sup> Esta exposición reproduce una clase de recapitulación de un curso dictado en el Collège de France, en 1954, acerca de López de Gómara.

#### GUTIERRE DIEZ DE GAMES Y SU "VICTORIAL"

L a crónica de Pero Niño, conde de Buelna, titulada El Victorial por su autor, Gutierre Díez de Games, ha gozado de un privilegio singular desde su primera edición española (1782). En 1867 se publicó la traducción francesa del texto castellano completo y en 1928 apareció en la conocida Mediaeval Broadway Library una excelente selección en versión inglesa de la medievalista Joan Evans. El Victorial es una de las obras españolas medievales mejor conocidas fuera de España y de los países de lengua castellana. Un ejemplo patente de la difusión extra-hispánica de la obra de Diez de Cames se encuentra en la reciente y utilisima antología The portable medieval reader (1949): un pasaje de El Victorial, tomado de la traducción de Joan Evans, junto con un breve trozo de la crónica de Muntaner (sacado de la versión de Lady Goodenough), son los únicos textos hispánicos que figuran en la obra de J. B. Ross y Mary McLaughlin<sup>1</sup>. El libro de Gutierre Díez de Games ha atraído además la atención de historiadores tan destacados como Ramón Iglesia, Juan de M. Carriazo (autor de la primera edición española completa), José Luis Romero y María Rosa Lida, cuyos respectivos estudios han contribuído decisivamente a hacer de El Victorial una obra "clásica" de la literatura histórica castellana2. El lector actual se encuentra, así, ante una creación histórico-literaria del siglo XV español que ha interesado, en el curso de siglo y medio, tanto a los historiadores y eruditos hispánicos como a los de otros países: Ticknor, que la llamaba entertaining history, Lemcke, que realzaba su aspecto didáctico, los condes de Circourt y Puymaigre, exaltadores de la ejemplaridad personal de le modeste Games; Joan Evans, entusiasta de la soldierliness del cronista. Todas estas diversas interpretaciones han enriquecido el contenido y la forma de El Victorial y sobre todo han orientado progresivamente el interés del lector hacia la personalidad literaria de Gutierre Díez de Games<sup>3</sup>.

El "héroe" Fero Niño y su creador. — La obra de Díez de Games ha originado, como toda materia literaria, no sólo las diferentes actitudes aludidas de sus lectores y comentadores sino que además, ya antes de haber sido concluída, había cobrado para el autor y para el personaje biografiado distintos significados. El conde de Buelna se refería en su único testamento auténtico a El Victorial, solicitando que se guardara cuidadosamente, en los siguientes términos: "...el libro de mi historia, que lo hace Gutierre Díez de Games..." (Carriazo, pág. XIII). Además, en ese mismo documento redactó su propio epitafio: "Don Pero Niño, conde de Buelna, el qual por la misericordia de Dios, mediante la Virgen Santa María su Madre, fué siempre Vencedor e nunca Vencido, por mar e por tierra, según su Historia cuenta más largamente" (Carriazo, pág. XIII) 4. Para el conde de Buelna el

Dedico este artículo a mi amigo Stephen Gilman, lector de El Victorial. Quiero expresar también mi agradecimiento a Ana María Barrenechea y a Doris Collot-D'Escury por su compañía y su colaboración en mi seminario sobre prosistas del siglo xv castellano.

Debe añadirse a la bibliografía conocida de El Victorial el artículo de Albert Savine, "Une chronique castillane du quinzième siècle", publicado en la Revue Britannique, nouvelle série, II (1901), págs. 201-242. Es una breve antología de la parte propiamente histórica de El Victorial y revela sobre todo su peculiar difusión fuera de España.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Ramón Iglesia publicó en 1936 en Madrid y luego en 1940 en México su selección de El Victorial. Las citas de El Victorial en este artículo refieren a la edición crítica de Carriazo, Madrid, 1940. En el estudio de José Luis Romero, Sobre la biografía y la historia, Buenos Aires, 1954, se encuentran importantes referencias a El Victorial (págs. 67-87). María Rosa Lida de Malkiel ha dedicado a la obra de Díez de Games una sección de su libro La idea de la fama en la Edad Media castellana, México, 1952, págs. 232-240.

<sup>\*</sup> El conde Albert de Circourt y el conde de Puymaigre publicaron en 1867 su versión del texto completo de El Victorial: Le Victorial, chronique de Don Pedro Niño par Gutierre Díaz de Gamez son alferez (1379-1449), traduit de l'espagnol d'après le manuscrit, avec une introduction et des notes historiques, París, Victor Palmé, 1867. El folleto de Ludwig G. Lemeke, Bruchstücke aus den noch ungedruckten Theilen des Vitorial, publicado en Marburgo en 1865 (y no en Leipzig en 1863, como decían Mrs. Evans y Carriazo), contiene trozos inéditos entonces de El Victorial, en castellano y no en alemán, como suponía Ramón Iglesia y repetía Carriazo. Probablemente el folleto de Lemeke era un suplemento a su antología en tres tomos (poesía, prosa, teatro) Handbuch der Spanischen Litteratur, Leipzig, 1855. La selección y traducción de Joan Evans lleva el título siguiente: The unconquered knight, a chronicle of the deeds of Don Pero Niño, Count of Buelna.

<sup>\*</sup> Según González Palencia el segundo testamento y el codicilio publicados por Vargas Ponce (Vida de Don Pedro Niño, Madrid, 1807, págs. 270-292) no pueden ser auténticos puesto que fueron redactados después de la muerte de Pero Niño (17 de enero de 1453): Don Pedro Niño y el condado de Buelna en Homenaje a Artigas, II, Santander, 1932, pág. 134. El texto completo de la parte del testamento (1435) relativa a El Victorial y a Díez de Games es el siguiente: "Y mando que el libro de mi historia, que lo hace Gutierre Diaz de Games, que lo tenga la condesa en su vida, y después que ella fallesciere, que lo pongan en la sacristía mía de la iglesia de la mi villa de Cigales en el arca del tesoro de la dicha iglesia, y que no lo saquen para ninguna parte; pero quien quisiere leer en él, mando que den lugar a ello; y mando que el dicho Gutierre Diaz tenga en su vida la heredad que tiene de Domingo Juan: pero que si la condesa se la quisiere quitar y tomar a su dueño, mando que den al dicho Gutierre Diaz los tres mil maravedís que yo mandé dar al dicho Domingo Juan en enmienda de la dicha heredad" (Vargas Ponce, Vida de D. Pedro Niño, Madrid,

libro de su alférez era exclusivamente su biografía, y quizá se extrañaría como Don Quijote, al considerar las partes de la obra no dedicadas a relatar su vida: "y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos (II parte, cap. III). El primer editor español, Eugenio Llaguno y Amirola -hombre representativo de lo que Paul Guinard llamaba la belle tradition du XVIIIe siècle (a pesar de su "hurto" del manuscrito cidiano)—, estimó como Pero Niño que El Victorial era esencialmente la biografía del caballero castellano, dando a la obra un nuevo título Crónica de don Pedro Niño. conde de Buelna (1782) y eliminando bastantes páginas ("patrañas que en esta edición se omiten". Llaguno, pág. VIII; Carriazo, pág. X). Años más tarde, en 1807 (fecha de publicación de las Vidas de Quintana), un académico amigo de Llaguno, el capitán de fragata José Vargas Ponce, publicó la biografía del conde de Buelna: Vida de don Pedro Niño, sacada de autores coetáneos y documentos inéditos. La obra de Díez de Games se había convertido así para los neoclásicos españoles en un texto documental y útil para la Vida de un "varón ilustre", aunque Llaguno reconocía que el estilo de Games ("Se conoce que tuvo muy buena educación . . . ") era "de los más cultos, concisos y claros de aquel tiempo" (Llaguno, pág. VIII) 5.

La reacción romántica contra Llaguno y en favor de la "uni-

1807, pág. 243). En 1435 Díez de Games redactaba El Victorial y poseía una "heredad" disputada: conviente tener presente esta referencia concreta a la situación social y económica del escritor. ¿No hay además algo "cervantino" en las condiciones mismas de su trabajo literario?

<sup>6</sup> Vargas Ponce (1760-1821) iniciaba con su biografía de Pero Niño una serie de obras semejante a la de Quintana: Varones ilustres de la marina española. Para el capitán de fragata gaditano (también diputado en las Cortes de 1812 y de 1820) Pero Niño había sido sobre todo un gran "marino": "... sus acciones más notables son sin duda las que executó por la mar, y sin ellas no fuera tan singular su reputación. Muchos adalides como él ostentó su siglo: marino de su clase quizás no hay otro en su edad. En tierra obedeció las órdenes de otros: en la mar mandó en xefe. Sus campañas terrestres en muchas ocasiones fueron contra sus conciudadanos: las marítimas siempre contra enemigos legítimos: muchas de aquellas quisiera el lector juicioso que nunca hubiesen tenido lugar; así como se siente apesarado quando después de tan ilustres y gloriosas fatigas se ve a Pero Niño separarse del mar. Aquí su reputación es siempre limpia y sin mancilla; y para justificar sus pasos en tierra es fuerza buscar y amontonar disculpas" (Vida de D. Pedro Niño, pág. 209). El neo-clásico oficial de la Armada revelaba así su identificación del mar y las acciones navales con el dominio de la "pureza" humana: ¿y no representará acaso el mar, en la psicología de muchos hombres (descontando la evidente significación freudiana), un dominio "ucrónico", opuesto a la complejidad "temporal" de la tierra? Además, para Vargas Ponce, las actividades políticas de Pero Niño contra sus conciudadanos (vocablo muy representativo del liberalismo gaditano) ponían de manifiesto las consecuencias perniciosas del "abandono" del mar en la historia española tanto en su propia época como en el siglo xv. Vargas Ponce calificaba además el estilo de Díez de Games "de lo más culto y castigado de su tiempo" (pág. 62).

dad" de la obra la representó en España Pascual de Gayangos, que incluyó El Victorial entre los libros de caballerías justificándolo en los siguientes términos: "... la Crónica de Don Rodrigo ... no tiene de historia más que el nombre de este rey... Otro tanto puede casi decirse de la Crónica caballeresca de don Pedro Niño, en la que Gámez creyó deber ingerir las conquistas de Alexandro, . . . incidentes todos extraños al asunto, y que revelan el espíritu eminentemente caballeresco de su época" (Discurso preliminar, pág. LXI). Y añadía en una nota: "Todos los cuales creyó deber suprimir don Eugenio Llaguno . . . con lo que, a nuestro modo de ver, le quitó mucha parte de su interés y colorido local." Para la sensibilidad romántica, en El Victorial las "patrañas" condenadas por Llaguno (algunas de las cuales habían sido presentadas como tales por el mismo Díez de Games: por ejemplo, lo relativo al Rodrigo legendario) reflejaban el "espíritu" y el "color" de una época histórica más que la voluntad creadora del escritor. La que podemos denominar "salvación literaria" de Díez de Games la realizaban pocos años después Circourt-Puymaigre (a quienes hemos de volver a referirnos) y su amigo el profesor L. G. Lemcke, que publicaba en 1865 un folleto con algunos fragmentos de los capítulos suprimidos por Llaguno. Lemcke, que insistía en el carácter "didáctico" de El Victorial (con el enfoque positivista que buscaba en la literatura su sentido utilitario), señalaba acertadamente la importancia del título original y del comienzo del Proemio para comprender la finalidad de la obra de Diez de Games. Pero, para el hispanista alemán, el término clave, en el texto citado a continuación, era "provecho": "En comienço de qualquier obra, quatro cosas son: ynquerir e acatar la causa material, e la hefetiva, e la formal, e la final; porque el oydor sienpre deve buscar e querer quien es el avtor, e de qué obra trata, e cómo en ella trata, e a qué fin, e a qué provecho. La causa material en aquesta obra es ofiçio e arte de caballería. La causa suficiente es quién la hizo. La causa formal es loar los hechos de vn buen caballero. La causa final es prouecho" (Carriazo, págs. 1-2; subrayado nuestro). Para el lector actual, en cambio, en esa introducción justificadora de su creación literaria, Díez de Games revelaba su intenso afán de perduración personal a través de las mismas fórmulas tradicionales de la escolástica. Las líneas citadas de El Victorial procedían, directa o indirectamente, del libro II de la Física de Aristóteles (además de hallarse en otros lugares de sus obras), en su exposición de las cuatro "causas" de las cosas y de los seres; pero, Díez de Games las utilizaba para afirmar su relación de "creador" respecto a su propia obra. Su manifiesta voluntad de authorship le llevaba a suponer en el "oydor" (pensaba evidentemente en un público cortesano que escucharía una lectura) la existencia de un interés por la persona del autor: "porque el oydor siempre deve buscar e querer quien es el avtor." El carácter "transicional" de la obra y la personalidad literaria de Díez de Games quedaba reflejado en las palabras citadas: el juglar del Cantar de Mio Cid no podía imaginar en sus oyentes un deseo semejante, mientras en Díez de Games operaba ya la conciencia individualista del Renacimiento. El vaivén entre la sensibilidad medieval abstracta y colectiva (Worringer) y el sentimiento personal renacentista se manifestaba también en las diversas formas estilísticas en que el escritor se "situaba" ante el material de su obra: en contraste con la reiterada frase impersonal Dize aqui el avtor (o con las menos frecuentes pero igualmente impersonales Aquí dexa el cuento y Aquí dexa agora de contar) se destacan las irrupciones afirmativas en primera persona, yo vos digo, De aquí me parto de Bretaña para pasar en España. El cronista no decía, en esta última frase, "Pero Niño pasó entonces a España", sino "yo parto", declarando así su relación propietaria con la crónica del caballero. El Victorial fué, en verdad, la creación de Díez de Games, que al hacer eterna la figura de su "héroe" quiso también alcanzar para sí mismo la perennidad literaria a que se refirió Garci-Ordóñez de Montalvo medio siglo después: ". . . deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase . . ." El "tono de dómine" (expresión de Sánchez Alonso al hablar de Díez de Games) del comienzo de El Victorial cubriría, por lo tanto, la decidida voluntad del escritor por mantener y afirmar su derecho a la voz literaria. ¿Y no podría imaginarse un diálogo, entre cervantino y unamunesco, del autor y del "héroe" acerca del carácter y la estructura del libro, el uno reprochando al otro la inclusión de materias ajenas a la "historia" de su señor, y Díez de Games haciéndole ver al caballero que gozaba de la libertad creadora del "poeta", sin perder por eso la "lealtad" del historiador?

On ne saurait guère mettre en doute —escribian los condes de Circourt y Puymaigre—, que, lorsqu'il prit la plume, Gutierre Diaz de Gamez n'eût pour mobile unique d'assurer la mémoire de ce maître qu'il avait si fidèlement servi. Mais quand sa plume marcha, son sujet s'aggrandit. Un second but plus haut que le premier vint se placer devant ses yeux. La critique historique, aussi bien que la critique littéraire, doit tout particulièrement tenir compte de cette

seconde conception de Gamez, parce que ses vues en furent faussées en même temps que ses idées en furent élargies (pág. X). Y concluían que el objetivo final del autor español era presentar ce que l'on pourrait appeler un cours heroïque de chevalerie (pág. X). Cabría, sin embargo, suponer que el escritor gallego, antes de encontrarse con Pero Niño, soñaba con la realización de sus aspiraciones literarias. Es verosímil que fuera, como él mismo declaraba, un ávido lector de textos caballerescos y que sintiera el deseo quijotesco de ser testigo y cronista de las aventuras de un héroe real. "E yo, aviendo leydas e oydas muchas grandes cosas de las que los nobles e grandes cavalleros fizieron, busqué si fallaría algund tan benturoso e buen cavallero . . . ansí leyendo e buscando, fallé vn buen caballero . . . hera digno mereçiente de honrra . . . cerca de aquellos que . . . punaron . . . porque los sus nobles hechos quedasen en escritura" (págs. 43-44). Descontando lo que pudiera haber de artificio literario en este texto, es innegable que Díez de Games mediante esta nueva afirmación de su relación propietaria con El Victorial realzaba su autonomía selectiva (frente a los cronistas "servidores" de sus señores) del "héroe" y el tema de su obra. El momento del encuentro de los dos jóvenes, el novel caballero Pero Niño y el ilusionado aspirante a autor de libros "dó se escribiesen las caballerías" (Ayala), se reviste así para la imaginación del historiador con la carga de emoción estética que produce toda confluencia casual de dos hombres afines en su ensoñación y en su voluntad de crear. ¿No había acaso en el joven Pero Niño la aspiración quijotesca a "vivir" efectivamente una epopeya caballeresca? El ilusionado afán de Gutierre Díez de Games por ser espectador activo de las "caballerías" de su tiempo se combinaba idealmente con el impulso aventurero del aristócrata castellano. Según Díez de Games los caballeros solían ir "por algunas partidas del mundo con brío de corazón a buscar vida, o a facer armas, o a mirar" (pág. 182). La inclinación guerrera y amatoria de Pero Niño, hombre a quien "siempre le plugo más del facer que del dezir", quedaba completada por la intensa sensibilidad visual y el espíritu comunicativo de Gutierre Díez de Games. Este, en su puesto de alférez (los abanderados "non podían pelear, si non mirar . . . "), sería para su capitán tanto la lengua (en una nueva función interpretadora), según llamaba Bernal Díaz al intérprete, como el mirar, el "testigo de vista" (Bernal Díaz). Y así, gracias a Pero Niño, el modesto hidalgo gallego podía emprender su "salida" quijotesca hacia el soñado mundo del heroísmo caballeresco, y, al mismo tiempo, la voluntad de creación literaria de Díez de Games transformaba la vida dispersa del noble castellano en una "unidad" artística de significación eterna.

Autorretrato de Games: un "home de razón". - "E yo, Gutierre Díez de Games, criado de la casa del conde don Pero Niño, conde de Buelna, ví deste señor todas las más de las cavallerías e buenas fazañas que él hizo, e fuí presente a ellas . . . E fuí con él por los mares de Levante e de Poniente, e ví todas las cosas que aquí son escritas, e otras que serían luengas de contar, de cavallerías, e valentías, e fuerças" (pág. 44; subrayado nuestro). Esta referencia directa a la persona del cronista no les parecía auténtica a Circourt-Puymaigre: Il est évident que cette rubrique appartient au copiste. Le modeste Gamez n'aurait jamais parlé de lui-même en de tels termes (Le Victorial, pág. 61, n. 1). Los condes franceses, que veían reflejada en Díez de Games su propia "modestia" de eruditos desinteresados, estimaban ingenuamente además que era un testigo histórico ejemplar: le plus oublieux de lui-même . . . le moins influencé par les préjugés d'aucune sorte, nationaux ou autres (Le Victorial, pág. XII; a Díez de Games le dominaba, como se verá, un marcado antisemitismo). Circourt-Puymaigre no aceptaban las líneas citadas porque para ellos el móvil del escritor al crear El Victorial era, sobre todo, la lealtad a los valores nobiliarios y la exaltación del ideal caballeresco. Pero, precisamente, la originalidad de Díez de Games y el impulso creador de su obra procedían de la forma singular de su identificación con la concepción aristocrática de la vida en el siglo XV. Se trataría, en este caso como en tantos otros, del cómo y el para qué de las creencias e ideas encarnadas en la actitud de un hombre ante la vida y la historia. Diez de Games, como muchos escritores posteriores a él (y casi siempre pertenecientes a la burguesía europea), se asociaba espiritualmente con la aristocracia para respaldar la afirmación literaria de su persona y para marcar su "voluntad de ruptura" respecto a su propia clase social. En el texto citado arriba (probablemente auténtico a pesar de lo mantenido por Circourt-Puymaigre) aparecen lógicamente entrelazadas la condición social del escritor, "servidor" de un noble, y su aporte literario, la crónica de las hazañas de su "señor": el hidalgo-burgués gallego no podía referirse en su libro en forma personal a su propia experiencia moral del mundo (como lo había hecho don Juan Manuel: "las cosas que yo proue en mi mismo", Libro Infinido, ed. Blecua, pág. 19)

ni tampoco le era posible ser testigo activo de la "gran" historia de su época como el canciller Ayala, que contaba además con la colaboración de otras gentes ("...otrosí de lo que acaesce en mi edad e en mi tiempo en algunas partidas donde yo non he estado, e lo supiere por verdadera relación de Señores e Caballeros, e otros...", Crónicas, B A E, pág. 400). Gutierre Díez de Games tenía que presentarse exclusivamente como "testigo de vista": "ví todas las cosas que aquí son escritas..." Sin embargo, su voluntad creadora le hacía declarar al mismo tiempo: "...e otras que serían luengas de contar..." El escritor reclamaba así su propia libertad selectiva y afirmaba una vez más su relación propietaria con El Victorial: ¿no manifestaba Díez de Games que en la composición de la obra había operado un principio estético de eliminación de parte de las monótonas "caballerías" por él presenciadas?

La ideología de Díez de Games, como se observaba anteriormente, no era evidentemente original en sí misma sino en su forma de utilizar (y de "vivir") los tópicos procedentes de la escolástica y de la misma literatura hispánica (Libro de Alexandre; escritos doctrinales de don Juan Manuel). En la expresión de lo que hemos denominado su "voluntad de ruptura", respecto a su clase social (e incluso respecto a Castilla como se verá luego), actuaban tópicos semejantes a los mencionados, pero el escritor los empleaba de nuevo para realzar los rasgos morales de su propia personalidad, equivalentes a los del caballero "ideal". Para Díez de Games en el "buen caballero" se debían encontrar las cuatro virtudes platónicas que harían de él un perfecto "home de razón". La razón era lo opuesto a la voluntad, equivaliendo ésta (en este caso) a la concupiscentia de la Patrística latina y al "apetito" o "movimiento irracional" definido por Platón en varios lugares de los Diálogos (en particular, libro IV de la República). "Asaz es torpe el que non sabe que la voluntad es henemiga del seso. Dize Platón que non andemos sienpre con nuestra voluntad, mas contra nuestra voluntad . . ." (pág. 70). De ahí que el caballero deba dominarse a sí mismo: "E el que non benze la su mala voluntad, antes se va en pos della, finca benzido. Ansí el que a su voluntad no es para bencer, mucho menos será para vençer a sus henemigos; e la su poca constancia le fará perder la verguenca e caer en desonor" (pág. 7). Esta exposición del carácter ideal del guerrero cobraba un sentido personal al describir Gutierre Díez de Games las condiciones morales que habrían de cumplir los abanderados: "... para tal oficio debe ser querido honbre de grand seso, e que se aya visto en gran-

des façiendas, e tenga fama de bueno, e que dió buena quenta de sí en otros lugares. Non deve ser dada a honbre presuntuoso, nin salido de razón; ca quien mala quenta da de lo suyo, non la dará buena de lo ageno... conbiene al alférez que sea conforme a la voluntad [en este caso, en su acepción normal] de su señor, e non faga más de lo que le es mandado" (pág. 209). E inmediatamente escribía: "E Pero Niño dixo a Gutierre Díez, su alférez . . ." (página 209). El cronista, nada oublieux de lui-même, se introducía de nuevo en el cuadro de batalla que "pintaba" en esas páginas, en forma semejante a como lo haría Velázquez en La rendición de Breda, pero situando su persona en un primer plano y en posición central: "E bien saben los guerreros que todos miran a la bandera, tan bien los henemigos como los amigos" (pág. 209). (¿No correspondería este autorretrato de Díez de Games a una imaginaria combinación de Las Lanzas y Las Meninas: el pintor en el acto de pintar una escena militar en la que él mismo aparecería?) 6

Gutierre Díez de Games se presentaba en El Victorial no sólo como "home de razón", en el sentido moral señalado (hombre que dominaba su "voluntad"), sino que también manifestaba su oposición "racionalista" a las supersticiones y a la astrología. "Dize aquí el aytor que asaz abastaría al honbre feé e racón para se salbar e vibir en este mundo; mas que de amas vsa mal, porque dexa el honbre de traer e aber fee en Dios, e pone su fuzia en signos de las abes, e en los estornudos, e en las adebinanzas, e en los sueños . . ." (pág. 248). El fondo tradicional y religioso de la actitud de Díez de Games (en la cual Carriazo, quizá exageradamente, veía una expresión perenne del gallego "culto") hacía resaltar la firmeza personal de su "racionalismo". Al hablar del rey Rodrigo y de las leyendas en torno a la "destrucción de España", concluía con esta tajante declaración: "Esto creedlo vos si quisiéredes, mas yo non lo quiero creer; porque tales cosas no las sufre la ley, la razón non las consiente..." (pág. 31; subrayado nuestro). El cambio de persona verbal, de la frase más frecuente Dize aquí el avtor a la negación yo non lo quiero creer, denotaba nuevamente su afán por realzar el carácter singular de su actitud ante los "mitos" históricos. ¿No proyectaría así Díez de Games, en forma semejante a como

lo hacía siglos más tarde el P. Feijóo, su personalidad "racionalista" (casi opuesta por otra parte a la del benedictino) frente a las supersticiones comunes, desmesuradas en alcance e intensidad por él mismo? La nota estilística individual de Díez de Games se revelaba, en el texto citado, en la oposición del vos colectivo y del yo personal, antepuesto a ley y razón: su "racionalismo" (que no aparecía en otros capítulos de El Victorial) cumplía por lo tanto una función sustentadora de la personalidad del escritor. Las referencias a su persona presentes en la obra se justificaban éticamente para Díez de Games puesto que él se veía a sí mismo como un "home de razón". La tendencia autobiográfica determinaba por consiguiente en su caso una perspectiva social contraria a la del picaro que contemplaba el mundo desde "abajo" (o desde el "tejado") y que hacía de su persona "baja" el tema central de la narración novelesca. Díez de Games, en cambio, exaltaba el orden tradicional (tres clases estáticas) y las virtudes morales caballerescas para respaldar la propia incorporación individual a una sociedad de "escogidos". Por su temperamento, en algunos aspectos semejante al de ciertos escritores modernos personalistas y conservadores (casi siempre procedentes de las clases sociales "inferiores") Díez de Games se sentía perdido, como se verá inmediatamente, en un mundo social y político agitado; y de ahí que afirmara su individualidad mediante la exaltación de un "orden" en el cual él encontraba refugio para su espíritu afanoso de normas merales.

Castilla: "maneras apartadas" y "deshordenanzas". -- "E avnque él [Pero Niño] fué tan amado del rey, e fué tan cerca dél que el pudiera por muchas vezes, si él quisiera, ser su priuado e muy çerca dél, mas por quanto en los priuados ay algunas maneras apartadas e cosas que no son de oficio de cauallería, nunca a ellos se quiso ynclinar" (pág. 84, subrayado nuestro). Díez de Games revelaba en este texto la íntima desazón que le producía el espectáculo de la política castellana en la que privaban las "maneras apartadas". Además, para este "home de razón", la presencia en la corte real de Castilla desde el siglo anterior (e incluso en el siglo XII) de gobernantes de origen "bajo" y de consejeros hebreos era una evidente manifestación del desorden espiritual en los individuos y en la sociedad. En su apología de la función monárquica de la nobleza ("el rey sin buenos cavalleros es como vn honbre sin pies e sin manos", pág. 41) daba como supuesto caso comprobador el de Alfonso VIII: "Enxemplo avemos de aquel rey don Alfonso, que

Vargas Ponce copió todo el texto de Díez de Games referente a sí mismo y a los abanderados, con el siguiente comentario: "Era este apurado alférez Gutierrez Diez de Games, digno cronista de nuestro marino" (pág. 61). El capitán de fragata sentía probablemente, en contraste con los aristócratas franceses, que el "benemérito alférez" (pág. 62) tenía derecho a situarse así en un lugar prominente del relato histórico. Por su origen social, Vargas Ponce (¿burguesía gaditana?) comprendía el afán de Díez de Games por destacarse vitalmente y literariamente.

desechó los cavalleros e los fizo muchos desafueros, por consejo de vn judío; e por mengua de los cavalleros fué benzido a la vatalla que dizen de Alarcos" (pág. 41). El "desorden" máximo lo veía, sin embargo, Díez de Games en el reinado de Pedro I: "Ovo priuado vn judío que llamavan Samuel Leví; mostrávale deshechar los grandes honbres e hazerles poca honrra, e hazer sus privados honbres de poco fecho, non fidalgos ni honbres de autoridad. Este judío, otrosí, enseñávale a querer saver las cosas que son por benir, por hechizos e arte de estrellas" (pág. 49). Y añadía, expresándolo en tercera persona, su juicio condenatorio: "E dize aquí el avtor que el arte ("de estrellas") es lengua e el juizio peligroso, e que estas cosas heran fechas por el diablo, avtor de la muerte, e que ansí engendraron muerte" (pág. 49). El mismo rey era la encarnación de los impulsos "bajos", y esto explicaría para Díez de Games su asociación con "hombres bajos": "El rey don Pedro fué honbre que vsaua bibir mucho a su boluntad" (pág. 48). En las cortes reales veia Diez de Games una maléfica conjunción de honbres de poco fecho, merlines ("...como biene rey nuevo, luego fazen Merlín nuevo", pág. 68) y judíos. Los monarcas no seguían los consejos de los "buenos caballeros" y de los "sabidores" (¿"homes de razón" como el mismo Díez de Games?): "Dize aquí el avtor que estas deshordenanzas bienen por no ser escuchados los buenos caballeros, e sabidores; demás, donde el rey escucha e faze voluntad de algunos que son cerca dél non sabidores de guerra" (pág. 196). Y aunque este comentario crítico lo incluía Díez de Games en el relato de la muerte de un noble bretón compañero de Pero Niño, es manifiesto que el escritor se refería indirectamente a la situación política castellana. Para él, que creía sincera e ingenuamente en la validez de las normas caballerescas, la clave de la mayor parte de las deshordenanzas se encontraba en la influencia de los hebreos: "E Juan Furtado de Mendoza, segúnd que suso dixe, hera caballero bueno, e tenía al rey; mas con la gran priuanza e malos consejos que le davan judios, fazía en el reyno algunas cosas que no heran bien fechas" (pág. 320; subrayado nuestro). La fuerza del prejuicio antisemita, tan evidente en las páginas de El Victorial, le hacía intercalar al escritor el inciso siguiente en el capítulo dedicado a Alejandro: "Dize aquí el autor que desde la muerte de Alexandre acá que nunca trayción se hizo en que no fuese judío o su linaxe" (página 17). Es probable que Díez de Games reflejara el odio de clase de su "señor" (la pequeña nobleza que se sentía desplazada del poder real por los "honbres de poco fecho" y los hebreos), pero su actitud respondía también al furor anti-semita de los eclesiásticos "populares" de su tiempo. El tono sermonario del fin del capítulo V, De los yerros en que vibían los gentiles, lo indicaría: "Vino, e los suyos no le quisieron conoscer. Non lo rescibieron. Estos fueron los malabenturados, duros de carnes, pueblos perdidos, de los judíos . . . Çerraron los ojos, non conoscieron; endurecieron sus coraçones, non entendieron . . . Dize aquí el autor que . . . nuestro Señor Dios fizo con los judíos muchas buenas cosas... E ellos cada vez heran peores e más malos" (págs. 33-34). La resonancia de la épica castellana en la forma misma de este fragmento de El Victorial hacía resaltar aún más el carácter social del anti-semitismo de Díez de Games: el resentimiento del plebeyo "educado" (¿los sabidores?) contra los hebreos que ocupaban los cargos de gobierno y las funciones administrativas en Castilla. Al mismo tiempo, la repetida referencia al supuesto influjo pernicioso de los judíos revelaba la ingenuidad política y el ilusionismo ético del autor de El Victorial, temeroso de penetrar, personalmente o psicológicamente, en las complejidades humanas de sus coetáneos. Un aristócrata como Fernán Pérez de Guzmán se complacía, en cambio, en captar las verdaderas intenciones y los móviles reales de los personajes históricos castellanos de la misma época, inaugurando así la historiografía moderna española. Díez de Games no se sentía inclinado (ni podía hacerlo en tanto que "servidor" de un noble) a enlazar las divagaciones sobre la psicología humana (su gráfica descripción del envidioso: "nunca otea con derechos ojos") con el análisis social o la descripción biográfica tal como lo harían Fernán Pérez de Guzmán y Fernando del Pulgar (éste, un "intelectual" que podía sentirse relativamente "libre"). Su visión del mundo castellano no ofrece por consiguiente el mismo atractivo para el lector actual que los "retratos" de los historiadores mencionados. ¿No se expresaba además, en su misma carencia de interés por comprender la vida política de Castilla, su rechazo literario de una "materia" aparentemente "desordenada"? Su sensibilidad estética y su actitud mental alejada de toda inquietud llevaban a Diez de Games a buscar un tema historiográfico acorde con su ideal de la "hordenanza" humana. Y lo encontraría en Francia, en un castillo normando.

El orden de un mundo ucrónico. — Según Morel-Fatio, Gutierre Diez de Games parle des Français en général comme jamais peutêtre Espagne ne l'a fait . . . On ne saurait mieux dire ni plus galam-

ment7. Y en efecto, el elogio que hacía el autor de El Victorial de los franceses contrasta con la proverbial "antipatía", a que se refería Feijóo, entre los dos países: "Los franzeses son noble nación de gentes; son savios e muy entendidos e discretos en todas las cosas que perteneçen a buena crianza, en cortesía e gentileza . . . Son francos e dadivosos. Aman fazer plazer a todas las gentes; honrran mucho los estrangeros, saben loar e loan mucho los buenos fechos. No son maliçiosos, dan pasada a los henoxos; non caloñan a honbre nin fecho, salvo si los va allí mucho de sus honrras. Son muy corteses e graçiosos en su fablar; son muy alegres, toman plazer de buena mente, e buscánlo. Ansí ellos como ellas son muy henamorados, e précianse dello" (págs. 217-218). Más adelante volvia a elogiarlos: "Los franzeses son muy graçiosos, loan de buena mente al que algúnd bien faze" (pág. 241). Este exaltado elogio de los dones sociables de los franceses —la misma insistencia en su carácter "gracioso" (opuesto a "envidioso")-, ¿no revelaría simultáneamente el temperamento "noble" de Díez de Games y su sentimiento de la carencia de sociabilidad entre los castellanos? Y, a pesar de que el resultado del breve cotejo nacional que aparece en El Victorial era desfavorable para Francia ("los franzeses son orgullosos e presurosos"), el afrancesamiento de Diez de Games correspondía a la afinidad de su espíritu, "ordenado" y ansioso de sociabilidad, con las formas de vida de la sociedad aristocrática francesa. Sobre todo, en la entusiasmada francofilia de Díez de Games operaba el recuerdo emocionado de los días pasados en el castillo de Sérifontaine: frente a la "deshordenanza" castellana y frente a la vida política cargada de "tiempo histórico", el mundo apacible ("ordenado" y "ucrónico") de Normandía había sido la realización de su ideal.

Huizinga, en su magistral estudio del Homo ludens, definía así el juego: "El juego se aparta de la vida corriente por su lugar y por su duración . . . Se juega dentro de determinados límites de espacio y de tiempo" (pág. 26). Y añadía: [el juego] "crea orden, es orden. Lleva al mundo imperfecto y a la vida confusa una perfección provisional y limitada" (pág. 27). Para Díez de Games la estancia en Sérifontaine, descrita lenta y amorosamente en las páginas más bellas de El Victorial, había sido la época "lúdica" de él y de su "héroe": como en los romanz caballerescos la "ordenada"

vida cotidiana en el castillo francés estaba fuera del espacio y del tiempo históricos. "Contarvos he la orden e la regla que la señora tenía. Lebantábase la señora de mañana, con sus damiselas, e ybanse a vn bosque que hera çerca dende, e cada vna vn libro de oras, e sus quentas. E sentávanse apartadas, e rezaban sus oras, que non fablavan mote mientras que rezaban. E después, cogiendo floretas e violetas, ansí se benían al palazio, e yban a su capilla, e oyan misa rezada. E saliendo de la capilla, trayan un taxador de plata, en que venían gallinas, e aluetas, e otras aves asadas, e comían e dexaban lo que querían, e dabánles vino... Cabalgaban luego madama e sus damiselas . . . e con ellas los cavalleros e gentileshonbres que ende heran, e yvan a mirar vn rato el campo, faciendo chapeletes de verdura. Allí oya honbre cantar lays, e delays, e virolays, e chazas, e reondelas, e conplayntas, e baladas, chanzones de toda el arte que trovan los franzeses, en vozes dibersas muy bien acordadas. Yo vos digo que quien aquello vió sienpre durase non querría otra gloria (págs. 220-221; subrayado nuestro). Y concluía Díez de Games: "Esta hordenanza que vos he dicho se tenía todos los días, en cada tiempo segund conviene" (pág. 222; subrayado nuestro). La total adecuación entre el ideal y la vivencia rememorativa se expresaba en el empleo de nuevo de la primera persona verbal: Yo vos digo. Diez de Games tomaba entonces posesión de su verdadero tema literario y hacía sentir al lector (al "oidor" como él decía) su propia afinidad con el ámbito ordenado agonalmente de Sérifontaine. De ahí que se sienta en ese texto, como en los discursos de las crónicas de Pulgar, o en las semblanzas de Pérez de Guzmán, la profunda armonía de una sensibilidad creadora con su material artístico. ¿No era acaso el "cuadro" de la vida diaria de la castellana de Normandía l'absolu pictural, empleando el término de Malraux, al cual tendía el arte literario de Díez de Games? El tono lírico. la enumeración panegírica de las formas poéticas francesas, todo mostraba que el escritor sentía que había hallado el tema auténtico de su vocación. La "hordenanza" de la vida cotidiana en Sérifontaine, ejemplificación perfecta del carácter "gracioso" y "razonable" de los franceses, le aparecía a Díez de Games como un paraíso agonal, perdido para siempre. Pero, la intensidad de su recuerdo le permitió plasmar una escena pictórica de exaltación de lo humano (nada medieval) que tiene la validez eterna de una obra maestra de las artes8.

A. Morel-Fatio, Etudes sur l'Espagne, I, París, 1888, pág. 12. El erudito francés decía acertadamente que "les exploits [de Pero Niño] ont eu la chance d'être narrés par un chroniqueur charmant..." (pág. 12).

<sup>\*</sup> Vargas Ponce, tras copiar el elogio de los franceses y para justificar la inclusión del texto relativo a Sérifontaine escribía: "Entre gente tan culta pasaba su invernada

El "opinante" Diez de Games. — La presencia operante de una voluntad de conformación artística en El Victorial desplaza lógicamente el interés del lector de la persona de Pero Niño a la de su biógrafo y creador. "No hay opiniones sino opinantes", decía Unamuno (haciendo su propia defensa literaria); y es éste un acertado principio de interpretación histórica que puede aplicarse a El Victorial como a toda creación literaria o a cualquier fenómeno social. La ideología de Díez de Games y la mayor parte del material "legendario" de su libro pertenecían al fondo común de su época y de la tradición medieval, pero gracias a su estilo literario y a su condición de hombre-opinante, creó una de las obras más originales y representativas de su siglo. El Victorial resultaba ser además la forma en que un hombre socialmente "modesto" afirmaba su derecho a la voz literaria, respaldándose en su sincera y ejemplar fidelidad al caballero-héroe. Mosén Diego de Valera justificaría más tarde su necesidad de expresarse literaria y políticamente afirmando los privilegios genéricos humanos ("Todo hombre es de oír . . ."), pero realzando al mismo tiempo su propia condición caballeresca. Gutierre Diez de Games, simple alférez-escritor, incorporaba también su persona al mismo cuadro de las caballerías por él creado, pero sobre el fondo de la glorificación del individualismo aristocrático. Sin ser quizá tan complejo como indicaba Carriazo, Gutierre Diez de Games aparecía como un hombre muy representativo del tránsito histórico que es el siglo XV castellano: las imágenes

Pero Niño quando resolvió irse a París. Antes convidado hizo una visita al almirante de Francia, que como esté narrada con tal viveza por su cronista, y pinte tan bien las costumbres del tiempo, y el estado de civilización y deporte de la gente noble, no excusamos transcribirla según la refiere su antigua historia" (pág. 69). En el "afrancesamiento" de Díez de Games y de manera general en su espíritu "ordenado" encontraba Vargas Ponce una actitud afín a la del neo clasicismo español. Al referirse a la educación de Pero Niño escribía: "Es admirable el sistema de moral y la doctrina que recopila el mismo cronista, atribuyéndolas a este preceptor. Si algunas máximas por el lenguage del tiempo no son inteligibles hoy, es excelente el conjunto ..." (pág. 13). Y añadía: "También muestran todas con el saber de entonces las supersticiones que reynaban entre los poderosos..." (pág. 14). La conclusión de este comentario era muy propia de un "progresista" neo-clásico: "Entre estos consejos se leen ya muchos de los antiguos y sesudos adagios castellanos; como se echa asimismo de ver la rudeza de aquella edad, quando todavía la aurora de la literatura, aunque se acercaba, no empezó a rayar sobre nuestro horizonte" (págs. 14-15). Y finalmente declaraba Vargas Ponce: "...el último consejo muestra quan lastimados estaban los cuerdos de los desórdenes del palacio; desórdenes que por desgracia de Castilla no habían cesado desde la muerte de S. Fernando, ni cesaron hasta el reynado de Fernando e Isabel" (pág. 16). Para Vargas Ponce, Gutierre Díez de Games era seguramente uno de los cuerdos de su época, a pesar de las "mil patrañas y consejas que el alférez y cronista de nuestro marino cuenta del orígen de los ingleses . . ." (pág. 47). Los dos historiadores neoclásicos, Vargas Ponce y Llaguno, sentían tal afinidad con la actitud de Díez de Games que al reprocharle su empleo de "disparates" se compacían en imaginar que no los "publicaría si volviese ahora al mundo" (Llaguno, pág. VIII; Carriazo, pág. X).

de los claros varones de esa época no presentan, en efecto, los acusados rasgos de sus antepasados cercanos, enraizados todavía en la Edad Media, o los de sus descendientes inmediatos, ya modelados por el clasicismo renacentista. La ausencia de ideas claras y de creencias firmes que contrastaba entonces, como en el siglo XIX hispánico, con la superabundancia de gestos enérgicos y de acciones heroicas, produce esa confusión (no aparente sino real) visible en la conducta y en la actitud espiritual de las figuras más destacadas de la Castilla del Cuatrocientos. Pero, sin hacerles perder su perfil algo desdibujado, el historiador debe tratar de captar el latido cordial (empleando de nuevo una expresión unamunesca) de aquellos hombres que se ocultaban a veces, inocentemente, en formas impersonales y en obras casi anónimas.

JUAN MARICHAL

Bryn Mawr College, Bryn Mawr, Pa., EE. UU. de Norteamérica, Enero de 1954.



# NOTAS

## POSITIVISMO HISTORIOGRAFICO DE JOSE MARIA RAMOS MEJIA

I N su tiempo la obra de José María Ramos Mejía fué muy leída; no Le despertó, sin embargo, una admiración sin mezcla. No se la juzgaba lo bastante seria; se preferían, por ejemplo, los ensayos en que su hermano Francisco deducía del hecho, para él sorprendente, de que la España prehistórica no estaba organizada en una estructura estatal análoga a la de la Tercera República francesa esta consecuencia, lejana pero directa: el indesarraigable federalismo argentino. Ocupado en no perder un solo eslabón en la cadena causal, el filósofo o -como prefería llamarse él- el científico de la historia, no advertía cómo ese indómito federalismo se estaba reduciendo ante sus propios ojos a un conjunto de ritos vacíos en un país gobernado por una muy enérgica autoridad central. El médico con aficiones históricas que fué José María Ramos Mejía no pudo oponer a esas majestuosas síntesis otras igualmente vastas. Su tendencia era cabalmente la opuesta: una curiosidad anárquica por lo diminuto fué la que lo llevó a rozar por primera vez los temas históricos. Sus Neurosis de los hombres célebres nos resultan un libro hoy incomprensible; no que no entendamos muy bien qué quiere decir cada una de sus páginas; no advertimos cómo los hechos allí acumulados y expuestos han sido juzgados capaces de arrojar luces nuevas sobre los enigmas de nuestro pasado.

Sin duda el autor podría decirnos que no se ha propuesto eso, que ha querido hacer obra no de historiador sino de estudioso de psicopatología, y no diría algo del todo falso. Pero sí simplificaría demasiado las cosas; la obra es innegablemente de inspiración más compleja. Vicente Fidel López pudo saludarla con un prólogo entusiasta, anunciar alborozado el nacimiento de una nueva forma de historia apoyada en las ciencias naturales; quizá parte de ese alborozo naciese del hallazgo en esa historia novísima de aquella otra historia no tan nueva que había cultivado López, historia anecdótica fuertemente teñida de moralismo. Pero esas inspiraciones que van a desembocar en una concepción histórica no claramente formulada no las debe tan sólo Ramos a su favorito López, ni a su inexplicablemente no menos favorito Paul de Saint Victor. También esa fría ciencia a la que pedía cimiento seguro para sus construcciones históricas conservaba más de un elemento en que se reflejaban ingenuamente los puntos de vista que sobre el pasado y el presente sustentaba toda una época y un grupo social. Así, esa psicología naturalista nos parece hoy singularmente rica en juicios éticos, apoyados en una moral que se ignora a sí misma, y sin embargo muy segura de sí y a la vez extremadamente convencional. Del mismo modo la "psicología de masas" reflejaba a menudo un santo temor a toda agitación de la plebe; las calificaciones técnicas traducían, a ratos bastante mal,

una experiencia que seguía agitando con demasiada intensidad el corazón del estudioso como para que su utilización en el campo de la teoría fuese otra cosa que una impostura. En este sentido Ramos Mejía no se equivocaba cuando se reconocía en Taine: en él se daban ya los dos elementos -- fe cientificista y posición éticopolítica muy marcada— que iban a estar en la base de los Orígenes de la Francia contemporánea. Pero con esta diferencia: no hubo en Ramos Mejía la consciente militancia que hacía de la investigación de esos orígenes, a los ojos de su autor, el cumplimiento de un sagrado deber de ciudadano. Ramos Mejía no siempre advirtió que los elementos que ambicionaba clasificar y explicar con la lúcida imparcialidad del hombre de ciencia eran algo más que hechos desnudos, eran complejas construcciones en que a los hechos efectivamente ocurridos iban a sobreponerse juicios muy decididos, y a veces muy irrazonables, sobre esos mismos hechos. Es lo que señaló Sarmiento al comentar la aparición de las Neurosis, y con ello ponía en claro una de las fallas generales de la obra. Sólo que no era únicamente cada hecho el que Ramos Mejía veía a través de un muy determinado ángulo; todo el conjunto aparece además tan polarizado como, por ejemplo, el cuadro de la sociedad prerrevolucionaria en Taine, y -esto es lo grave- sin que el autor lo advirtiese.

No advertirlo iba a resultar cada vez más difícil, a medida que los problemas que interesaban a Ramos Mejía se acercaban a los que suele tratar la historia. Todavía en La locura en la historia creyó que al definir al catolicismo como una forma religiosa sedante, y al protestantismo como perturbador de las mentes débiles, porque exige "mayor consumo de fuerza cerebral" daba un juicio de hombre de ciencia; es evidente que traducía en términos técnicos una imagen histórica que él no había elaborado, y no interesa averiguar si exacta o no. Así la curva del pensamiento de Ramos Mejía se acerca cada vez más al planteo de problemas propiamente históricos, y Las multitudes argentinas representaron un nuevo paso en ese camino. Pero sólo en 1907, con Rosas y su tiempo, llega a proponerse conscientemente la solución de un problema de historia.

Y nos da una obra que -tal como dice José Luis Busaniche en el prólogo a la edición de 1952— no ha sido superada en este casi medio siglo. Ello se debe sin duda a sus muy reales excelencias, también a las flaquezas de las que la siguieron. No es que en estos años, en medio de un ruido sin duda excesivo y de unas polémicas en parte innecesarias, no se haya hecho a menudo trabajo bueno y utilizable. Pero no se puede no estar de acuerdo con el prologuista: el libro es irreemplazable. Y no sólo por aquello por lo cual todos los libros lo son, a saber por que son testimonio de una muy precisa forma espiritual, en este caso la encarnada en este inteligentísimo médico psiquiatra del fin de siglo, de cultura francesa y vieja familia porteña. Siempre importará sin duda saber cómo ese hombre imaginaba el pasado nacional, pero no nos engañemos; en el Rosas y su tiempo no buscamos tan sólo lo que Ramos Mejía pensaba de Rosas, buscamos también lo que debemos pensar nosotros. Su Rosas es todavía, en buena parte, el nuestro. Por eso aquí no será tan fácil alcanzar la perspectiva histórica que nos permitiría entender a Ramos Mejía; por eso los juicios sobre esta obra insólitamente viva no pueden tener la distante precisión con que ubicamos las Neurosis. La opinión sobre el Rosas corre riesgo de ser a la vez más extremada y menos precisa.

Obra viva, sin duda, más viva que otras que la han seguido, hirvientes de pasión no trocada en teoría, o, al revés, ambiguas hasta la total ininteligibilidad. Pero viva sólo a medias, llena de partes irremediablemente muertas, reunidas con las otras por razones que no sabríamos explicar a primera vista. ¿Qué se propuso Ramos Mejía en este libro? Su origen aparece ya en las Neurosis; hay allí un largo estudio sobre la psicología de Rosas, en que, sobre la base de los hechos aducidos para probar que estaba loco, el hombre de ciencia concluye que efectivamente se trataba de un neurótico. En Las multitudes argentinas le interesó otro aspecto del régimen rosista: esas multitudes que habían hecho del Restaurador un ídolo venerado más allá de todo lo razonable. Se trataba ahora de llenar el hiato entre uno y otro estudio, entre la psicología individual y la psicología de masas. Pero hasta ahora todo esto no era historia, o sólo lo era esporádica y clandestinamente. El Rosas y su tiempo sí lo es. ¿Se dió cuenta Ramos Mejía del cambio de actitud que le era preciso realizar? Sí y no. Que el problema que se planteaba era ante todo histórico lo vió con claridad, vió también que su solución requería una masa de investigación histórica mucho más considerable que la bastante ligera implicada en los libros anteriores. Pero para él examen histórico y examen psicológico-naturalista de una situación dada no se contraponían; al revés, venían a ser la misma cosa. La sociedad rosista, el "tiempo" al que alude el título no es más que una parte de la compleja figura con que se había ya enfrentado en las Neurosis; el nuevo libro se cierra con un nuevo retrato moral de Rosas, y al parecer Ramos creía que ése era el final hacia el cual su obra se dirigia casi naturalmente, que ese hiato entre Rosas y el rosismo se cerraba gracias, una vez más, a la psicología naturalista, y que esos treinta años de historia se resolvían en una suerte de emanación de la personalidad del gobernante, o, más bien, creía que sólo le habían interesado en cuanto servian para iluminar por todas partes esa personalidad. Y en esto se equivocaba; ni ese hiato se cerraba gracias al auxilio salvador de la nueva psicología, ni la investigación histórica que Ramos debió emprender tiene en la obra el papel auxiliar que él le atribuía. Quienquiera puede ver aquí un defecto de armonía, y no se equivocará; pero es precisamente ese defecto el que ha hecho posible la supervivencia del Rosas y su tiempo, ha hecho posible que esta obra, que el autor juzgaba histórica por razones que no aceptaríamos, siga hoy pareciéndonos tal por razones muy distintas.

En todo caso, a que Ramos la juzgase ya obra de historia debemos agradecer el escrúpulo, del todo nuevo en él, con que reúne y maneja sus materiales. El Rosas traerá esto que no es común en nuestros libros de historia: una introducción crítica en que junto con las propias fuentes se pasa revista al método empleado, a los propósitos que a través de él se busca alcanzar. Páginas particularmente penetrantes, no más severas con los anteriores historiadores de Rosas que con los propios esfuerzos. Este intento tan logrado de honradez intelectual no ha conmovido al prologuista de la edición de 1952, que halla aún reproches que hacer, algunos bastante fundados. Entre esos reproches detengámonos tan sólo en el que señala en la preparación de la obra una escasa investigación en archivos. El

agotar el fondo de archivos que nos ha dejado esa administración tan minuciosa que fué la de Rosas, era, como dijo Ramos apenas exagerando, labor infinita. Es innecesario decir que no la ha realizado. Sin embargo su intimidad con el archivo fué mayor, por ejemplo, que la de Saldías, a quien se suele dar por bien documentado, quizá porque él mismo se encargaba de declararlo así a cada página. Sobre todo, en una época en que perduraba en la historiografía argentina lo que podríamos llamar anarquía feudal: los archivos privados en función de castillo-arsenal en que cada historiador se encerraba y escogía los proyectiles que arrojar al adversario, Ramos vió con mucha claridad que, más que esos papeles llenos de oscuras revelaciones importaba, por ejemplo, la "correspondencia con la campaña", vasto y caótico testimonio de lo que fué, en su contextura más íntima, eso que llamamos a veces la Tiranía. Este apenas historiador ha podido así volver del Archivo con algo que decirnos; porque era hombre que sabía muy bien qué buscaba, pudo, en buena medida, hallarlo.

Vale la pena insistir sobre esto, porque el apartarse del archivo privado era a la vez superar un peligroso complejo en que iba a unirse la investigación propiamente histórica con las alegaciones jurídicas (y no sólo en sentido metafórico, quien recorra ligeramente los papeles del tiempo verá cómo el de la Historia solía ser tomado por tribunal de apelaciones de causas perdidas ante otros), y con la maledicencia más o menos clarividente. Surgía de ello una tradición fuertemente tendenciosa —y esto sería lo de menos— cuyas tendencias en nada podían interesar a quien se interesase por problemas verdaderamente históricos. Que Ramos la dejase de lado luego de haberse sometido a ella en sus obras anteriores era un signo de que nacía en él un historiador auténtico.

Otro signo del nacimiento de un historiador: la admiración por López está ahora corregida y como aclarada por la que aquí rinde a Sarmiento. Esto implicaba que lo que se hallaba en López no era ya ese entretenido y a ratos irritante tejido de caprichosas anécdotas que es la superficie de la Historia sino lo que lograba permanecer vivo a través de ellas: ese interés por el país que nace y vive y se hace en medio de tantas peripecias. El moralismo había frustrado en buena parte el propósito de López; el moralismo trocado en psicologismo, resumía la obra anterior de Ramos; signo de que podrá ahora salvarse de ese destino es que sepa hallar en López algo que no es ya preocupación por dar juicios definitivos sobre las ajenas virtudes, que sepa hallar, por ejemplo —un ejemplo vivo sin duda en muchas páginas del Rosas y su tiempo- el cuadro de la población porteña en visperas de la Revolución. Pero para todo ello podía encontrar ejemplos mejores en Facundo. Como allí, crevó preciso poner en la base de su obra todo un ambiente, sólidamente apovado en la tierra, aquí esta tierra de Buenos Aires, la ciudad v su campaña...

Son los admirables capítulos centrales. Pero la obra no se abre con ellos. Se abre, una vez más, con el retrato del Restaurador, trazado, como es habitual en Ramos, a base de "propensiones hereditarias". No señalemos cómo los López de Osornio y los Rosas, la estirpe orgullosa y anárquica de caballeros campesinos y la de mansos burócratas al servicio del Rey en distintas ciudades de sus Indias son, bajo su transparente disfraz

de psicología fisiológica, imágenes histórico-culturales. Esto es demasiado evidente. Habría sí que señalar cómo esas imágenes se han refinado, cuánto ha progresado como historiador aquél que en La locura en la historia explicaba a la Inquisición española como un conjunto de maniáticos que —ésta era su justificación más legítima— perseguían a otros maniáticos aún más peligrosos. Los López de Osornio, los Rosas, no son ya caricaturas, son retratos admirables de claroscuro y de matices. Pero sigue en pie que la ligazón que se establece entre unos y otros, estas cualidades hereditarias que se mezclan y se combinan en proporciones exactas, como el agua y el vino, y vienen a explicar las "dos almas" del personaje estudiado, son cosa demasiado mecánica, y un mecanismo demasiado burdo. Y sobre todo corren el riesgo de desviar la cuestión del problema histórico a los viejos debates ético-psicológicos, de lo que Rosas hizo a lo que Rosas era.

El peligro se había esquivado al plantear el problema principal del libro: ¿cómo funcionaba la Tiranía? Pero el gobierno de Rosas se ejerció sobre una muy determinada región, de estructura también muy precisa. La ciudad y la campaña, y la frontera tan cercana, y más allá de ella los "indios amigos". La ciudad de tres razas, con sus arrabales de chozas en que no viven sino negros, con los indios que llegan en son de paz a comerciar en los depósitos para ellos preparados, todo un Buenos Aires muerto y sepultado cuando Ramos escribía es hecho revivir aquí, en páginas prodigiosamente vivas. Pero sería peligroso detenerse demasiado en su encanto pintoresco; aquí, como en Facundo, lo pintoresco está a la vez lleno de significado, y porque lo está es tomado en cuenta. Tras de esos cuadros animados Ramos adivina admirablemente cuáles son las líneas por las cuales se ejerce el poder y el prestigio, las líneas preexistentes sobre las cuales Rosas va a organizar su régimen autoritario. Régimen apoyado en una muy vasta popularidad. Negarlo es ingenuidad en que Ramos no incurre: tampoco incurre en la opuesta y menos evidente de suponer que esa popularidad podía dispensar al gobernante de tomar precauciones muy estrictas, si es que quería conservarla. Popularidad mantenida gracias a un arte de propaganda que hoy puede parecernos primitivo, y era una prodigiosa novedad. Ya Sarmiento había insistido en esa propaganda por la imagen que implicaba la utilización política de la litografía. Ramos Mejía va a recoger este motivo, ligándolo muy justamente con la popularización y degradación del gusto romántico que hay tras de algunos de los rasgos de la levenda rosista. Todo ello con una sensibilidad a la vez muy alerta y muy discreta que capta un hecho cultural, tan complejo como puede ser éste, en toda su frescura y en toda su riqueza; he aquí un secreto que el viejo positivista poseía y parece haberse perdido después.

Pero desde luego los sentimientos de afecto y admiración que el gobernante sabía evocar en algunos de sus gobernados no hubieran bastado por sí solos para mantener en pie, y por tantos años, un gobierno como el de Rosas. Para durar le fué preciso contar con apoyos más sustanciales. Los "indios amigos" en primer lugar; su importancia fué muy bien vista por Ramos Mejía —también aquí Sarmiento le sirve de precursor—; por otra parte no le era difícil verla: la frontera fué en la Argentina anterior a 1880 algo más que una separación: un lazo entre dos mundos; los indios

estarían aún presentes en la vida política de los años que siguieron a Caseros. Urquiza y Mitre fueron sucesivamente acusados de no desdeñar su alianza. Para Rosas el "negocio pacífico" —la ayuda estatal en dinero y mercaderías a las tribus aliadas— era a la vez, mediante el juicioso reparto de las ventajas que de ese negocio se derivaban para aquellos entre cuyas manos pasaba, el modo de dominar en la frontera, ganando con favores, que eran también la implícita amenaza de retirarlos, el apoyo de quienes eran lazo entre ese mundo oscuro de la frontera y el vasto mundo exterior. Detrás de la frontera, en la campaña, el procedimiento es del todo análogo; se trata también aquí de dominar en cada núcleo controlando a quienes lo controlan. No era preciso genio para realizar el descubrimiento, era necesaria en todo caso una considerable tenacidad para llevarlo a cabo pueblo por pueblo y pago por pago. La ciudad, de estructura más compleja, plantea problemas también más complicados, pero los capitalistas que siguen la vieja tendencia porteña de dividir sus inversiones entre préstamos que en otras partes se llamarían usurarios y la acumulación de tierras, los comerciantes agradecen al gobierno que haya traído consigo la paz. Para ellos y los hacendados federales se organiza el despojo de los vencidos. Por debajo de ellos una vasta clase de artesanos se enriquece con el bloqueo y con la provisión del ejército, ese ejército que es una de las creaciones más efectivas del régimen. Más abajo aún, una vaga plebe sin aspiraciones y sin problemas puebla sus quintas de durazneros, como la que antes de la Revolución constituía esa "democracia de propietarios" que gustaba de imaginar López. Todas esas clases pueden reconocerse en el gobernante. He aquí la pálida imagen esquemática de un cuadro rico, rico hasta el abigarramiento. Y sin embargo no del todo satisfactorio. Lleno, sí, de puntos de vista justos (por ejemplo esa insistencia sobre el papel del ejército como sostén de toda una organización artesana). Y a la vez curiosamente insuficiente.

En primer lugar el cuadro parece ser a veces una imagen de toda la vida social de la provincia, en la que a cada elemento viniese a agregarse arbitrariamente un signo político, algo así como esas litografías aquí descriptas, en que el tambero federal ordeña la leche que el lechero federal entregará en la estampa siguiente a una criada igualmente federal... Si el régimen cuenta con la adhesión de todas las clases, si esa adhesión no puede explicarse en cada caso por la concreta situación de esa clase, parece como si el análisis hubiese sido superfluo. Esto proviene en cierta medida de que Ramos tiene presente sobre todo el último período rosista, en que el gobernador, apaciguadas en buena parte sus enemistades y aflojadas por lo tanto sus alianzas en el plano social, parece planear en una esfera más alta, cubriéndolo todo en vaga actitud benedicente. Mas por eso mismo este período es quizás el menos significativo; por otra parte es visto aquí con los colores de la infancia. Época feliz en que nadie parecía enfrentar problemas económicos, en que cada día se presenta para todos tan claro y seguro como para un chico de cuatro años, hijo de familia acomodada. ¿Qué puede importar que las emisiones excesivas hayan llevado el oro a las nubes a quien tiene en el fondo de su casa las bases de una resurrecta economía natural, a quien puede crear con su lote de durazneros un ciclo económico aislado y cerrado?... La economía política de Ramos

es resueltamente corta. Porque estos años que siguieron al levantamiento del bloqueo fueron de profundo desajuste económico, o, más exactamente, tal como sugiere un sagaz historiador de hoy, pusieron en descubierto de qué manera había circulado la riqueza en la crisis que acababa de concluir: las clases que en ella habían aceptado más duros sacrificios no eran las más beneficiadas; a la dura luz de esa recuperada normalidad la "plebe rosina" pudo advertir que no había ganado nada<sup>1</sup>.

No pidamos aclaraciones sobre todo esto a Ramos Mejía: su economía es estática; es exactamente la misma en 1830 y en 1852. Y esto no sólo porque carecía de instrumentos técnicos capaces de reflejar una economía en movimiento, sino ante todo porque la economía sólo le interesa en cuanto le sirve de cañamazo para trazar sobre él el cuadro de toda una sociedad. Un cuadro, un paisaje humano lleno de sentido, eso es el Buenos Aires que aquí se nos da. Un cuadro que, como tal, viene a estar en cierta medida fuera del tiempo. El Buenos Aires aquí pintado no tiene propiamente futuro, y no sólo en la intención de sus habitantes, sino sobre todo en la mente de quien lo trazó, demasiado perfecto y ajustado; su convicción era que en un mundo como el que él había reflejado, un cambio sólo podía venir de fuera, y contra los deseos de los sometidos al orden viejo. Ahora bien, el cambio vino efectivamente, y vino de fuera, pero no contra los deseos de quienes formaban el orden viejo, que bien pronto se acostumbraron a vivir sin él; nuevas constelaciones políticas, nuevas alianzas sociales reemplazaron a las abolidas en 1852. Ramos Mejía es incapaz de dar cuenta de esos cambios, más aún, si su cuadro fuese del todo exacto tales cambios serían absolutamente impensables. En cierto sentido puede verse aquí, bajo la corteza positivista, el triunfo de la herencia romántica. También la historiografía romántica había querido dar "cuadros", imágenes en que una época era vista como un todo orgánico, del que cada componente recibía su sentido. También parecía difícil introducir en estos organismos tan sabiamente ajustados la noción de tiempo, de los derrumbes, demoliciones y reconstrucciones que trae consigo el tiempo histórico. Pero los románticos no renunciaron a esta tarea. La llevaron a cabo, sin duda, de modo que hoy nos parece a la vez en exceso grandioso y no lo bastante adherido a las líneas cambiantes y ambiguas de la realidad. Porque el cambio y la muerte no pueden introducirse en la sólida contextura de esos conjuntos orgánicos, nada se gasta y muere en ellos cada día y sin advertirlo, de modo que de esa muerte nazca nueva vida. No, son esos grandes organismos históricos los que, inmutables en su estructura, avanzan y retroceden y agonizan en una lucha de titanes; la historia se llena así de mitos personificados: el sucederse de las naciones en la primacía, las luchas de razas, las luchas de clases, el tránsito de las épocas tras de un combate en que la más joven asesina a la más vieja... Quienquiera podrá señalar lo que hay de falso en todo esto, aquí lo que se quiere es observar cómo de esta manera, sin duda no del todo satisfactoria, pudieron los historiadores románticos salvar su recién adquirida sensibilidad para captar complejos culturales en toda su riqueza y en toda su secreta unidad, a la vez que la noción misma de devenir histórico. Muy claro se ve todo esto, por ejemplo, en Facundo. Tampoco en Facundo hay propiamente lugar para transiciones; no por eso puede decirse que el futuro aparezca cerrado: ese mundo bárbaro se dirige naturalmente a una muerte descomunal y catastrófica en que desaparecerá sin dejar supervivencias. La historia que Sarmiento concibe carece, si así puede decirse, de viscosidad; las linfas opuestas corren por su cauce sin mezclarse, falta todo lo que hay de ambiguo e indiferenciado en la vida. En este sentido tienen razón los que acusan a Sarmiento de haber descuidado los detalles; propiamente en Facundo no hay detalles; en esta estructura llena de sentido, demasiado llena de sentido que es el mundo de Facundo, cada elemento requiere y resume el todo.

Pero desde el Facundo al Rosas, desde el romanticismo hasta el positivismo, algo más ha cambiado todavía. Porque a Ramos Mejía se podría formular una acusación más grave: ignora algo más fundamental, lo que hay en la historia de libre espontaneidad creadora. Esto se vincula con lo que movia a Sarmiento, con lo que mueve a Ramos Mejía a interesarse por la realidad nacional y su constituirse. Sarmiento partía de un impulso práctico que se resolvía integramente en teoría, en búsqueda apasionada, pero honrada, de cómo eran realmente las cosas, y se revertía de nuevo en acción. Para Ramos Mejía el proceso era muy distinto; ese complejo cuadro del Buenos Aires rosista ha sido evocado para llenar un hiato entre dos construcciones naturalistas: la psicología de Rosas, la psicología de las masas que lo apoyaron. La perspicacia de Ramos le permitió advertir que ese hiato sólo podía llenarse tomando en cuenta un complejo haz de factores: unas formas de convivencia social, de presión económica, unos estados culturales muy determinados. Llenarlo, en suma, era hacer la historia del período. Pero Ramos no fué más allá, porque para ello no hubiera bastado la mera perspicacia; era precisa una actitud espiritual que no era ya la suya. Ese mundo tan rico y complejo que ha evocado lo ve como encerrado, separado como por un diafragma de las realidades que le han precedido y le han seguido. Y esto aun cuando busca y halla en el Buenos Aires de 1907 la supervivencia de las actitudes colectivas que hicieron posible el rosismo. El hallazgo no produce en él estremecimiento alguno; sí tan sólo una serena satisfacción intelectual. Prueba efectiva de que, aun para Ramos Mejía, el aislamiento del período rosista en el cuadro de la historia nacional no era un dato objetivo, era una consecuencia de la actitud con la cual el propio Ramos había emprendido su estudio. Porque a Ramos Mejía no le interesaba el pasado nacional como huella de un destino en el cual él mismo estaba incluído, en el cual él mismo podía -o ya no podía- influir eficazmente. En este sentido pueden compararse útilmente sus "constantes históricas" con las que, siete años antes, había propuesto La ciudad indiana; las del Rosas son sin duda más justas y precisas. Sin embargo se advierte en seguida que en ellas desemboca un proceso espiritual menos rico que ése en que García va revelando con alma inquieta las secretas fatalidades que dominan el destino de los argentinos. Pero si comparamos a unas y otras con las del Facundo, con esas otras fatalidades que Sarmiento traza para indicar en seguida cómo podrían abolirse, hallaremos que entre las de García y las de Ramos hay algo en

Burgin, Miron. The economic aspects of Argentine Federalism (1820-1852). Cambridge, Mass., 1946, pp. 280-281.

común. Ese algo es la renuncia a toda consecuencia práctica: esas conclusiones no concluyen nada, fuera de la imposibilidad de concluir. García fué derecho a lo esencial; Ramos, de espíritu más complicado, se entretuvo trazando complejos panoramas; lo que había tras de ellos no era cosa muy distinta de los secretos descubiertos y expuestos melancólicamente en La ciudad indiana. Uno y otro representaban muy bien la doble orientación que alcanzó en la Argentina el último positivismo; para algunos era el determinismo positivista la forma moderna y desmitizada de expresar la creencia en una suerte de maldición del destino; en otros los aportes de una cultura apoyada en las ciencias servían para enriquecer aún más un paisaje espiritual, no para dotarlo de sentido. ¿Sería demasiado atrevido vincular todo esto con el papel que al grupo social en que se encarnaba ese último positivismo le iba quedando en el país del que formaba parte? Papel cada vez más escaso y marginal, cada vez menos decisivo cuando se trataba de trazar el futuro de la nación. ¿Es extraño que no hallasen otra salida fuera de la desesperación o la frivolidad? Colocar bajo el signo de la frivolidad a este Rosas y su tiempo trazado con tanto arte, con tanta obstinada y empeñosa inteligencia parece cosa en exceso injusta. Lo es sin duda si se dirige con ello una acusación contra el autor, quizá no lo sea tanto si se limita su alcance a observar cómo, si comparamos este Rosas con la obra de Mitre, o aun de López, o aun (prueba evidente de que no se trata de ningún modo de un descenso en perspicacia, en interés auténtico por la verdad), o aun con la muy mediocre de Saldías, hallaremos una baja irremediable en la tensión de ese empeño que mueve al historiador a ocuparse de historia. La historia no tiene ya lecciones que dar, o más exactamente el historiador no busca ya recibirlas porque no sabría ya aplicarlas; ya no está en sus manos el hacerlo, ni en manos de ese grupo que es el suyo y que él identifica ingenuamente con la nación toda. Lo que más arriba se ha llamado frivolidad no es entonces su culpa, es más bien su destino, y aun su desdicha.

TULIO HALPERIN DONGHI

Buenos Aires, enero de 1954.

### LA PINTURA BIZANTINA Y NUESTRO TIEMPO

La pintura bizantina ha participado de la general e injusta desatención con que, por mucho tiempo, vino tratándose a lo bizantino, fuera de los medios especialistas. La situación, felizmente, ha cambiado un tanto en los últimos años. Nunca se insistirá bastante en que Bizancio puede proporcionarnos la clave de muchos problemas del medioevo occidental o, por lo menos, elementos de importancia para su solución. El mundo bizantino representaba para los países de Occidente, a la vez, lo tradicional y lo moderno, y en tal sentido gozaba entre ellos de considerable prestigio, sirviendo, en más de un aspecto, de norma y modelo. Este influjo pasó

por grados de intensidad variable y aun se vió contrapesado algún tiempo por un influjo del Occidente sobre Bizancio. Pero se mantuvo ininterrumpidamente a lo largo de todo el milenio de la historia de la gran metrópoli oriental.

En lo que concierne a la pintura, cabe afirmar que no es posible entender por modo cabal la pintura europea, desde los murales románicos hasta el Greco, sin un detenido análisis de lo que hicieron los pintores bizantinos. No era raro encontrar hasta hace poco entre los historiadores del arte, y no digamos entre los hombres cultos corrientes, un sorprendente desconocimiento e incomprensión tanto sobre el papel que la obra de esos pintores cumplió en el arte occidental como sobre los valores intrínsecos de la misma. Calificábasela a menudo de monótona, convencional, rutinaria; juicios que sólo podían nacer de información insuficiente o de consideración superficial y apresurada, o bien —cosa todavía peor— de repetición no controlada de opiniones ajenas.

Había, ciertamente, algún motivo que explicaba tal proceder. No abundaban los libros sobre pintura bizantina y más escasos eran aún los que contenían reproducciones en color. De otra parte nuestros museos apenas poseen obras que la representen. El que quiera ver directamente las más importantes de sus creaciones debe hacer largos y penosos viajes, visitar lugares recónditos, o bien, para conocer el interesante pero parcial sector de la pintura de miniatura, examinar los códices que se conservan en

archivos y bibliotecas, siempre de difícil acceso.

Como es notorio, gran parte de esta pintura ha desaparecido. Pero, además, mucho de lo que queda ha permanecido oculto. La labor de devotos e infatigables investigadores ha traído a la luz, en los últimos veinticinco años, una apreciable cantidad de obras ignoradas, a veces maestras, que han permitido revisar a fondo los conceptos anteriores. A la cabeza de estas beneméritas empresas se halla la labor del Instituto Bizantino, fundado en Boston por Thomas Whittemore, el uno y el otro indisolublemente unidos al descubrimiento de los mosaicos de Santa Sofía de Constantinopla. Las tareas de limpieza y restauración de estos mosaicos se iniciaron en 1931 y continuaron hasta la última guerra. Sus resultados se dieron a conocer en minuciosos y eruditos estudios redactados por Whittemore. El último de ellos, cuarto de la serie\*, apareció en 1952, y tiene carácter de homenaje a su autor, fallecido poco antes tras una larga y fecunda vida consagrada a este género de investigaciones. Esta monografía se ocupa de un mosaico, descubierto en la galería meridional, que representa a Cristo entre la Virgen y San Juan Bautista en actitud de súplica, según el tipo de composición que se conoce en la iconografía bizantina bajo el nombre de "deisis". En su plan y contenido, sigue este estudio los mismos lineamientos que los anteriores: análisis arqueológico de la obra, penetrante y documentado; descripción exacta y minuciosa de la misma; espléndidas y numerosas láminas a escalas diversas, alguna en color, que facilitan la comprensión de todos los detalles.

Reanudados los trabajos en Santa Sofía, después de terminada la gue-

<sup>\*</sup> The mosaics of Haghia Sophia at Istanbul; fourth preliminary report. Work done in 1934-1938. The deesis panel of the south galery by Thomas Whittemore. University Press. Oxford, 1952.

rra, el Instituto Bizantino no se contentó ya con la anterior empresa y extendió sus actividades a otros monumentos constantinopolitanos. En 1947 comenzó la limpieza y consolidación de la magnífica serie de mosaicos de la Karié Yamí, antigua iglesia del monasterio de Cora, y más tarde, en 1952, la de sus frescos, unos y otros del siglo XIV. También ha emprendido la restauración de los mosaicos de la antigua iglesia Pamakaristos o Fetiyé Yamí.

Al lado de la obra del Instituto Bizantino, sin duda la más destacada, merecen consideración otras labores, cumplidas en el último cuarto de siglo, de menos volumen pero, asimismo, de valor para la historia de la pintura bizantina. Citemos, tan sólo de pasada, los murales descubiertos en Chipre por Buckler, las pinturas de las iglesias rupestres de Capadocia, estudiadas por Jerphanion, y los trabajos del Departamento de Restauraciones de Moscú donde, mediante la utilización de los rayos X, se han descubierto viejos iconos bizantinos bajo pinturas posteriores hechas en Rusia. De esta forma se acrecienta gradualmente el acervo artístico y, con ello, se amplía la base para un más exacto conocimiento y una más justa valoración.

Estos descubrimientos hubieran podido quedar, sin embargo, limitados, en buena parte, al ámbito de los bizantinólogos de no haber sido por las diversas publicaciones aparecidas últimamente sobre la pintura bizantina y destinadas al público culto en general. En ellas suele recogerse lo recientemente descubierto junto con lo de antes conocido. Las reproducciones que contienen, a veces en colores, a menudo excelentes, dan una idea bastante exacta de las diferentes obras. Con ello se vence uno de los mayores obstáculos que se oponen al conocimiento de este arte, y al que antes aludimos ya: lo lejano, desperdigado o difícilmente accesible de los lugares donde se encuentran las pinturas más representativas. En algún caso, esas publicaciones permiten incluso examinar la obra representada de manera más práctica y completa que si estuviésemos delante del original porque las condiciones de luz o ubicación impiden contemplarlo cómodamente.

Numerosos son los libros de ese género aparecidos en los últimos tiempos. Ellos contribuyen en gran medida a difundir el conocimiento y perfeccionar la comprensión de la pintura de que hablamos. Hace ya algunos años apareció un álbum de reproducciones de mosaicos italianos de los siglos IV al VII (Les mosaïques chrétiennes primitives. Berna. Iris Verlag. 1943), digno de ser recordado por la perfección de las catorce láminas, todas en color, que lo forman. Van precedidas de un prólogo de Emile Mâle, que cumple, en su brevedad, la necesaria función divulgadora, y de unas consideraciones sobre la técnica y el estilo del mosaico cristiano primitivo de las que es autor W. F. Volbach, conservador del Museo del Vaticano. En esta reducida colección figuran, naturalmente, algunos de los mosaicos de Ravena (San Vital, San Apolinario el Nuevo, Mausoleo de Gala Placidia) y de Roma (Santa Pudenciana, Santa María Mayor, etc.) amén de otros de Nápoles y Milán. La misma editorial publicó más tarde un álbum análogo con mosaicos, italianos también (Palermo, Venecia, etc.), de los siglos XII y XIII. Pero en ambos casos se trata de obras ya de antiguo conocidas.

Publicaciones más recientes incluyen otras menos divulgadas y, además,

no se ciñen exclusivamente al mosaico sino que se ocupan también de las otras ramas de la pintura bizantina, el fresco, el icono y la miniatura. La de David Talbot Rice (Byzantine painting and developments in the West before A. D. 1200. London, Avalon Press. 1948) tiene, de otra parte, el mérito de que se refiere a las proyecciones de esa pintura en la del medioevo occidental. Recoge los últimos puntos de vista sobre la materia, en forma clara y sistemática, muy adecuada para la orientación e información del no iniciado en estos estudios. Las ilustraciones, si no demasiado perfectas -sobre todo las en negro- están, en cambio, bien seleccionadas y cumplen a saciedad su función de comentario gráfico del texto. Tal vez haya que señalar como reparo la atención relativamente reducida que presta al mosaico, reacción quizá contra tendencias anteriores que daban a éste preferencia absoluta. La falta de equilibrio en cuanto a la consideración de las distintas formas de la pintura se manifiesta, por manera extremada y poco admisible, en el por otra parte hermoso fascículo de la serie The Faber Gallery of Oriental Art que lleva por título Byzantine painting. London, Faber and Faber. 1950. No parece correcto titular así una publicación en la que, de las diez reproducciones en color que la integran -insuperables, ciertamente, y prácticamente inéditas- nueve lo son de ilustraciones de manuscritos -casi todos de propiedad del Museo Británico- y una de un icono. Pues aunque en el mundo bizantino la relación entre murales, iconos y miniaturas era muy estrecha, no hay duda que el medio y la escala tenían que dejar sentir su influjo y una visión cabal requiere atender a todas, además del mosaico. El autor de la introducción, G. Mathew, se propone ilustrar con ejemplos las tres tendencias principales que, según él, se advierten en esta pintura entre los siglos IX y XII: la imitación de lo antiguo, el influjo del arte islámico y el anhelo de reflejar con brío la tensión dramática. Para este limitado objeto, las láminas resultan adecuadas, pero ello no autoriza para dar a la publicación un rótulo tan general.

Algunas publicaciones han aparecido también sobre los iconos bizantinos, con el mismo carácter de divulgación. Un encantador librito salió hace algún tiempo de las prensas suizas (WILD, DORIS. Les icones, art religieux de l'Orient. Lausanne, Payot. 1947) en el que se reproducen veintidós iconos que se guardan en colecciones privadas y que habían sido expuestos conjuntamente en Zurich y luego en Berna. Casi la mitad de estas piezas son bizantinas. Todas ellas encierran interés como significativas de su género y algunas son francamente valiosas. Las reproducciones tienen extraordinaria finura y, pese a su reducido tamaño, permiten apreciar todos los matices de las obras. Otro libro de formato semejante, aunque de más rico contenido, es el de W. Weidlé, Les icones byzantines et russes. Florencia, Electa Editrice. 1950. Los iconos que aquí se recogen representan, sin duda, lo más descollante de la historia de esta rama pictórica y el curioso podrá formarse, a través de este manual, una cabal idea de la evolución de la misma.

Pero la más amplia, completa y rica publicación sobre la pintura bizantina aparecida en los últimos tiempos es la editada por Skira\*, en la

<sup>\*</sup> La peinture byzantine; Etude historique et critique par André Grabar. Genève, 1953.

serie Les Grands Siècles de la Peinture y de cuyo texto es autor el gran bizantinólogo André Grabar, a quien se deben trabajos fundamentales, en el sector de lo arqueológico, tales como L'empereur dans l'art byzantin y Martyrium. Este libro, de lujosa presentación, aunque dirigido al gran público interesado por el arte, sirve también en no pequeña medida al especialista. Grabar ha sabido condensar con acierto y sencillez todo lo que hasta hoy se ha dicho sobre el tema, sin aparato bibliográfico, siempre enojoso para el lector corriente. Pero por debajo del texto claro y agradable fluye una erudición sólida que recoge los últimos descubrimientos y conclusiones. En una primera parte introductoria, se hace una breve exposición histórica de este arte, de su significación, propósitos en las distintas épocas y estética. La segunda parte es un estudio crítico de las obras reproducidas, más de un centenar. Todas las láminas son en color y de una perfección no superada y raramente igualada hasta aquí. Para lograrlas, los técnicos de la editorial han debido visitar muchos países, teniendo a veces que internarse por lugares apartados. Este libro, aparte otras muchas virtudes, tiene la de conceder a todas las manifestaciones de la pintura bizantina la atención que cada una merece.

Estas y otras publicaciones han contribuído a hacer cambiar grandemente el panorama en cuanto a la estimación de la pintura que nos ocupa, al proporcionar mejor y más abundante información. Pero ellas son también exponente de un interés que no se advertía con anterioridad. Ya es significativo que dos revistas populares, una francesa, otra norteamericana, hayan elegido, para ornar la carátula de los números de Navidad del año pasado, sendos fragmentos de mosaicos bizantinos. Ese interés no pudiera haber sido despertado solamente por los libros, folletos o álbumes aparecidos. Existe, sin duda, en nuestro tiempo, una cierta afinidad, en cuanto a gustos y criterios artísticos, con los de la pintura bizantina. Y esa afinidad crea apetencia por esta pintura y facilita su comprensión.

Se ha señalado con acierto que en ella desempeña papel fundamental un ingrediente que se califica de "expresionista": se busca cargar la obra de tensión profunda, de significación, más bien que reflejar belleza formal. El mismo hecho de que se le haya aplicado una denominación que corresponde a una descollante tendencia artística de nuestro tiempo revela la afinidad. Como en el expresionismo alemán y en las escuelas paralelas o derivadas, muchas obras bizantinas hablan con voz penetrante y grave, no amable y delicada, para decir cosas que hierven en lo hondo del alma humana. Esta corriente que procedía del Asia Menor y vino a turbar la placiente belleza y serenidad de lo antiguo, se había difundido desde los primeros tiempos del cristianismo. No hay que decir que esa tendencia se adecuaba perfectamente para la expresión de lo teológico, el patetismo de lo religioso, la terrible justicia divina.

De otra parte, es notorio que la pintura actual tiende, en una de sus más características corrientes, como a transponer o transfigurar lo real, manteniéndose, en cierto modo, equidistante de lo abstracto y de lo realistanaturalista. No trata de reproducir lo exterior ni en cuanto cosas, tal como ellas son, ni en cuanto luz, tal como se nos aparecen. Pero tampoco se reduce a una mera combinación de líneas, formas o colores, valiosos por sí y sin nexo alguno con lo real. Mantiene, por lo contrario, una especie

de paralelismo con la realidad aunque sin confundirse con ella: es como una realidad de orden distinto, de plano superior en que los datos aparecen transformados. No copia lo objetivo sino que lo sublima. Pues bien, esta misma tendencia existió en la pintura bizantina y aun cabe decir que es una de sus constantes más típicas.

El hecho tiene su explicación teórica; porque siendo esa pintura -fundamentalmente religiosa - a modo de una ancilla theologiae, debía reflejar el mundo superior, paradigma de este inferior. Partiendo de nuestro mundo terrenal, trasunto imperfecto del otro, pero trasunto y copia al fin, podía el arte, modificándolo y elevándolo, llegar a darnos una visión de la Jerusalén celestial. Late aquí, como se ve, un viejo concepto platónico, acogido en la teología, y que quizá tenga también relación con el episodio de la transfiguración del Tabor y la doctrina del cuerpo glorioso. Para algún autor, lo característico del "estilo bizantino", en todos los órdenes de la vida, consiste en ver lo abstracto en lo concreto y destilar símbolo, metáfora y sueño de la realidad de las cosas\*. La concepción del arte plástico como vislumbre o revelación de lo divino había impuesto una intervención estricta de la Iglesia y una limitación de la libre iniciativa de los artistas (segundo concilio de Nicea, 787) y tuvo su expresión popular en la leyenda de la imagen de la Virgen pintada por San Lucas y de otros iconos "acheiropoietes", no hechos por mano de hombre, producto de revelación milagrosa. El artista bizantino, como muchos artistas de hoy -aunque por otros motivos- altera la realidad para crear, sobre ella, una realidad nueva y más alta. Así, modifica las proporciones del cuerpo humano, la forma y las actitudes de él y de sus partes, o bien, como el pintor anónimo de la iglesia del monasterio de Brontochion, cambia los colores al extremo de pintar de verde el buey de una Natividad como pudiera hacerlo Gauguin.

Luis Tobio

Montevideo. mayo de 1954.

## LAS TRES VERTIENTES DE LA HISTORIA DE LA CULTURA

s posible que la nota esencial del concepto de la historia sea la consi-Le deración de que ésta consiste en una investigación del pasado con el fin de encontrar los aspectos fundamentales que, partiendo de ese pasado, sean susceptibles de nutrir el presente vivificándolo y comunicándole una energía que haga de ese presente una continuación viva del pasado. Por ello, investigación e interpretación del pasado concurren indisolublemente a la edificación de la idea moderna de la historia de la cultura. Precisamente esta idea, coincidente con la concepción enunciada por Nietzsche en sus Consideraciones inactuales, De la utilidad y de los incon-

<sup>\*</sup> Von Simson, O. G. Sacred fortress; Byzantine art and statecraft in Ravenna. Chicago, 1948. p. VIII.

venientes de los estudios históricos para la vida, ha sido elevada por Hans Freyer al rango de teoría fundamental del conocimiento histórico. Después de la requisitoria de Nietzsche, que hubo de señalar como un peligro el exceso de los estudios históricos para la vida y aun para la salud de toda cultura sana, el mismo Nietzsche indicó, con igual claridad y vigor, de qué modo la historia puede actuar como transformadora de las formas latentes que subyacen en cada presente, incitándole al desarrollo de sus más íntimas virtualidades. Aunque el pensamiento de Nietzsche padezca de cierta orientación aristocrática e individualista, y toda su concepción, pensada en su primera juventud, está meditada para dar respuesta a las condiciones que en ese momento ofrecía la realidad de Alemania en 1874 en cuanto se refiere al movimiento de las ciencias históricas, la aguda mirada nietzcheana permite descubrir una de las dimensiones fundamentales que caracterizan hoy a la historia de la cultura.

La conexión del pasado con el presente se realiza, asimismo, con el propósito de descubrir en las sucesivas formas de cada presente nuevos hechos, y en el sentido de ellos, nuevos valores. Esta referencia al valor, específica de los hechos históricos, confiere a la historia un ámbito bien delimitado en el cuadro de las ciencias del espíritu, al convertir en bienes culturales los múltiples productos de la actividad del hombre, y a la historia en la ciencia aplicada al examen e investigación de estos hechos.

La historia de la cultura parece realizarse, según las tendencias que comienzan a expresarse en nuestro tiempo, como una construcción que comprende en su seno las notas singularizadoras de cada una de las investigaciones realizadas por las historias particulares. Aspira a obtener de esta manera una imagen total, coherente y omnicomprensiva del pasado del hombre. El pasado del hombre, en virtud de estas investigaciones y su síntesis crítica, es iluminado hasta en sus repliegues más íntimos y revelado en una nueva perspectiva. La imagen del pasado del hombre de esta manera conquistada no pretende ser una réplica, una reproducción total del pasado. Esto no es el ideal de la historia de la cultura, sino que, como lo ha advertido exactamente Huizinga, tal cosa no sería ni siquiera historia, puesto que la imagen histórica surge cuando se indagan determinadas conexiones del pasado cuya naturaleza se determina por el valor que se les atribuye; la historia es siempre por lo que se refiere al pasado una manera de darle forma y no puede aspirar a ser otra cosa, concluve Huizinga.

Se trata, en consecuencia, de recoger mediante una rigurosa conceptuación, las formas más valiosas del pasado, de articularlas en síntesis comprensivas vinculándolas por sus relaciones y conexiones de todo carácter y de obtener una imagen histórica, viva y precisa.

Estructuración de una imagen del pasado, conexión viva de éste con el presente, son tarcas que debe realizar alguien y para alguien. El hombre se manifiesta como el depositario de esta formulación y la historia misma aparece como una explicitación de lo humano, como una realización del hombre a través del tiempo.

La historia de la cultura, concebida así, procede, según puede observarse en el momento actual, de tres vertientes, que desde muy distinto ángulo y en muy varia medida y proporción de sus aportes, han informado su posición y contenido, configurando su carácter como una de las ciencias del espíritu.

La primera raíz penetra en el suelo de las investigaciones realizadas en la segunda mitad del siglo XIX en torno a las ciencias etnológicas, a la arqueología y a las meditaciones sobre el alma y la mentalidad primitivas. Estas consideraciones, unidas a los estudios vinculados a la antropología física y a las civilizaciones asiáticas y africanas, como asimismo a las diversas culturas americanas, ampliaron considerablemente el horizonte histórico, colocando el aparato visual de la historia en contacto con una problemática cuyos contornos y extremos no se habían percibido con anterioridad. La proximidad de estas nuevas culturas revolucionó a la vieja historia de tendencias y límites europeos. Europa había tendido a una ampliación de su anterior dintorno geográfico, desde fines del siglo XV, propósito que logró en la inmediata centuria, en la cual su cultura alcanzó todos los ámbitos del globo. Pero las consecuencias internas de este magno hecho, en cuanto a su elaboración, síntesis y conciencia de su amplitud, no se advirtieron en su exacta proporción sino en la segunda mitad del siglo XIX. La ampliación del horizonte proyectó en la conciencia histórica un haz de sugestiones fecundísimas que hubieron de advertir bien pronto los espíritus más sagaces. Ortega y Gasset analiza, bien que por vía de ensayo y con sentido literario, este singular acontecimiento en Las Atlántidas. Con su poliforme y vivaz capacidad de juzgar los hechos que ocurren en su tiempo, y el certero análisis de su contenido, que constituyen quizá sus virtudes esenciales de ensayista y espectador, predice que la ampliación del horizonte histórico constituye un hecho de importancia incalculable y que erraría en sus previsiones sobre el futuro de los pueblos occidentales todo el que no acertara atribuirle su debido rango, después de expresar que el horizonte histórico de Europa se ha expandido súbitamente y en proporciones gigantescas.

Esta ampliación del horizonte histórico determinó una nueva posición del espíritu crítico europeo. De simples relaciones de vecindad, enriquecidas por una prolongada convivencia en un recinto cerrado y con fronteras definitivas en su limitación provinciana, se pasó a relaciones y contactos vastísimos, dentro de una concepción del mundo gobernada por ideas y magnitudes de universalidad. El paisaje íntimo y familiar de la vieja Europa se transfiguró en un paisaje de inmensas visiones, de lejanías inabarcables. Simultáneamente se operó una aproximación de formas de vida incomunicadas hasta ese momento. Singular relieve adquirieron los problemas del hombre primitivo v de las culturas inferiores. La posición adoptada por la Ilustración y el insnaturalismo fué sustituída por una consideración más ajustada a esta novísima realidad. Cierta postura romántica acerca del alma del hombre primitivo, como dice Alfred Weber, fué abandonada: las ideas de Rousseau al respecto cedieron a una concepción realista que colocó en su exacta situación este tipo de cuestiones. Las comprobaciones obtenidas encendieron el interés e incitaron la investigación, orientándola hacia otros campos vírgenes del análisis y la crítica histórica sobre los problemas de la filología comparada. la filosofía de la religión, etc. La aproximación de Europa se operó también con otras civilizaciones evolucionadas, y el contacto allegó nuevas ideas y fundió al mundo en una comunidad de culturas en la que los varios componentes cobraron conciencia de su significación.

La descomposición del viejo cuadro y el desborde del limitado hori-

zonte histórico cobró sentido cuando los nuevos espacios fueron ordenados según los moldes conceptuales y la crítica del material a ellos adaptados. El resultado fué una nueva cosmovisión apoyada en lo esencial en investigaciones parciales de las culturas y sus relaciones internas, que abarcaban todo el mundo conocido. Spengler ha dado una vigorosa impresión de este suceso. Cualquiera sea nuestra apreciación de sus ideas, el hecho es que tomó conciencia de la primordial significación que este giro copernicano, como él mismo dice, tenía para un mejor entendimiento de la historia de la cultura. Ha señalado en forma definitiva cómo se deshizo el esquema tripartito de división clásica en períodos de la historia al impacto de las nuevas ideas, y aunque se atribuya la primacía de las mismas quizá indebidamente, es indudable que fueron expuestas y fundamentadas con más exactitud que nadie lo hiciera hasta entonces, despertando sugestiones y creando un repertorio de ideas que configuran uno de los supuestos de la actual historia de la cultura.

El esquema Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna, mostró su mezquindad y su insuficiencia, y la superación del viejo esquema confirió a la imagen del pasado la real medida de sus proporciones con sus relieves y sus abismos. Esta visión del pasado desde la estrechez europea, hubo de expandirse en todas direcciones ofreciendo sus nuevas posibilidades a las distintas investigaciones. Los mundos, en su visión parcializada, se transformaron en el mundo, surgiendo con nuevo impetu una cosmovisión integral. El mundo histórico, de una consideración lugareña, mediterránea y europea, como apunta Ortega y Gasset, que implicaba una manera de comportarse exclusivamente europea, dió un brinco hacia la universalidad en su doble dimensión interna y externa. Todas las culturas ajenas a la europea mostraron su exquisita cohesión y la trama densa y compleja de sus interiores relaciones. El concepto de lo "bárbaro" y "salvaje" perdió su anterior significado arbitrario y apareció ante una nueva observación de sus valores y sentidos, "como una distinta forma de responder al cosmos circundante, aunque distinta de la nuestra, no menos respetable", señala Ortega y Gasset. La ampliación del horizonte histórico puede considerarse, en consecuencia, como el verdadero comienzo de la construcción de la historia de la cultura, al otorgarle las formas universalizadas y una óptica total de las civilizaciones en todo su despliegue.

Una segunda vertiente radica en la crítica de las fuentes y la afinación del método en cuanto al tratamiento del material histórico.

El punto de arranque de ambos aspectos quizá se halle en el movimiento historicista y en el esfuerzo realizado para constituir las ciencias del espíritu. No bien se advirtió que las culturas pueden ser diversas unas de otras y que las múltiples formas de cada una de ellas responden a exigencias precisas y determinadas relacionadas con su más entrañable estructura, quedaron todas ante los ojos del investigador algo así como legitimadas, con su existencia justificada en relación recíproca. Las categorías que se aplicaron para indagar su perfil cobraron real validez. Se hizo indispensable trabajar con un nuevo orden de ideas y conceptos para penetrar su mecanismo interior, recurriendo a una suerte de introspección cultural. Así se llegó a un acucioso intento de revelar formas, relaciones, contenidos, cuyo secreto, hurtado a la vista de las viejas representaciones, nunca hubiera mostrado su faz de otra manera.

El examen de las fuentes, en cuanto labor de análisis, confrontación y minucioso estudio casuístico, hubiera mostrado su radical impotencia si no se hubiera hallado asistido por esta suerte de introspección cultural, mediante la cual se llegó a la inmersión en el seno de culturas extrañas ya sea coetáneas o remotas en el pasado con respecto a la posición del estudioso.

Con todo, el espíritu realista de esta investigación de las fuentes documentales desarrolló una rigurosa metodología liberada de la ingenuidad e inocencia de los antiguos cronistas que impulsó insospechablemente los límites del pasado, advirtiendo hábilmente, a medida que crecían sus conocimientos, nuevas perspectivas en la acentuación de valores y notas contenidas en la trama del pasado. Los trabajos de la investigación comparativa, de los métodos objetivantes, de la concepción genética de la historia, se debieron a Niebuhr, Eichhorn, Savigny, Jacobo Grimm, para seguir la linea de Gooch en su examen de los historiadores del siglo XIX. Los aportes de Ranke y sus discípulos y las valiosas contribuciones de Thierry, Michelet, Guizot, Mignet, Thiers, por sus vastas implicancias, fueron dando a la historia de la cultura un sólido apoyo. Derivaron sus ideas y conceptos de la tarea realizada con anterioridad por los humanistas del Renacimiento, cuyo amor por el pasado helenorromano se manifestó en traducciones. copias y monografías, tarea que superaron, calando en profundidad a través de cortes que la crítica investigadora anterior no hubiera sospechado.

Se logró de esta manera una perspectiva del pasado integrada con los distintos trozos del orbe cultural que contribuyeron con sus aportes a formular esta imagen. La historia política perdió su privanza exclusiva en la consideración del historiador y debió compartir su puesto con las demás ramas surgidas recientemente, nivelándose con ellas. El mundo de la cultura se había aclarado y mostraba su superficie, en la cual los distintos compartimentos esperaban su exploración, entendiéndose que cada uno debía exigir parejo interés y dedicación, puesto que todos poseían igual dignidad. La historia del arte, del lenguaje, de la ciencia, de la política o del Estado, se combinaron imbricándose con la historia del derecho, de las instituciones administrativas, de la religión y demás formas de la cultura; y de la superior y comprensiva síntesis de sus notas esenciales surgía un todo nuevo y homogéneo que aspiraba a constituirse en una imagen coherente del pasado considerado como el pasado de la total actividad del hombre. Esta construcción no puede edificarse con elementos de la fantasía, sino elaborarse sobre la sólida roca de los testimonios y comprobaciones de los textos. Este tratamiento no admite atenuantes y su violación constituye un atentado a la objetividad y pureza en la consideración del pasado.

Tal rigor conceptual contribuyó en gran medida a la tarea de perfilar la historia de la cultura, aunque pueda ahora considerarse como una posibilidad limitada. La actual historia de la cultura en claboración le debe quizá uno de sus pilares más sólidos. La filología, aunque considerada en sí misma no sea historia, le ha proporcionado innumerables aportes. Huizinga, en su primera conferencia, recogida más tarde en su monografía sobre el estado actual de la ciencia histórica, realiza un examen de las ventajas de los trabajos críticos de las fuentes por el investigador, pero

advierte en igual medida acerca de los riesgos que se derivan de la fruición, diremos, de una tarea que se agota exclusivamente en la edición y escrupuloso tratamiento de las fuentes, sin discernir lo esencial de lo accesorio. Aun considerado este legítimo reparo, la unión y cooperación de la historia con la filología ha sido uno de los más felices encuentros operados en el siglo XIX en todo el campo del pensamiento de Occidente. De sus logros ha extraído la historia de la cultura uno de sus mejores elementos de existencia.

Una tercera vertiente de la que mana la historia de la cultura, podría encontrarse en la formulación de una teoría de la cultura que, al vincularse a la historia de la cultura, ha transferido a su campo y objeto ciertos modos de reflexión y normas para la realización de su tarea y cometido, aclarándole dificultades y enriqueciendo su problemática, a la vez que contribuyendo a su solución. Las conexiones e incitaciones mutuas derivadas del estudio de una filosofía de la cultura y una historia de la cultura constituyen acaso los temas de mayor interés del pensamiento actual.

Los supuestos teóricos que permitieran la construcción de una imagen coherente y omnicomprensiva del pasado del modo que se ha expuesto sólo podían ser suministrados por una teoría de la cultura. La ampliación del horizonte histórico y la manipulación crítica de las fuentes documentales y testimonios del pasado, quizá no hubieran bastado por sí mismas para combinar y coordinar todas las formas múltiples, todo el infinito juego de causas y relaciones en que se resuelve el contenido de esa imagen. Una teoría de la cultura procedente en su esencia de la meditación filosófica acerca del ser de la cultura cerró el ciclo formativo de la historia de la cultura, al aportarle no sólo sus geniales hallazgos sino también los medios decisivos para integrarse. Podemos hoy columbrar que, sin esta circunstancia, acaso no hubiera descubierto sus problemas esenciales y hubiera persistido en la esterilidad que ya le amenazaba cuando la filología pretendía ser el árbitro supremo de los estudios históricos. Recuérdense los temores de Jacobo Burckhardt cuando inició la redacción de su historia de la cultura griega. El sentimiento de su falta de contacto con la filología casi detuvo su mano.

Entre las virtudes de una vasta y detenida meditación sobre los fenómenos de la cultura se cuenta el inmediato reparar acerca del valor ontológico del hombre por una parte, y de la obra que se acumula como resultado y expresión de su actividad creadora, por otra. Creador y obra creada concurren a dúo, en participación esencial, en la consideración de la cultura vista desde el ángulo del interés de la historia. Quizá por esto no fué una casualidad que la primera y enérgica advertencia en contra del panmatematicismo del siglo XVII partiera de un historiador genial. Vico mantuvo los fueros de la historia y sus inalienables derechos a constituirse como un orbe particular del saber. Su proeza intelectual consistió en erguirse frente al cartesianismo y a todas las tendencias racionalistas de su énoca para afirmar que los problemas de la historia se resistían irreductiblemente a ser tratados more geométrico, y que, por su íntima y radical naturaleza, sólo podían penetrarse con un método extraño al conocimiento de la matemática v de la naturaleza, añadiendo asimismo que el conocimiento, como posibilidad del hombre, no puede ser sino referido a las creaciones del hombre, quien en virtud de esto sólo puede comprender

aquello que ha creado. Este planteo de incalculable valor, ha fecundizado todo el campo de la historia de la cultura, mostrando la posición del hombre en un mundo que le es específicamente suyo, el mundo de sus creaciones, al que posteriormente se ha dado en llamar el mundo de la cultura. Vico, con su hallazgo revolucionario, mostró también el valor de la comprensión y sus virtudes para aclarar y determinar las distintas manifestaciones de ese cosmos cultural, opuesto a la naturaleza. Derivadas de sus meditaciones surgieron una antropología filosófica y una filosofía de la cultura, bien que ambas debieran sus mejores formulaciones a pensadores posteriores al genial napolitano. La construcción gnoseológica de Dilthey, sus ideas acerca de las ciencias del espíritu y del método de la comprensión, recuerdan vivamente a Vico.

Dilthey, en efecto, ha echado luego las bases de una correcta fundamentación filosófica del saber histórico, mediante una teoría del conocimiento para las ciencias del espíritu a partir de la estructura de la historia. Aunque menos próximos a esta concepción, deben recordarse también los esfuerzos de los filósofos postkantianos Windelband y Rickert, los que parten asimismo de la oposición cultura-naturaleza. Las contribuciones de Brentano a la formulación de una psicología de la intencionalidad, por su directa referencia al objeto de parte de los actos psíquicos y los hallazgos de Hegel en cuanto a la estructuración del espíritu objetivo, han dado forma al mundo cultural cimentándolo para las reflexiones posteriores. Este mundo de la cultura constituve el medio dentro del cual el hombre se mueve, resolviéndose las relaciones entre hombre y mundo en un constante juego de causas y efectos recíprocos.

Los productos culturales -bienes en términos técnicos- reobran sobre el creador al independizarse y convertirse en espíritu objetivado, y son susceptibles, como se ha observado exactamente, de modificar al hombre, de incidir en su trayectoria histórica. Pueden, incluso, hacer al hombre, si es permitida esta expresión. De lo cual se infiere que éste, en la sucesión de las generaciones y en virtud de sus propias creaciones es obra, en buena medida, de sí mismo, de su autoesfuerzo. Su autoconfiguración es quizá, la más extraña y reveladora de sus obras en la historia.

La teoría de la cultura, estructurada como sistema de ideas, surgió y se formó fuera del campo de la historiografía, pero sus implicaciones y logros estimulan los estudios históricos, fecundándolos en muy alta medida. La historiografía erudita, en definitiva, no pudo ignorar los planteos de la filosofía de la cultura y sus incitaciones conduieron a los historiadores a orientar su interés hacia la exploración y el dominio de las provincias

del mundo cultural.

La operación previa del análisis, de toma de contacto con las fuentes y el material, precedió a la ulterior consideración de síntesis y crítica que ya no pudo prescindir del método y tratamiento de carácter filosófico. De este modo, la ampliación del horizonte histórico, la crítica de las fuentes v la afinación del método, v una teoría de la cultura, con sus aportaciones imprescindibles, parecen haber cooperado para darnos, en el momento actual, la perspectiva que nos ofrece la historia de la cultura.

JAIME CULLERÉ

## TEXTOS Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA

COLERIDGE Y LAS TEORIAS ARTISTICAS DEL ROMANTICISMO INGLES

A conferencia Sobre la Actividad Poética o Arte (On Poesy or Art), décimotercera de un ciclo de catorce que Coleridge dictó a principios de 1818, es un testimonio notable de las teorias artísticas del Romanticismo inglés. Documenta esos dos aspectos fundamentales del movimiento, a los que ya hicimos referencia anteriormente¹: por una parte, la influencia de la filosofía crítica alemana y de sus continuadores, principal y específicamente Kant y Schelling; por otra, el desarrollo de una concepción de la actividad artística como creación de un equivalente formal o símbolo de la experiencia que la motiva.

En ambos sentidos, el Romanticismo inglés se desplaza en fenómenos histórico-culturales de significación destacada en el pensamiento moderno. En su relación con la filosofía alemana de la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, participa de un impulso que tiene su origen en Kant, aunque es inconcebible —como ha señalado Sir Herbert Read²—sin el estímulo de Hume. Comprendidos en este impulso se hallan Fichte. Schelling y Schleiermacher, Herder, Goethe y Hegel, los dos Schlegel, Schiller y Novalis. El mismo Sir Herbert, en atrevida síntesis³, cree ver las proyecciones de la filosofía trascendental pasando de Schelling a Kierkegaard y de éste a Husserl, para ser luego retomadas por el actual existencialismo de Heidegger, Jaspers, Marcel y Sartre.

Por su teoría del arte, las ideas de Coleridge interesan profundamente a la poesía inglesa. Señalan, juntamente con el prefacio de Wordsworth a sus Lyrical Ballads, la superación de los principios neoclásicos que, presentes ya en Dryden, habían alcanzado plena vigencia durante el siglo XVIII, en Pope y el doctor Johnson. La concepción de los románticos—que, no obstante ser nueva, se nutría en las reliquias de la antigua poesía popular inglesa, también en Chaucer y Spencer, y muy especialmente en Shakespeare— influyó considerablemente en la noción de poesía que se han formado los autores y críticos ingleses posteriores, hasta el presente. El mismo pensamiento se reproduce, de una u otra manera, en Keats, Browning<sup>4</sup> y Hopkins<sup>5</sup>; reaparece en T. E. Hulme, crítico adverso

¹ Véase la nota sobre "Sir Herbert Read y el estudio del Romanticismo inglés", en el Nº 2 de Imago Mundi.

2 Cf. The True Voice of Feeling, p. 165.

<sup>3</sup> Cf. op. cit., p. 185.

al romanticismo, pero que asimila el concepto de "forma orgánica" de una corriente distinta, acaso emparentada, en cierto modo, con las doctrinas de Cassirer sobre las formas simbólicas. Finalmente, a través de Hulme, se trasmite a Ezra Pound y T. S. Eliot.

Samuel Taylor Coleridge, poeta, ensayista e improvisado filósofo, fué también el fundador de la moderna crítica shakespeariana. Nació en 1772; su amistad con Wordsworth se vincula a un capítulo fructifero de las letras inglesas; su familiaridad con la filosofía germánica alcanzó plena magnitud durante su estadía en Alemania, en 1798 y 1799. Murio en 1834. Su exposición, infortunadamente, a menudo resulta un tanto desordenada y confusa, o se disgrega en observaciones a veces agudas pero no menos incidentales por ello. Esto ha sido, hasta el presente, motivo constante de discusión y exégesis. Un serio agravante de tal situación lo constituye el carácter fragmentario e incompleto de los textos criticos de Coleridge, quien no redactaba sus conferencias sino que las desarrollaba de acuerdo a sumarios y apuntes que son, en muchas ocasiones, cuanto nos queda de ellas. Su Biographia Literaria (1817) tiene gran importancia para el conocimiento de sus opiniones. El principal estudio de las teorías poéticas del Romanticismo inglés es, probablemente, el de Sir Herbert Read, The True Voice of Feeling (1953), que puede ser recomendado, asimismo, como inteligente apreciación de las ideas de Coleridge. Otros trabajos destacados sobre Coleridge son: The Road to Xanaou de J. L. Lowes (sobre su inspiración poética), Coleridge as a Philosopher de J. H. Muirhead y Coleridge on Imagination de I. A. Richards. La reciente monografía de Kathleen Raine en la serie "Writers and their Work" (Coleridge, London, Longmans, 1953) es la mejor introducción general y se completa con una bibliografia fundamental.

Para la presente versión hemos seguido el texto de Coleridge's Essays & Lectures on Shakespeare & Some Other Old Poets & Dramatists, Everyman's Library, pp. 311-319. Lo hemos abreviado, omitiendo algunos ejemplos y observaciones marginales, así como las consideraciones sobre cada una de las bellas artes en particular.

Jaime Rest

Fué restablecida en Inglaterra por Wordsworth y Coleridge, desarrollada en cierto grado por Browning y Gerard Manley Hopkins, y en nuestros días por poetas como Wilfred Owen, Ezra Pound y T. S. Eliot."

<sup>6</sup> En Hopkins, corresponde a la noción de inscape, a la que concede debida importancia el Dr. W. A. M. Peters, S. J. en su Gerard Manley Hopkins (Oxford University Press, 1948). Véase, especialmente, el comienzo del capítulo 4, "Perception and Expression of Inscape".

<sup>&#</sup>x27;Sir Herbert Read no menciona directamente a Browning en The True Voice of Feeling, pero sí en un trabajo anterior. Form in Modern Poetry. Escribe allí, refiriéndose a la noción de "forma orgánica" (pp. 45-46 de la edición revisada en 1948): "Creo que esta teoría de la poesía es ilustrada por la principal tradición de la poesía inglesa que comienza con Chaucer y alcanza su culminación final con Shakespeare...

#### SOBRE LA ACTIVIDAD POÉTICA O ARTE

El hombre se comunica por medio de sonidos articulados y, principalmente, por la memoria auditiva; la naturaleza, por medio de la impresión óptica de límites y superficies, y a través del ojo, da a los sonidos, olores, etc. significado y apropiación, y, de tal modo, las condiciones de memoria o la capacidad de ser recordados. Ahora bien, el arte —utilizando la designación colectivamente para la pintura, la escultura, la arquitectura y la música— es mediador y conciliador entre la naturaleza y el hombre. Es, por lo tanto, el poder que humaniza la naturaleza e insufla los pensamientos y las pasiones del hombre en cada cosa que es objeto de su contemplación; el color, la forma, el movimiento y el sonido son los elementos que combina, imprimiéndoles unidad en el molde de una idea moral.

Escribir es el arte primario. Primario, si consideramos el propósito por separado de los diferentes modos de realizarlo, esos peldaños de una progresión cuyos indicios todavía son visibles en los grados inferiores de civilización. Primero está la mera gesticulación; luego el rosario y el wampun¹; más tarde el lenguaje pictográfico; después los jeroglíficos, y finalmente las letras del alfabeto. Todos éstos consisten en una traducción del hombre en términos de naturaleza, en una substitución de lo audible por lo visible.

Para el entendimiento, la llamada música de las tribus salvajes merece tan poco el nombre de arte como el oído la justifica como música. Su condición más baja es mera expresión de pasión por medio de los sonidos que la pasión misma reclama; la más alta alcanza no más que a la reproducción voluntaria de estos sonidos en ausencia de las causas que los motivan, a fin de conferir el placer del contraste: por ejemplo, por medio de los diversos gritos de guerra en un canto de seguridad y triunfo.

También la poesía es puramente humana, pues todos sus materiales provienen de la mente, y a ésta se dirigen todos sus productos. Pero es la apoteosis del estado precedente, en el que la pasión misma, por la excitación del poder asociativo remeda un orden, y el orden resultante produce una pasión placentera, y de tal modo, eleva la mente haciendo de sus sentimientos el objeto de su reflexión. De igual manera, mientras recuerda las escenas y los sonidos que habían acompañado a las circunstancias de la pasión original, la poesía los impregna de un interés que no les es propio en razón de las pasiones, y atempera no obstante, la pasión, por medio del poder sedante que todas las imágenes distintas ejercen sobre el alma humana. En este sentido, la poesía es una preparación para el arte, puesto que se aprovecha de las formas de la naturaleza para recordar, expresar y modificar los pensamientos y sentimientos de la mente. Sin embargo, la poesía aún puede solamente actuar a través del discurso articulado<sup>2</sup>, que es tan peculiarmente humano que en todas las lenguas constituye la designación ordinaria que sirve para contrastar el hombre y la naturaleza. Tal es el acento original de la palabra "bruto"; y aun "mudo" sugiere la idea de una ausencia no de sonido sino de sonidos articulados.

El arte comienza tan pronto como una imagen exterior, ajena al discurso articulado, apela a la mente humana en forma inteligible. Pero observad, por favor, que
he puesto particular intensidad en las palabras "mente humana", proponiéndome excluir, en consecuencia, todos los resultados comunes al hombre y a todas las otras
criaturas sentientes y limitándome, por lo tanto, a los efectos producidos por la congruencia de la impresión animal con los poderes reflexivos de la mente, de manera
que el motivo del placer no ha de ser la cosa presentada sino aquello que es representado por la cosa. En este sentido, para un observador religioso, la naturaleza

Rosario de conchas empleado por los indios de la América del Norte.
Este es el motivo por el que Coleridge excluye a la poesía de las artes propiamente dichas; para nosotros, en la actualidad, es el punto débil de su argumento. Pero, en descargo suyo, recordemos que aún transcurriría mucho tiempo antes de que se fundara consistentemente la teoría que sostiene que el lenguaje en la poesía no cumple una función lógica sino estructural y que, en consecuencia, su comunicación no se establece a través de un "discurso" sino —al igual que en el material de las otras artes— de una "presentación simbólica". Véase: Susanne K. Langer, Philosophy in a New Key, capítulos 4, "Discursive and Presentational Form", y 9, "The Genesis of Artistic Import".

misma es el arte de Dios; y por idéntica causa, el arte mismo puede ser definido como de una cualidad media entre un pensamiento y una cosa, o, según dije antes, como la unión y reconciliación de lo que es naturaleza con lo que es exclusivamente humano. Es el lenguaje figurado del pensamiento y se distingue de la naturaleza por la unidad de todas las partes en un pensamiento o idea. De aquí que la naturaleza misma nos daría la impresión de una obra de arte, si pudiéramos ver el pensamiento presentado a la vez en el conjunto y en cada una de sus partes; y una obra de arte ha de ser apropiada en la medida en que comunique adecuadamente el pensamiento, y rica en proporción a la variedad de partes que mantiene unidas.

Si, por lo tanto, el término "mudo" se toma como opuesto no a sonido sino a discurso articulado, la antigua definición de la pintura ha de ser, de hecho, la verdadera y mejor definición de las bellas artes en general; esto es: muta poesis, poesía muda, y de tal modo, por supuesto, actividad poética. Y como todas las lenguas se perfeccionan por un gradual proceso de diferenciación de las palabras originalmente equivalentes, he alentado el deseo de usar la palabra poesy (actividad poética) como término genérico o común, y distinguir aquella especie de la actividad poética que no es muta poesís, designándola con su nombre usual de poetry (poesía)"; a la vez que ésta quedaría como definición de todas las otras especies, que en conjunto forman las bellas artes: que todas ellas, como la poesía, han de expresar propósitos, pensamientos, concepciones y sentimientos intelectuales que tienen su origen en la mente humana, pero no por medio del discurso articulado, como la poesía, sino, como la naturaleza o arte divino, por medio de la forma, el color, la magnitud, la proporción o por medio del sonido; es decir: silenciosamente o de manera musical.

Muy bien —podría responderse—. Pero ¿quién pensó jamás de otro modo? Todos sabemos que el arte imita a la naturaleza; e, indudablemente, las verdades que espero comunicar serían estériles axiomas si todos los hombres otorgaran el mismo significado a las palabras "imitar" y "naturaleza". Pero, presumir que tal es el hecho sería adular a la humanidad en conjunto.

Primero, sobre la imitación. La impresión en la cera no es imitación sino copia del sello: imitación es el sello mismo. Pero, además, a fin de formar una concepción filosófica debemos investigar la naturaleza, mientras que para los propósitos prácticos debemos hacer referencia al grado. Es suficiente que filosóficamente entendamos que en toda imitación deben coexistir dos elementos, y no sólo coexistir sino ser percibidos coexistiendo. Estos dos elementos constituyentes son la semejanza y la desemejanza, la identidad y la diferencia. Y en todas las creaciones genuinas del arte debe haber una unión de estas divergencias. El artista puede fijar su punto de vista dondequiera, siempre que el efecto deseado se produzca perceptiblemente: que haya semejanza en la diferencia, diferencia en la semejanza, y reconciliación de ambas. Si hay una semejanza con la naturaleza que no ha sido restringida por la diferencia, el resultado es desagradable, y tanto más aborrecible será el efecto cuanto más completa sea la ilusión. ¿Por qué son tan desagradables esos remedos de la naturaleza como las figuras de cera? Porque faltándoles la vida y el movimiento que esperábamos, nos impresiona como una falsedad cada detalle particular que antes acució nuestro interés haciendo más palpable la distancia de la verdad. Os ponéis en camino con una realidad supuesta

Esta distinción ejemplifica el criterio, mantenido por Coleridge en numerosas oportunidades, de que es necesario establecer una diferencia semántica entre los términos empleados generalmente como sinónimos. La diferencia entre poesy y poetry es, en verdad, apenas sostenible: poesy, un arcaísmo, sugiere en mayor grado la actividad poética en forma general y abstracta, y en consecuencia sus principios y teorías: poetry, la producción concreta de un autor, período, etc. En castellano, algo semejante sería "poética" con respecto a poesy y "poesía" con respecto a poetry. Pero "poética" se diferencia claramente de "poesía", y en un sentido que estaba excluído del pensamiento de Coleridge, quien no se proponía legislar acerca del arte sino investigar su naturaleza. Por este motivo, en todas las ocasiones en que el texto inglés de la presente conferencia utiliza poesy hemos creído conveniente emplear una designación que se aproxime de algún modo a la idea —que tenía presente Coleridge— de la poíesis griega; es decir: el hacer, el acto de hacer, la acción creativa o actividad poética, a diferencia de su producto o poesía.

y sois defraudados y disgustados por la decepción; mientras que con respecto a una obra de genuina imitación, se comienza con una diferencia total reconocida y luego cada toque de naturaleza provoca el placer de un acercamiento a la verdad. El motivo fundamental de esto es, sin duda, el horror por la falsedad y el amor por la verdad inherentes al corazón humano.

Segundo, con respeco a la naturaleza. ¡Debemos imitar la naturaleza! Sí, pero ¿qué de ella? ¿Todo y cada cosa? No; lo bello en la naturaleza. ¿Y qué es lo bello? ¿Qué es belleza? En abstracto, la unidad de lo múltiple, la fusión de lo diverso; concretamente, la unión de lo bien formado (formosum) con lo vital. En lo orgánico inanimado depende de la regularidad de la forma, de la cual es especie primera e inferior el triángulo, con todas sus modificaciones, como en los cristales, la arquitectura, etc.; en lo orgánico vivo no es la mera regularidad de la forma lo que produce una sensación de conformación ni se subordina a cosa alguna aparte de sí mismo. Puede ser presentado en un objeto desagradable, en el que la proporción de las partes constituye un todo; no surge de la asociación, como lo agradable, sino que a veces consiste en la ruptura de la asociación; no es diferente para individuos y naciones diferentes, como se ha dicho, ni se relaciona con las ideas de lo bueno, lo adecuado o lo útil. El sentido de la belleza es intuitivo, y la belleza misma es todo lo que inspira placer sin interesar, al margen del interés, y hasta contrariamente al interés.

Si el artista copia la mera naturaleza, la natura naturata ¡qué rivalidad ociosa! Si procede solamente de una forma dada que se supone responde a la noción de belleza ¡qué vacuidad, qué irrealidad hay siempre en sus producciones! Creedme, uno debe dominar la esencia, la natura naturans, que presupone un vínculo entre la naturaleza en el sentido más elevado y el alma del hombre.

La sabiduría de la naturaleza se distingue de la sabiduría del hombre por la simultaneidad del plan y de la ejecución; el pensamiento y el producto son una misma cosa o se dan al mismo tiempo; pero no hay acto reflexivo, y por consiguiente no hay responsabilidad moral. En el hombre hay reflexión, libertad y elección: en consecuencia, él es cabeza de la creación visible. En los objetos de la naturaleza se presentan, como en un espejo, todos los elementos, etapas y procesos posibles del intelecto previos a la conciencia, y por lo tanto, al desarrollo pleno del acto inteligente; y la mente del hombre es el foco mismo de todos los rayos de intelecto dispersos en todas las imágenes de la naturaleza. Ahora bien, ubicar de tal modo estas imágenes, reunidas y adecuadas a los límites de la mente humana, como para revelar de las formas mismas las reflexiones morales a las que se aproximan e imponérselas, hacer de lo externo interno y de lo interno externo, de la naturaleza pensamiento y del pensamiento naturaleza: éste es el misterio del genio en las bellas artes.

En toda obra de arte hay una reconciliación de lo externo con lo interno: lo consciente de tal modo se imprime en lo inconsciente como para manifestarse en él. Quien combina los dos es el hombre de genio; y por esta razón debe participar de ambos. Por lo tanto, en el genio hay una actividad inconsciente; aún más, ésa es la genialidad del hombre de genio. Y ésta es la verdadera explicación de la regla, según la cual, el artista debe alejarse primeramente de la naturaleza a fin de retornar a ella con pleno efecto. ¿Por qué? Porque si hubiera de comenzar por el mero penoso copiar, produciría solamente máscaras, en lugar de formas alentando vida. De su propia mente debe crear formas, de acuerdo con severas leyes del intelecto, a fin de engendrar en sí mismo esa coordinación de la libertad y la ley, esa involución de obediencia a lo prescripto y de lo prescripto en el impulso a obedecer, que lo asimila a la naturaleza y lo habilita para comprenderla. De ésta, él se ausenta sólo por una temporada, para que su propio espíritu, que tiene el mismo fundamento que ella, pueda aprender su lenguaje tácito en sus raíces principales, antes de aproximarse a los innumerables compuestos que ella realiza con éstas. Sí, no adquirir frías nociones, reglas técnicas sin vida, sino ideas vivientes y vivificantes que han de contener su propia evidencia, la certeza de que están esencialmente identificadas con

las causas germinales de la naturaleza; siendo su conciencia el foco y espejo de ambas. Para esto, el artista abandona por algún tiempo la realidad exterior, a fin de regresar con una completa simpatía hacia lo que es intrínseco y efectivo de ella. Pues, de cuanto vemos, oímos, sentimos y tocamos, la substancia está y debe estar en nosotros mismos; por lo tanto, para la razón no hay alternativa entre la temible (y gracias al cielo casi imposible) creencia de que cada cosa en nuestro rededor no es más que un fantasma, por una parte, y por otra que la vida que está en nosotros se encuentra en ellas de igual manera, y que saber es asemejarse, cuando hablamos de objetos exteriores a nosotros, en igual medida que en nuestro interior conocer es —según Platón—sólo recordar.

El artista debe imitar lo que está dentro de la cosa, aquello que es activo, a través de la forma y la figura y nos habla por medio de símbolos: la Natur-geist o espíritu de la naturaleza; así como imitamos inconscientemente a quienes amamos. Pues solamente de tal modo puede producirse una obra verdaderamente natural en el objeto y humana en el efecto. La idea que da unidad a la forma no puede ser, ella misma, la forma. Está por encima de la forma, y es su esencia: lo universal en lo individual o la individualidad misma, vislumbre y exponente del poder que allí mora.

Cada cosa viviente tiene su momento de auto-exposición, y también lo tiene cada período de cada cosa, si quitamos las fuerzas perturbadoras del accidente. Esta es la función del arte ideal. De aquí que un buen retrato sea resumen de lo personal; no una semejanza para comparación inmediata sino para recordación. Esto explica por qué el parecido de un buen retrato no siempre es reconocido; porque algunas personas nunca resumen —y entre éstas han de ser contadas especialmente los familiares y amigos íntimos del retratado—, debido a la presión y represión constantes ejercidas sobre sus mentes por la presencia efectiva del original. Y cada cosa que sólo parece vivir, también tiene su posible posición de relación con la vida, como lo prueba la naturaleza, quien donde no puede estar presente, anuncia su existencia.

Los temas elegidos para las obras de arte, sean de escultura o de pintura, debieran ser aquellos realmente susceptibles de ser expresados y comunicados dentro de los límites de esas artes. Además, deben ser tales que afecten al espectador por su verdad, belleza o sublimidad, y, por lo tanto, que puedan ser dirigidos al juicio, los sentidos o la razón. La peculiaridad de la impresión que pueden producir puede derivar del color y la forma, de la proporción y adecuación o de la excitación de sentimientos morales; o de todos combinados. En jerarquía, las obras que combinan todas esas causas de efecto han de tener preferencia.

Con respecto a las obras en todas las ramas de las bellas artes, puedo anotar que al placer provocado por la novedad debe concedérsele, por supuesto, su debido lugar y peso. Este placer consiste en la identidad de dos elementos opuestos: semejanza y variedad. En medio de la variedad, de no haber algún objeto fijo para la atención, la sucesión incesante de la variedad impediría a la mente observar la diferencia de los objetos individuales; y lo único que quedaría sería la sucesión, que entonces produciría precisamente el mismo efecto que la semejanza. Experimentamos esto cuando dejamos pasar ante el ojo fijo árboles o setos, durante un rápido movimiento en un coche, o, por otra parte, cuando permitimos que una fila de soldados o hileras de hombres en procesión pasen ante nosotros, sin fijar el ojo en ninguno en particular. A fin de obtener placer de la ocupación de la mente, el principio de unidad debe estar presente siempre, de modo que en medio de la multiplicidad la fuerza centripeta nunca se interrumpa ni el sentido se fatigue por el predominio de la fuerza centrífuga. En otro lugar, he señalado esta unidad en la multiplicidad como causa de la belleza. Es por igual, la razón del placer en la variedad y, de hecho, un término superior que incluye a ambos.

Recordad que hay una diferencia entre la forma (form) que se origina y el molde (shape) que se añade; el último es muerte o prisión de la cosa; la primera es su esfera de acción, atestiguándose y realizándose por sí misma. El arte sería o debiera ser epítome de la naturaleza. Ahora bien, la plenitud de la naturaleza no tiene cualidad, así como el agua es más pura cuando no tiene gusto, olor o color; pero esto es la mayor altura, el ápice solamente, no la totalidad. El objeto del arte es dar la totalidad ad hominem; de aquí que cada peldaño de la naturaleza tenga su ideal; y de aquí la posibilidad de una gradación hasta la forma perfecta de un caos armonizado.

Para la idea de vida, victoria o lucha es necesaria. Como la virtud no consiste simplemente en la ausencia sino en la superación de los vicios, así en la belleza. La visión de lo que está subordinado y conquistado acrecienta la fortaleza y el placer, y esto ha de ser exhibido por el artista, sea incluído en su figura, sea fuera y al margen de ella, actuando a modo de suplemento y contraste.



#### RELACIONES CULTURALES ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

La Conferencia General de la UNESCO, en su sexta reunión de 1951, decidió incluir en los programas de sus futuras actividades el estudio del estado actual y del porvenir de las relaciones culturales y morales entre los pueblos de América y de Europa. Consecuente con este propósito la séptima reunión de la misma entidad internacional, efectuada a fines de 1952, resolvió que como parte del trabajo de 1953 y 1954 se solicitase la cooperación de las comisiones nacionales, las organizaciones competentes y personalidades calificadas para la ejecución de estudios de carácter supernacional, dedicando especial atención a las relaciones entre Europa y América.

Es sabido que estudios de este carácter se proponen promover la comprensión de pueblos y regiones diversos del mundo y asegurar los mejores medios para el desarrollo de las relaciones intelectuales y los intercambios culturales de alcance internacional, con el mayor respeto a la singularidad de cada pueblo y con el propósito de estrechar la comunidad mundial. Así, en diciembre de 1951, se realizó un "coloquio" sobre las relaciones culturales entre Oriente y Occidente.

En cuanto a las reuniones que en estos momentos se preparan, figuran dos "coloquios" en este año de 1954. El primero, cuya organización está a cargo del Comité del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de San Pablo (Brasil), girará en torno del tema: "Puntos de contacto entre la vida cultura de Europa y la del Continente americano". El segundo tendrá lugar en Ginebra (Suiza), organizado por el Comité de las Reuniones Internacionales de esa ciudad, y versará sobre el tema: "La aportación de

las Américas a la civilización de Europa".

Como simple indicación orientadora, la UNESCO sugiere algunos de los temas que podrían ser objeto de estos debates. Para el "coloquio" de San Pablo: 1) Vinculos que unen las diferentes naciones en cada una de las Américas y en todo el Continente; corrientes de intercambios culturales que traducen esta solidaridad; consecuencia para las relaciones con Europa. 2) Interés que ofrecen las civilizaciones de otras partes del mundo y sus consecuencias para el sentimiento de solidaridad con Europa. 3) Importancia que ciertas naciones de América atribuyen a las aportaciones no europeas en su vida cultural, y especialmente a la aportación autóctona y a la africana. 4) Interés de un humanismo occidental en el que desempeña un papel importante la cultura de Europa. Argumentos: ¿Qué enseñanza puede entrañar para el espíritu americano la vida cultural y los valores europeos? 5) Formas que han tomado en el Nuevo Mundo ciertas concepciones filosóficas o doctrinas políticas originarias de Europa. 6) Medios y métodos apropiados para estrechar los contactos y la solidaridad en el seno de la civilización occidental. Formas de conseguir relaciones culturales más estrechas en el seno de los dos continentes y entre ellos.

Éste es el enunciado de la noción de "forma orgánica": cada obra de arte posee una forma propia inherente; toda otra forma que se le imponga arbitrariamente resulta falsa.

Como pueden los pueblos americanos sacar provecho de un conocimiento

projundo de la vida cultural europea.

El "coloquio" de Ginebra podría sugerir los siguientes temas a debatirse: 1) Idea que los europeos tienen de las naciones de América y de su vida cultural, y actitud que adoptan respecto a ella. 2) Hasta qué punto tiene la Europa actual conciencia de sí misma, de sus dificultades, de su porvenir, de las perspectivas de desarrollo de su cultura, y del papel de esa cultura en el mundo. Consecuencias de la ayuda prestada por algunas instituciones del continente americano a ciertas actividades culturales europeas. 3) En qué medida se han inspirado ciertos países de Europa en las relaciones culturales americanas, especialmente para la organización de programas escolares y universitarios, de proyectos para la difusión de la cultura, etc. ¿Qué enseñanzas entrañan para el espíritu europeo la vida cultural y los valores americanos? 4) Aspecto cultural de los vinculos de solidaridad que unen a los pueblos de Europa; corrientes de intercambios culturales en el seno del Viejo Continente; relación entre "espíritu europeo" y "espíritu occidental". ¿Facilita el estrechamiento de los vinculos europeos el diálogo y los intercambios con los pueblos de América? 5) Interés que se atribuye a las civilizaciones de otras partes del mundo y sus consecuencias para el sentimiento de solidaridad con el Nuevo Continente. 6) Formas que adoptan en el Viejo Continente ciertas concepciones originarias de América. 7) Medios y métodos apropiados para intensificar las relaciones con el Nuevo Continente. Manera de conseguir que los pueblos europeos sepan mejor lo que realmente son los pueblos de América. Medios para que la cultura europea, sin perder su originalidad, pueda recoger las enseñanzas de la vida cultural americana.

Es explicable que en las comunicaciones de la UNESCO se recuerde como un antecedente importante de esas próximas reuniones el "Entretien" organizado por el Instituto internacional de cooperación intelectual a iniciativa del PEN Club de la Argentina, que tuvo lugar en 1936 en Buenos Aires, en el que se trató el tema Europa-América latina, tan cercano

al que ahora se ha adoptado.

Juan Mantovani

Buenos Aires, marzo de 1954.

# UNA COLECCION DE MONOGRAFIAS SOBRE ESCRITORES INGLESES

Writers and their Work, serie de suplementos bibliográficos de la revista British Book News, comenzó a publicarse en 1950 bajo los auspicios del British Council y de la National Book League. A fines de 1953 comprendía cuarenta y cinco folletos de 30 a 50 páginas, cada uno de los cuales está dedicado a un determinado escritor inglés, cuya obra es analizada breve pero substancialmente por un crítico calificado (a menudo, una autoridad en la figura tratada). Como complemento se agrega una bibliografía que incluye la producción del autor estudiado y los principales trabajos de indagación y crítica que le han sido dedicados.

Al cabo de unos pocos años, la colección constituye un instrumento in-

dispensable para el estudio de la literatura inglesa. No sólo para el investigador, sino —por la amplitud y, en lo posible, por la ortodoxia de las apreciaciones— también para el lector que simplemente desea orientarse.

Los títulos aparecidos son: Jane Austen por Sylvia Townsend Warner, Hilaire Belloc por Renéee Haynes, Arnold Bennett por Frank Swinnerton, William Blake por Kathleen Raine, Elizabeth Bowen por Jocelyn Brooke, The Brontë Sisters por Phyllis Bentley, Samuel Butler por G. D. H. Cole, Byron por Herbert Read, Thomas Carlyle por David Gascoyne, Joyce Cary por Walter Allen, G. K. Chesterton por Christopher Hollis, Coleridge por Kathleen Raine, R. G. Collingwood por E. W. Tomlin, I. Compton-Burnett por Pamela Hansford Johnson, Joseph Conrad por Oliver Warner, Walter de la Mare por Kenneth Hopkins, Charles Dickens por K. J. Fielding, George Eliot por Lettice Cooper, T. S. Eliot por M. C. Bradbrook, E. M. Foster por Rex Warner, John Galsworthy por P. M. Mottram, Thomas Hardy por R. A. Scott-James, Henry James por Michael Swan, John Keats por Edmund Blunden, Rudyard Kipling por Bonamy Dobrée, D. H. Lawrence por Kenneth Young, John Masefield por L. A. G. Strong, Somerset Maugham por John Brophy, Milton por E. M. W. Tillyard, William Morris por Philip Henderson, George Orwell por Tom Hopdinson. Herbert Read por Francis Berry, Bertrand Russell por Alan Dorwad, Bernard Shaw por A. C. Ward, Shelley por Stephen Spender, Sheridan por W. A. Darlington, Edith Sitwell por John Lehmann. Osbert Sitwell por Roger Fulford. Tobias Smollet por Laurence Brander, R. L. Stevenson por G. B. Stern, Swinburne H. J. C. Grierson, G. M. Trevelyan por J. H. Plumb, H. G. Wells por Montgomery Belgion. Virginia Woolf por Bernard Blackstone y Wordsworth por Helen Darbishire.

Mensualmente aparece un título nuevo. La publicación de la serie Writers and their Work está a cargo de la editorial londinense Longmans. Green and Co.

#### CONCURSO INTERNACIONAL DE LA REVISTA "DIOGENES"

La revista "Diógenes", publicada con el auspicio del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y el concurso de la Unesco, ha creado un premio internacional de un valor equivalente a mil dólares que será concedido en 1955 "al mejor trabajo sintético inédito que presente, de modo magistral, opiniones innovadoras y apreciables en cualquiera de las disciplinas comprendidas por las ciencias humanas". Se intenta reunir trabajos inéditos que resuman la orientación y el porvenir de una ciencia determinada, informen acerca de un descubrimiento propio de considerables consecuencias o definan un método capaz de renovar las investigaciones en tal o cual dominio de las ciencias humanas.

La reglamentación completa del certamen, así como la nómina de los miembros del jurado, se publican en el número 6 de la edición castellana de la revista "Diógenes", confiada, como se sabe, a la Editorial Sudamericana, Alsina 500, Buenos Aires.

# VIGESIMO ANIVERSARIO DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA (MEXICO)

En 1954 el Fondo de Cultura Económica cumplirá sus veinte años de vida, acontecimiento que se propone celebrar elevando aún más la cantidad de obras a publicarse. El proyecto aprobado por la Junta de Gobierno para el año corriente incluye 14 obras de economía, 5 de sociología, 4 de filosofía, 4 de antropología, 3 de lenguas y estudios literarios en 5 tomos, 3 en Tierra Firme, 4 de historia, 3 de ciencia y técnica, 8 en Biblioteca Americana, 7 en Letras Mexicanas, 19 Breviarios y 7 en Tezontle, que agregados a los 4 volúmenes del Trimestre Económico, integrarán un total de 85 obras.

Entre los libros importantes de economía se publicará la Teoría monetaria y política fiscal de Hansen, la Dinámica del ciclo económico de Timbergen, y Los recursos e industrias del mundo de Zimmermann. Asimismo se comenzará en este año la publicación de las obras completas del clásico de la economía David Ricardo.

En sociología aparecerán dos libros de gran interés actual: el de Sternberg, dedicado a la oposición del capitalismo y socialismo en la sociedad contemporánea, y el de Moore, un tratado sobre las relaciones entre el patrón y obrero en el trabajo de nuestra sociedad industrial.

En filosofía se comienza también con la publicación de una obra de gran aliento, la Ontología de Hartmann, tres tomos, de los cuales por lo menos se publicará el primero en traducción de José Gaos. También se editará otra obra de Heidegger: Kant y el problema de la metafísica.

Entre las obras de antropología que se anuncian, dos son las que merecen señalarse: la biología de los pueblos o Etnobiología de Schwidesky y la Antropología económica de Herkovitz, el autor de El hombre y sus obras, libro publicado por la misma editorial el año pasado.

La nueva serie iniciada hace dos años con el título de "Lengua y Estudios Literarios" se enriquecerá con tres grandes obras: El alma romántica y el sueño de Beguin, La tradición clásica de Highet, y la gran obra de Curtius, Literatura latina y Edad Media europea.

Entre las grandes obras de historia ocuparán su puesto dos libros clásicos: El siglo de Luis XIV de Voltaire, y El historiador y la historia antigua, de Eduard Meyer.

Dos obras de geografía se anuncian también: Viejo Mundo, de Schmie-

der y la Geografía física de Finch y Trewartha.

En la Biblioteca Americana destácase desde luego la Bibliografía mexicana del siglo XVI, de García Icazbalceta. Se ha incorporado a la obra original de Icazbalceta casi otra cantidad igual de materiales recogidos desde la fecha de su aparición a fin del siglo pasado. En la misma Biblioteca aparecerá un nuevo tono de las Obras completas de Sor Juana y una edición completa de la Poesía gauchesca rioplatense, en edición de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy.

La colección Letras Mexicanas se enriquecerá con varios tomos, entre ellos La poesía y el teatro completos de Xavier Villaurrutia, en edición de Alí Chumacero: la Antología del corrido mexicano de Vicente T. Mendoza, y la novela titulada La cruz sureste de Alberto Bonifaz Nuño.

# RESEÑAS

CROMBIE, A. C. Augustine to Galileo; the history of science, a. D. 400-1650. London, The Falcon Press, 1952. 436 p., 12 lám., 49 ilus.

Sin duda, hace un cuarto de siglo, hubiera llamado la atención un libro de más de 400 páginas dedicado exclusivamente a la historia de la ciencia (entendida en el sentido restringido sajón de ciencia natural) en un período considerado entonces estéril y vacío; a esos tiempos medievales que van desde San Agustín hasta Galileo, es decir desde fines de la Antigüedad clásica (siglo v) hasta comienzos de la Edad moderna (mediados del siglo XVII). Pero hoy este hecho no asombra, y aunque libros de síntesis como el presente todavía no abundan, ya es aceptada por muchos la tesis de "la esencial continuidad de la tradición científica occidental desde los tiempos de los griegos hasta el siglo XVII, y por ende hasta nuestros días".

El lapso que estudia Crombie en este libro es todavía muy dilatado: es una buena mitad del período que va desde Tales hasta nuestros días, pero en realidad la mayor parte del libro se refiere a la segunda mitad de ese lapso; con todo, no desesperamos de que dentro de algunos años aparezca un estudio semejante relativo a la primera mitad.

Cuando apareció este libro, el autor, profesor de historia y filosofía de la ciencia en Londres y director del British Journal for the Philosophy of Science que aparece desde mayo de 1950, tenía en prensa otro volumen: Robert Grosseteste and the Origins of Experimental Science 1100-1700 (Clarendon Press, Oxford, 1953), sobre el mismo tema, aunque más especializado; volumen que el historiador de la técnica R. J. Forbes considera como una de las dos grandes contribuciones de esta generación a la historia de la ciencia medieval elaborada a través del estudio de las fuentes. (La otra contribución es la historia de la mecánica, en sentido amplio: E. L. Dijksterhuis. De mechanisering van het wereldbeeld. Amsterdam, J. M. Meulenhoff, 1950.)

Crombie ha elaborado su Augustine to Galileo con la concepción de que la tarea del historiador de la ciencia (natural) no es un mero análisis del contenido de las doctrinas científicas de una determinada época, sino la investigación de los esfuerzos que el hombre ha realizado para lograr una adecuada comprensión de la naturaleza; de ahí que las cuestiones que debe plantearse se refieran a las preguntas que los hombres de una determinada época se formularon respecto de la naturaleza, a las respuestas que dieron a esas preguntas, y a las causas que motivaron un cambio de actitud frente al mundo natural o una modificación de esas preguntas y de esas respuestas. Así, Crombie ve en San Agustín una fusión de las dos actitudes que el hombre occidental había adoptado hasta entonces frente a ese mundo: la actitud griega, racionalista, de comprensión más que de explotación de la naturaleza y en permanente búsqueda de la sustancia subyacente en las cosas y de la esencia inteligible capaz de explicar los

cambios visibles y efímeros de la materia; y la actitud cristiana, contemplativa, en que la naturaleza se muestra como conjunto de símbolos a interpretarse o descifrarse en términos de voluntad divina, y como conjunto de verdades espirituales reveladores de una inteligencia superior. Pero esta doble actitud, que se mantendrá durante los siglos inmediatos a San Agustín, se verá modificada por un nuevo elemento surgido de la actividad social: en efecto, los inventos técnicos y los progresos en las profesiones que utilizan medios naturales, colorearán y rodearán aquellas actividades de cierta atmósfera empírica, atmósfera que a su vez, al contacto de la auténtica tradición griega que más tarde el Occidente recobrará a través de las fuentes directas o de las fuentes árabes, dará nacimiento a esa combinación de empirismo y de racionalismo, a esa mezcla de comprensión y de explotación de la naturaleza, que caracterizará la concepción moderna de la ciencia natural simbolizada con la aparición de un Galileo.

Después de una breve Introducción, el libro de Crombie se abre con un resumen de las ideas, acerca de la naturaleza, vigentes en la cristiandad occidental hasta el siglo XII, señalando luego la incorporación muy útil a este mundo cultural de las concepciones antiguas, dando a este respecto una tabla de las principales fuentes árabes, griegas y latinas (con autor, traducción latina, idioma original, lugar y fecha de la traducción) que contribuyeron a la estructuración de la concepción científica de la naturaleza del siglo XIII. En los dos capítulos siguientes, que abarcan más de la tercera parte del libro, se estudia en forma detallada esa concepción y se resumen las doctrinas científicas y técnicas de los siglos medievales, ya a través de la idea de sustancia, de las concepciones cosmogónicas y de las teorías imperantes en astronomía, meteorología, óptica, mecánica, magnetismo, geología, química y biología; ya a través de la enseñanza técnica y del desarrollo de la agricultura, de las industrias mecánicas y químicas, y de la medicina. Los dos capítulos finales se refieren a las críticas que sufrió el sistema aristotélico en los últimos siglos medievales, tanto en sus concepciones lógicas como en las dinámicas; y a los caracteres de la "revolución científica" de los siglos xvI y xvII en sus distintos sectores. Una amplia bibliografía ordenada por capítulos y un índice alfabético completan el volumen.

Según Crombie la contribución medieval al desarrollo de la ciencia natural fue amplia y abarcó todos los aspectos: desde el punto de vista del método esa contribución se tradujo en una acentuación de su carácter racional mediante la introducción y uso de la matemática como instrumento de la ciencia natural y en la extensión de la aplicación de esta ciencia a sectores en que los griegos no la habían aplicado, por ejemplo a la dinámica; desde el punto de vista técnico, en una serie de nuevos procesos e inventos que representan el mayor progreso tecnológico desde los tiempos prehistóricos; y desde el punto de vista de la finalidad de la ciencia natural, en el nacimiento de dos ideas características de la ciencia moderna: la concepción de la ciencia como poder, que aparece ya explícitamente en el siglo XIII, y la convicción, lograda no sin críticas, polémicas y diferentes actitudes frente al problema de la razón y de la fe, que las doctrinas científicas son independientes de toda cuestión relativa a los problemas éticos, estéticos y religiosos. José Babini

HAGBERG, KNUT. Carl Linnaeus. Traducción del sueco por Alan Blair. London, Jonathan Cape, 1952. 264 p., 1 lám., 4 lám. en colores.

Como un homenaje en el segundo centenario de la aparición de las obras más famosas de Linneo, se publica este interesante libro destinado a relatar la vida íntima del fundador de la botánica sistemática. Se conoce generalmente a Linneo por haber instituído la noción de especie con su nomenclatura binaria, y por haber inventado el sistema sexual de clasificación de las plantas; menos conocido es el Linneo médico, viajero, escritor, profesor universitario, caballero, noble y filósofo. El doctor Hagberg, compatriota del eminente naturalista sueco y profundo conocedor de las costumbres y del medio en que aquél vivió, ha elaborado este atrayente libro que muestra los rasgos más sobresalientes de esta figura excepcional de la botánica. El libro apareció en sueco en 1939, traduciéndose al holandés (1944), al francés (1944), al alemán (1946), y ahora al inglés, agregando el autor para la versión inglesa un prólogo sobre "La declinación y caída del imperio sueco"; y un epílogo en el que se hace resaltar la influencia de Linneo en la botánica de Inglaterra.

En los dos primeros capítulos, después de reseñar brevemente los principales acontecimientos de la vida de Linneo, transcurrida entre 1707 y 1778, se describen en forma amena su villa natal: Stenbrohult, los rasgos de su familia y el aprendizaje de las primeras letras, incluyendo el latín, idioma universal de la época, y su formación en el hogar paterno. Su padre, pastor protestante aficionado a la botánica, poseía un precioso jardín botánico y una valiosa biblioteca, en la que el futuro autor del Species plantarum trabó contacto con los primeros libros científicos, entre los que se contaban los voluminosos herbarios figurados del Renacimiento; a los que el padre, conociendo la extraordinaria afición del hijo por las ciencias naturales, agregó como obsequio una joya: la Historia Animalium de Aristóteles, que Linneo leyó con viva pasión y que tendría una gran influencia sobre su pensamiento. Los capítulos siguientes tratan de las distintas facetas y actividades de Linneo, en especial a través de su obra botánica, pero también como explorador, escritor, médico y filósofo; describiéndose en el último capítulo del libro la vida diaria del gran naturalista en su residencia de Hammarby, donde enfermó y falleció.

El libro de Hagberg no sólo nos hace conocer al primer botánico del siglo XVIII, sino que nos pinta al Linneo hombre, que debe ganarse la vida dando clases de ciencias naturales, y al profesor que para concurrir a sus clases debe recorrer un buen trecho a pie, a través de calles sucias llenas de barro con cadáveres de animales en putrefacción, como rezan algunos informes oficiales de la época.

Las conferencias universitarias de Linneo eran famosas, en especial las que versaban sobre dietética, rama de la medicina que consideraba capital para preservar la salud. De los centenares de estudiantes que concurrían a ellas, la mitad eran de medicina, y el resto eran curiosos que acudían por el interés que despertaba el orador. Sus clases sobre dietética no se referían sólo a la dieta, sino también a la ética, preocupándose en especial por las comidas que beneficiaban al organismo y aquellas que lo perjudicaban conduciendo a la enfermedad; mientras que sus comentarios

sobre los remedios y los experimentos lo llevaban, como a Paracelso, a delinear una filosofía de la vida. Se conservan aún unos apuntes, tal vez sumarios de conferencias sobre el tema aludido, que llamó Lachesis Naturalis y que llevan como subtítulo Philosophia humana, en latín, aunque con numerosas expresiones en sueco para hacer más elocuentes sus explicaciones, que permiten comprender bien el pensamiento linneano sobre la alimentación y la vida de su época, con interesantes conceptos sobre la salud y la longevidad humanas, sobre las propiedades de las plantas y de los medicamentos, y sobre el amor, cuyas ideas por el verismo que revelan son sin desperdicio.

Varias fotografías en colores de algunas plantas vinculadas a la vida de Linneo ilustran el libro; acertada ha sido además la inclusión de un dibujo a pluma que muestra a Linneo, con su larga pipa y su traje diario, a los 40 años. La obra escrita en lenguaje ameno y atrayente será de gran provecho a toda persona culta que quiera tener una información pre-

cisa sobre este pontífice de las ciencias naturales.

Lorenzo R. Parodi

Borah, Woodrow. New Spain century of depression. Berkeley (California), University of California Press, 1951. 58 p. (Iberoamericana, 35).

Este denso trabajo propone una imagen nueva de las consecuencias del contacto entre españoles e indígenas en México. Poniendo como base un intento de fijar con mayor precisión la evolución demográfica de la Nueva España, Borah llegará a conclusiones no muy alejadas de las que expuso François Chevalier en su libro sobre los orígenes de la gran propiedad territorial en México.

Conclusiones muy apartadas de las tradicionales: en éstas, en efecto, se supone que el nacimiento y crecimiento de una sociedad mestiza es un proceso lineal, de expansión paulatina, más o menos rápida, sin duda, pero un proceso que se mueve en una dirección única y sin arrepentimientos. Borah cita a Soetbeer, que entre la evidencia de los hechos y la tradición recibida se quedó con ésta última y modificó en consecuencia las cifras de su Edelmetallproduktion... Después de 1879, y más cerca de nosotros, podríamos citar el admirable cuadro que trazó Justo Sierra, en que esa imagen se refleja también sin vacilaciones.

Para demostrar su insuficiencia. Borah —ya se ha dicho— parte de su examen minucioso de los datos demográficos. La población indígena —se demuestra aquí— no cesa de decrecer a partir de la fecha de la conquista, en que puede calcularse en once millones. Descenso rápido en los primeros veinte años, luego se produce, en el período 1540-1576, una disminución en la velocidad del proceso; a partir de las pestes de 1576-79 el derrumbe es vertiginoso; hacia 1650, en que se alcanza el punto más bajo, la población es de 1.200.000¹. El número de colonos españoles, por el contrario, aumen-

ta, si bien no muy rápidamente, durante todo el período. Como para subsistir se apoyan casi por completo en la masa indígena, el movimiento ascendente de los unos y el descendente de la otra concluyen por plantear a los conquistadores un problema que se revela en toda su gravedad hacia 1580; terminada, por entonces, la abundancia de criados en las casas españolas, terminado también el derroche de mano de obra indígena en esas grandes construcciones, que no tuvieron igual "casi en ninguna parte del mundo, antes de la Revolución Industrial" (particularmente impresionante el cuadro de construcciones emprendidas por las órdenes religiosas, tomado de Kubles: el derrumbe es neto a partir de 1580). Pero no terminan ahí las desdichas de los españoles de México; si los indígenas ven disminuir su número en forma pavorosa, los españoles deben pagar con una estrechez permanente, aliviada o agravada por momentos, al azar de una buena cosecha, la supervivencia dentro de las nuevas circunstancias. Si el precio no fué más elevado, ello se debió en parte a la existencia, al lado de la comunidad indígena, de otros centros de producción agrícola: las explotaciones a la europea, cuya producción se halla muy cerca de cubrir las necesidades de algunas ciudades de población española (por ejemplo. Guadalajara). Si esas explotaciones pueden subsistir allí donde las comunidades indígenas se arruinan es porque éstas están aplastadas bajo una triple presión económica: la de la clase de los conquistadores, desde luego, pero también la del clero regular y secular, y sobre todo la que supone el mantenimiento de una clase señorial indígena, respetada por la Conquista. Así pueden extenderse por todas partes las explotaciones europeas. En el norte minero su triunfo es fácil, está asegurado por la falta de una concurrencia indígena a distancia lo bastante pequeña como para que no incidiese en el costo -siempre elevado - del transporte. En el centro, en una zona de población nativa densa, la competencia se hace, si así puede decirse, en condiciones óptimas para el observador; si la hacienda mexicana avanza sobre los baldíos dejados por las comunidades en ruina, si engloba buena parte de las masas indígenas antes agrupadas en esas comunidades, es porque presenta algunas ventajas que han hecho posible su victoria. Ventajas también para el indígena, que pasa a ser nominalmente "trabajador libre", de hecho atado por las deudas que nunca podrá pagar. Aún así su situación ha mejorado: se halla libre de la presión de los señores indígenas, más abrigado de las exigencias del clero, relativamente protegido aún de la prepotencia de los españoles (excepto, claro está, de los que manejan la hacienda en que trabaja). En esa masa cuvo nivel de vida permanece desesperantemente bajo. el aumento de bienes disponibles se traduce por un aumento equivalente en la población: a mediados del siglo xvi el índice de una familia indígena es de 3.2; a fines del xvII se aproxima a 5.

grupo de conquistadores en la cima de la sociedad mexicana, toda coincidencia es precisamente eso, una coincidencia fortuita. Por otra parte no sé si la fecha aquí recogida para el comienzo del derrumbe demográfico español, la adelantada por Viñas Mey (1590), tiene otro mérito fuera de ser la más cercana a la aquí fiiada para México. Además en España se trata de un punto de inflexión entre una fase ascendente y una descendente; en México de un cambio en la pendiente de una curva que en ningún momento deja de ser descendente. Y, por último, en 1650, cuando comienza para México una fase ascendente, la población de España no parece aún haber llegado a su punto más bajo.

Acerca del paralelo que Borah intenta trazar entre la evolución demográfica mexicana y la de España habría mucho que observar. Ante todo, dada la construcción de este escrito, en que el hecho determinante es la Conquista y el establecimiento del

Pero el México que sale de la depresión es muy distinto de aquél que entró en ella. La disminución de la población indígena, el aumento de la española, hacen posible el predominio de un tipo humano mestizo; la hacienda, al romper la estructura de las comunidades indígenas, facilita el surgir de una sociedad mestiza; de no haber ocurrido la depresión, México hubiese sido un dominio comparable a la India inglesa, o, con un ejemplo menos alejado, al Haití francés, con una clase dirigentes blanca poco numerosa y no productora (pues de haber subsistido una próspera agricultura indígena sobre las bases precolombinas es claro que hubiese hecho imposible cualquier otro tipo de explotación) apoyada sobre una vasta masa indígena no asimilada. Porque ocurrió la depresión, las cosas concluyeron de otra manera...

No es preciso hacer el elogio de este escrito tan rico en sugestiones. "Hipótesis", así quiere llamar el autor a las ideas aquí expuestas; de ellas tienen, en efecto, la descarnada belleza. Se advierten bien pronto algunas de las ricas consecuencias que ellas implican: entre otras la rehabilitación de algunos acusados de haber dado material a la "levenda negra". Sin duda sus cifras podían ser fantásticas, pero el proceso de despoblación que los horrorizó, que movió sus plumas indignadas, no era por eso menos real. Afortunadamente esa rehabilitación no podrá ser alegada muy cómodamente por los indigenistas: la causa primera de las despoblaciones no es la opresión del conquistador, es un sistema que combina las servidumbres viejas y nuevas... Haber demostrado, una vez más, cómo la historia es demasiado complicada para servir pasivamente de arsenal de argumentos en nuestras rencillas de hoy es la más inmediata de las enseñanzas de este trabajo, no la mayor ni la más útil. Este estudio será sin duda, y por mucho tiempo, elemento de trabajo indispensable para quien se ocupe de los dos primeros siglos de la colonia en Nueva España. Y no sólo en ella.

Tulio Halperin Donghi

JIMÉNEZ DE QUESADA, GONZALO. El Antijovio. Edición dirigida por Rafael Torres Quintero. Estudio preliminar por Manuel Ballesteros Gaibrois. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1952. 638 p.

La personalidad de Gonzalo Jiménez de Quesada, Mariscal del Nuevo Reino de Granada, y fundador de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, es una de las más interesantes de los años tempranos de la conquista y colonización de Hispanoamérica. Las diversas facetas de su compleja figura han sido cuidadosamente estudiadas; hay una extensa bibliografía en torno a su vida y obra. Siempre siguen apareciendo datos o documentos de relativo interés que iluminan algún aspecto oscuro o sirven para completar alguna laguna de su biografía. Esto ocurre con relativa frecuencia. Pero en cambio nada frecuente es la publicación de una obra de la importancia del *Antijovio*, inédita hasta hoy, y que constituye un aporte sustancial a la historiografía americana.

Este voluminoso trabajo, de excepcional interés, acaba de ser publicado en magnífica edición gracias al cuidado y devoción puestos en la tarea por los miembros del prestigioso Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá. El Antijovio, según el prologuista, "uno de los documentos más interesantes que se hayan escrito en los tiempos modernos y ... es pieza singularísima en la historia polémica de nuestra cultura", constituye, siempre según M. Ballesteros Gaibrois, "modelo de escrito político e histórico, ejemplar único en su género, lleno de pasión y de verdad, por primera vez conjugados con tanto acierto y genio". La obra "va encaminada a establecer la verdad que, según él [Jiménez de Quesada], había sido vulnerada por el escritor lombardo Paulo Jovio en las Historias de su tiempo. La finalidad perseguida por el autor es transparente: defender su país, España, sus hombres y particularmente sus soldados "para dejar establecida la verdad que siente ultrajada por el escritor lombardo".

Es realmente sorprendente que esta voluminosa, y muy erudita, refutación haya sido escrita en Indias, y que su autor, testigo presencial de muchos de los episodios que tratan sobre las campañas en el Viejo Mundo, haya sido un conquistador de esa envergadura. Su prosa, ceñida y cortante, llega a adquirir por su movimiento y color, valor estilístico, notable si se piensa que fué trabajada con premura, mientras esperaba las naos

para enviar el manuscrito.

En su documentado "Estudio preliminar", M. Ballesteros Gaibrois aborda: I, "Paulo Jovio. Sus escritos. Su valor como historiador". II, "El Antijovio" con los siguientes apartados: a) De cómo se llegó al conocimiento del manuscrito; b) De los manuscritos existentes y sus ediciones; c) Descripción del manuscrito; d) Finalidad de Jiménez de Quesada en El Antijovio; e) Elaboración de El Antijovio; f) Estilística de El Antijovio. El cap. III, "Importancia autobiográfica de El Antijovio", para terminar con IV, "Conclusiones", donde leemos: "... De la lectura detenida y con el ánimo atento, de El Antijovio, surge ante nuestros ojos un nuevo Jiménez de Quesada, combatiente de las grandes contiendas europeas, literato insigne, conocedor de lenguas y de hombres, hábil diplomático..."

Una extensa nota sobre la edición y bibliografía exhaustiva completan esta edición ejemplar de un texto difícil, cuya publicación es una notable

contribución.

Gregorio Weinberg

Torres-Ríoseco, A. Ensayos sobre literatura latinoamericana. México, Fondo de Cultura Económica, 1953. 207 p. (Tezontle).

Toda colección en que se recogen artículos de distintas épocas y de temas diversos, generalmente corre el riesgo de evidenciar un desequilibrio entre sus partes, debido ya a la natural heterogeneidad de los contenidos, ya a las circunstancias diversas en que fueron escritas, al mayor o menor conocimiento que sobre cada una se posea o a la lógica falta de unidad. Sin embargo, no es éste el caso de Ensayos sobre literatura latinoamericana, último libro del chileno Arturo Torres-Ríoseco, profesor de la materia en la Universidad de California, quien es ampliamente conocido por su Rubén Darío, casticismo y americanismo (Harvard University Press, Cambridge, Mass.), donde se ocupa de relacionar al poeta nicaragüense con sus antecedentes españoles; por sus estudios sobre la novelística hispanoamericana

(La novela en la América Hispana, Berkeley, 1939, y Novelistas contemporáneos de América, Santiago de Chile, 1939), y por su The Epic of Latin American Literature (New York, Oxford University Press, 1942), donde curiosamente afirma, en contra de las interpretaciones pesimistas sobre América hoy tan en boga, que "the literature of Latin America is entering its Golden Era". Todas estas obras, no obstante, se caracterizaban en general por el denominador común de su superficialidad, de su estructura exclusivamente enunciativa y de sus valoraciones esquemáticas y escolares, características atribuíbles, sin duda alguna, a la circunstancia de tener como destinatarios públicos recién iniciados en el estudio de la literatura latinoamericana.

Estos Ensayos que ahora se publican en México, y cuya temática se extiende desde Alarcón y Sor Juana hasta Darío y Güiraldes, representan una superación de todas esas características, lo que hace suponer que por primera vez su autor ha sentido realmente que se dirige a otro público, y dejando de lado la minucia erudita o la repetición didáctica, establece planteos sagaces o sugiere nuevos puntos de vista sobre el panorama general de la literatura al sur de Texas, que tienen toda la perspectiva que le facilita su posición de observador marginal.

El primero de los ensayos de esta colección trae una serie de referencias al teatro indígena de México espigadas de las crónicas de Acosta, Oviedo, Zumárraga y otros, que vienen a ampliar los datos ya suministrados por Carlos Mérida, en Pre-Hispanic Dance and Theatre, y por José Rojas Garcidueñas, en Autos y coloquios del siglo XVI. Menciona la acción de los misioneros, quienes llegaron a advertir que los nativos preferian los ingenuos autos y los bailes a los ritos sangrientos de sus antiguas religiones; las críticas que esos actos merecieron por "deshonestos y lascivos", el asombro que produjo esa "gente que era tenida por bestial"; y la composición, traducción y adaptación de obras teatrales en los idiomas náhuatl, mixteca, chocha, zapoteca y tarasca. No convence de manera alguna la comparación que establece Torres-Ríoseco entre esos primitivos teatros mexicanos en que los misioneros aprovecharon los elementos indígenas, con el famoso Auto de la Pasión de Oberammergau, en tanto en los primeros existía una ingenua espontaneidad y una fuerza primitiva de que carece la burocrática organización germana.

Sigue un ensayo conjunto sobre tres dramaturgos mexicanos: Fernán González de Eslava y su pintoresco testimonio del siglo xvi; Juan Ruiz de Alarcón y el debatido problema de su "mexicanismo" sustentado por Pedro Henríquez Ureña; y Sor Juana Inés de la Cruz y la originalidad de Los empeños de una casa. A continuación de esta revista de la primitiva dramaturgia de Nueva España, Ríoseco ubica en el tiempo la concepción del Apologético, de Espinosa Medrano, "El Lunarejo", sin admitir el juicio despectivo que le mereciera a Menéndez y Pelayo, conformándose—eso sí— con que lo haya considerado "la mejor y más ingeniosa poética culterana".

Los ensayos que siguen a continuación se centran en el modernismo y sus antecedentes, dejando de lado el siglo XVIII y la época romántica. La influencia de Baudelaire, Mallarmé y Valéry en José Asunción Silva y Rubén Darío, es examinada superando el resumen que había dado John Englekirk en su libro Edgar Allan Poe in Hispanic Literature (New York, 1934), al demostrar su oculta máquina poética estrictamente racional y al describir la poesía en el supuesto de que es inteligible y, por lo tanto, susceptible de un conocimiento racional exhaustivo, método que al ser utilizado en el análisis de los primeros guías estéticos de Rubén Darío, corre el peligro de dejar lugar a una ley rigurosa de causa y efecto y, correlativamente, de interpretar una libre influencia —a veces, casual— como una inapelable determinación.

En el ensayo denominado Categorías literarias, es donde el autor de Precursores del modernismo, utilizando un tono polémico, logra una mayor fuerza y una mayor profundidad: al hablar del desequilibrio de la novela o de la llamada poesía indigenista, o al tipificar al frustrado escritor izquierdista en el poema Emigrante a América de Vicente Huidobro o al señalar las formas convencionales utilizadas por Neruda en sus primeros libros, o al proponer sus categorías literarias entendidas no como conceptos sino como contenidos de intuición.

Lo mismo ocurre con el ensayo titulado De la novela en América, donde reniega de los tipos humanos novelísticos reducidos a simples accidentes, en tanto ese supuesto —sostenido por Grases— le parece una regresión así como el considerar un hecho la superioridad del paisaje sobre el hombre, en la medida en que ese concepto de la narrativa —propiciado por el ensayista venezolano— une lo típico del romanticismo al prurito de documentación del realismo y a la sobrevaloración que el costumbrismo otorga a las cosas en desmedro de los seres.

Por último, en los ensayos que cierran este libro, Torres-Ríoseco se ocupa detenidamente del peruano José Santos Chocano con ánimo reivindicatorio de su obra "aunque su vida haya sido la negación del ideal" que se había formado de la misión del poeta; del otro peruano, tan opuesto por diversos motivos, que fué Manuel González Prada; del boliviano Ricardo Jaimes Freyre, y de la novela en México y del estilo de Xavier Villaurrutia y del pensamiento hispanoamericano, en un logrado intento por explicar problemas que se nos imponen y no de plantearse tópicos más o menos interesantes, con un constante empeño por dilucidar lo latinoamericano frente a lectores latinoamericanos para cumplir ese elemental y auténtico autorreconocimiento por el que tanto reclamamos, que no tiene por qué ser ni lúcidamente heroico ni necesariamente desagradable en virtud de versiones organicistas omnicomprensivas. Pues en última instancia —y éste es el saldo del libro de Ríoseco— se trata de recuperar en el terreno del conocimiento lo que se ha perdido en el terreno de la esperanza.

David Viñas

JASPERS, KARL. La razón y sus enemigos en nuestro tiempo. Buenos Aires, Sudamericana, 1953. 100 p.

Yellow and the second

En las tres conferencias dictadas en la Universidad de Heidelberg que componen la obra traducida al español como La razón y sus enemigos en nuestro tiempo, el problema que preocupa a Jaspers es el de la situación

de la filosofía en un mundo dominado por el espíritu de lo antifilosófico. Este cuidado, ya patente en otros pensadores, se traduce en Jaspers en una interpretación del filósofo como el señalado para luchar por el predominio de la razón con las mismas armas de la razón, a través de la ciencia, la tradición filosófica y la propia vida, y cobra en este maestro la

fuerza de una misión firmemente elegida.

Jaspers reconoce a la ciencia, metódica búsqueda de la verdad, como base de la filosofía de hoy, que no puede ni debe desconocerla. Pero niega que sea ciencia toda pseudo teoría que se presente como saber total y que, por este carácter totalizador, exija de sus adeptos la adhesión del mito y la obediencia del dogma. Desenmascarar las pseudo ciencias y sus hechiceros y librarnos del maleficio de sus consecuencias: totalitarismos políticos, o entrega del individuo a una concepción enfermiza y parcial de la existencia (en los dos casos que Jaspers analiza como ejemplos de la desviación de la ciencia: marxismo y psicoanálisis) es la tarea de la razón hoy. En la segunda conferencia la razón es definida como la trascendencia de lo inmediato hacia los orígenes en procura del ser auténtico, como comunicación abierta a todas las cosas, rechazo de todo dogma y, fundamentalmente, actitud que no permite atarse a ninguna verdad parcial. Pero así entendida, la razón no será algo dado, sino el producto de una decisión; es la libertad del individuo que quiere ser él mismo, es la capacidad de sentir abiertas todas las posibilidades y prepararse honestamente para ellas, sin aceptar ni la "angustia anonadante" de un futuro incierto, ni la "tranquilidad ensimismada" que sigue los viejos moldes rechazando la situación real en que se vive.

Desde este plano, honestidad y libertad en el pensar y en el vivir, la razón debe librar la lucha contra sus enemigos de hoy (escondidos tanto en el plano de las teorías políticas y psicológicas como en la común concepción de la vida), pues si tanta influencia han adquirido, se debe no sólo al ropaje científico con el que se revisten, sino fundamentalmente a que responden a una urgente necesidad del hombre actual, que insatisfecho de los resultados del cientificismo, se aferra en su desorientación a aquello que le ofrezca la seguridad o la felicidad y lo libere del compromiso de ser él mismo. Marxismo y psicoanálisis, al dar el reposo del dogma, preparan el aniquilamiento de la libertad del individuo y por ende crean la posibilidad del servilismo y la irresponsabilidad de quienes se

apoyan en una verdad ya dada, incuestionable y eficaz.

En la medida en que el conocimiento puede sostener una libre actitud del hombre, la Universidad es la indicada, según Jaspers, para despertar la conciencia, y si puede venir el desaliento ante la crisis que nuestro mundo sufre hoy, Jaspers recuerda que la filosofía, una vez aparecida, jamás se ha borrado de la historia, como una constante autoafirmación de la libertad. "La razón es como un misterio manifiesto que en todo momento puede revelarse a cualquiera, el recinto sosegado al que todos pueden ingresar con su pensamiento".

Regina Gibaja

Jasinowski, Bogumil. Historia filosófica de la cultura. Edición y redacción de G. Ilabaca. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1950. 100 p.

Es de interés examinar algunos aspectos de esta obra de Jasinowski por su orientación general, por los puntos de vista adoptados para la caracterización de las culturas hindú y occidental y por los problemas que implica.

El objeto de la historia de la cultura es para Jasinowski "el estudio de las características del hacer cultural enfocado en su perspectiva evolutiva y en un momento dado", la dilucidación de los "hilos conductores que van de una civilización a otra" y la contraposición correlativa de las estructuras de las culturas estudiadas, lo cual "supone puntos de referencia o bases de comparación discriminativa". Por historia filosófica de la cultura entiende una historia de la cultura hecha con un enfoque totalista a partir de su núcleo espiritual, para desentrañar su dinámica, su ser

íntimo y sus valores.

Entre las teorías propias de Jasinowski se encuentra la "ley de correspondencia discrónica entre arte, filosofía y ciencia", según la cual la correspondencia entre los diferentes sectores de una unidad de cultura no debe entenderse en el sentido de una correspondencia estrictamente simultánea. Lo ejemplifica con la cultura griega, en la cual "lo clásico" en las artes se presenta en el siglo v, en la filosofía en el siglo IV y en las ciencias en el III, de lo cual resulta una periodificación oblicua en lugar de la tradicional periodificación vertical. La periodificación oblicua que propone Jasinowski ofrece grandes ventajas comparada con las interpretaciones simplistas del proceso histórico, pero mantiene la noción de "lo clásico" que quizá junto con otras nociones como "apogeo", "decadencia" "época de transición", etc., deberían ser eliminadas de la historia de la cultura.

Otra parte del comienzo del curso está destinado a la exposición crítica de la teoría de Spengler, a la cual, a pesar de su carácter insostenible, "le queda el mérito innegable de haberse esforzado por presentar los diversos dominios de la cultura bajo la idea de una unidad espiritual fun-

damental"2,

El objeto del curso es el estudio de la cultura occidental. Comienza sin embargo por el estudio de la cultura hindú, que agota el contenido de la edición de 1950. La elección de la cultura hindú esta plenamente justificada por la necesidad de realizar contraposiciones para captar el sentido de las culturas como totalidades.

"Mientras no sepamos cuál es la diferencia fundamental entre Oriente y Occidente como categorías filosófico-culturales, inútil es investigar las visicitudes externas de las civilizaciones llamadas oriental y occidental; inútil es la indagación de los contrastes entre los diversos influjos históricos mientras no sepamos sobre qué se fundamentan las "esencias" que se ponen en contacto. Aún más, ¿era posible una caracterización adecuada de lo occidental sin contraponerlo a lo oriental? No; porque tanto el uno

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Ob. cit., p. 1. <sup>2</sup> Ob. cit., p. 23.

como el otro, descansando en dos estructuras o sistemas de valores muy diversos entre sí, nos interesan como base de comparación discriminativa o correlatos.3"

La elección de la cultura hindú no sólo está justificada sino que incluso resulta indispensable su estudio, pues, como veremos, la caracterización de las culturas se logra por una serie de aproximaciones y comparaciones en las cuales las culturas extrañas sirven de base para comprender la propia y la cultura propia para comprender las extrañas.

Antes de señalar los problemas implícitos en la obra de Jasinowski, examinemos ligeramente los rasgos fundamentales con los cuales caracteriza las culturas hindú y occidental. Un rasgo fundamental y decisivo por sus consecuencias es la homogeneidad del orden de la naturaleza y del orden de los valores en la cultura hindú y la heterogeneidad entre ambos en la cultura occidental. De ello deriva una diferente concepción del tiempo, recurrente o cíclica en Oriente, "lineal" en Occidente, y la "ahistoricidad" del mundo hindú.

Estas diferencias fundamentales se coordinan con una diferente concepción del yo y del sufrimiento. En la cultura hindú no se destaca el yo como ser cognoscitivo frente al cosmos, y al mismo tiempo se tiende a aniquilar el sufrimiento como medio para aniquilar la individualidad, la contingencia, la temporalidad, la relatividad, y lograr por último la fusión con lo Absoluto. En cambio en Occidente se afirma el yo como algo irreductible a cualquier otra instancia y en actitud heroica se corrobora y exalta la propia existencia por el sufrimiento. En el Cristianismo se atribuye por una parte al yo un valor absoluto y por otra se concibe al sufrimiento como un medio de dignificación.

La homogeneidad entre el orden de la naturaleza y el de los valores hace de la cultura hindú una cultura a-trágica, carácter confirmado por la inexistencia de tragedias en su literatura. Para que exista tragedia es indispensable la contraposición entre el mundo humano y el mundo de la naturaleza, la vida, la temporalidad y la muerte concebidas como algo finito e irreversible, condiciones que no se presentan en el mundo cultural hindú.

La homogeneidad entre el mundo de la naturaleza y el mundo de los valores tiene como correlato la homogeneidad de conocimiento y creencia, de filosofía y religión, lo cual se manifiesta en el predominio de lo intuitivo sobre lo discursivo en cuanto se refiere al conocimiento, a lo cual Jasinowski denomina "elemento gnóstico" por su presencia en el gnosticismo cristiano; en éste alienta también la convicción de que la salvación sólo puede lograrse por el conocimiento. El elemento gnóstico va unido a la idea subyacente en el pensamiento hindú de un fluir universal, "que no da margen para fundamentar y establecer los asientos de la idea de sustancia con los caracteres de lo permanente y de lo invariable, lo que asimismo es común al pensamiento hindú. El pensamiento hindú se presenta, pues, casi como la antítesis del griego, cuya médula misma es la especulación sobre la sustancia, o más generalmente, sobre el ser de la existencia. Así se comprende que el "yo" de la especulación hindú es siempre un "yo" impersonal

y que en cuanto individual se considere como un desvalor o especie de culpa"4.

"El "vo" occidental cristiano —estructurado sobre la base de la unión

"El "yo" occidental cristiano —estructurado sobre la base de la unión y distinción de voluntad y razón— está más propenso al discursivismo que al intuicionismo: es un yo volitivo-discursivo. Al lado de este existe un "yo místico-sentimental" inclinado al intuicionismo (elemento seráfico). Ambas concepciones se oponen a la hindú del yo místico-quietista o místico-meditativo que envuelve una gran actividad orientada no al dominio de la naturaleza exterior sino al de la propia (interior). Esta actividad tiende a la aniquilación metódica del ser del propio yo (auto- aniquilación) como condición para el acceso a la meta final de desvanecimiento o reabsorción en el Aboluto.<sup>5</sup>"

En esta caracterización de ambas culturas por rasgos fundamentales que resultan de su contraposición subyace un problema no tratado explícitamente por Jasinowski: el problema mismo de la caracterización de las culturas no se identifica con el problema del conocimiento histórico en general. Puede encontrarse prácticamente agotado el conocimiento de los hechos particulares de un ámbito cultural y discutirse sin embargo en torno a su sentido. Por otra parte, culturas como las primitivas que no presentan "hechos históricos" tal como los presentan las culturas evolucionadas, no dejan de plantear problemas graves de caracterización y de captación de sentido. Además, el problema del conocimiento histórico es "homogéneo" por así decirlo; presenta las mismas dificultades de principio en todas direcciones y sólo varian las dificultades de hecho. En cambio la caracterización de las culturas constituye un problema "heterogéneo" pues presenta dificultades diferentes según sea el ámbito cultural que se trate de caracterizar, y dichas dificultades no dependen de circunstancias de hecho sino de razones de principio. La caracterización de una cultura es tanto más difícil de realizar cuanto más alejada se encuentra de nosotros. La cultura occidental y sus diversas unidades internas son más fáciles de caracterizar que las culturas orientales y las culturas primitivas. No se trata de dificultades de hecho solamente, como sería la mayor dificultad en el manejo de las fuentes, sino de la dificultad que representa la menor coincidencia de nuestra idea del hombre con la idea del hombre que yace en el seno de otras culturas.

Para que la caracterización fuera segura y definitiva deberíamos contar con una idea absoluta del hombre que fuera la base de coincidencia para toda y cualquier cultura. Pero tal posibilidad es discutible en sumo grado. Siempre se correría el riesgo de elevar nuestra propia idea del hombre a la jerarquía de idea absoluta y adoptar en consecuencia un falaz objetivismo.

Pero a su vez esta imposibilidad de adoptar un punto de vista absoluto, vale decir una idea absoluta del hombre, no implica la negación de toda posibilidad de caracterización. Se puede adoptar determinados puntos de vista orientadores, aplicables en grados diversos según las culturas y discutibles en ciertos casos, pero siempre útiles para la finalidad de captar el sentido de la cultura como una totalidad.

<sup>&</sup>lt;sup>a</sup> Ob. cit., p. 26.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Ob. cit., p. 98-99. <sup>5</sup> Ob. cit., p. 99-100.

Tal es el problema que se encuentra implícito en la historia filosófica de la cultura de Jasinowski. En la caracterización que resumimos más arriba utiliza algunos puntos de vista fundamentales que conviene por lo menos enumerar en espera de un examen más detenido: la idea del hombre, la idea del cosmos, la idea de la relación existente entre el hombre y el cosmos, la idea de lo sagrado, la concepción del tiempo y de la historia. Todos estos puntos de vista son "occidentales" en mayor o menor medida, más no se comprende cómo podría ser de otro modo, a no ser que consideraramos nuestro propio punto de vista ubicado históricamente como un punto de vista absoluto y no simplemente occidental.

El examen de tales puntos de vista, de su funcionamiento gnoseológico, de sus límites, etc., debe ser objeto de una investigación especial.

Luis E. Noussan Lettry

Dos Santos, Reynaldo. L'art portugais, architecture, sculpture et peinture. Prefacio de Marcel Aubert. Paris, Plon, 1953. 98 p., 134 lám., 4 lám. en color. (Editions d'Histoire et d'Art, "Messages", IV).

El profesor Dos Santos presenta una reseña objetiva del arte en Portugal, otorgándole preferencia a los movimientos arquitectónicos. Sin embargo, su objetividad se resiente a veces por el afán nacionalista de mostrar la originalidad de algunas manifestaciones del arte de su país, sin admitir la posibilidad de que aquéllas sean mero reflejo hispánico. Correlativamente la presencia del mar es la constante que determinará el arte portugués; las influencias diversas vendrán del Languedoc e Inglaterra, no así de la región española dominada por los árabes. El fundamental arte portugués es el románico, por la forma total en que se integra con el paisaje y con el espíritu lusitanos. La fundación del condado, luego reino de Portugal fué la causa de una cruzada que desde el norte visigótico y cristiano irrumpió hacia el sur musulmán, con la consiguiente expansión artísticorreligiosa bajo la égida del románico. Es en Coimbra —afirma Dos Santos- donde se encuentra la representación más pura de este arte, condicionada por cierta sensualidad propia del sur, donde la luz juega entre calcáreos amarillos, en oposición al norte austero de grises pétreos. De acuerdo a su exposición cronológica, el Presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes, señala dentro del gótico portugués sólo dos manifestaciones: el monasterio de Alcobaça, planeado bajo la influencia del movimiento cisterciense y levantado en pleno románico del siglo XIII, y la iglesia de Batalha - erigida casi dos siglos después por Juan I en agradecimiento de la victoria de Aljubarrota- templo de inspiración y de dirección gótico-inglesa, en tanto su constructor fué el célebre arquitecto inglés Huget, el Ouguette de los portugueses. El llamado estilo manuelino ocupa la preferente atención de Dos Santos, quien en obras anteriores había tratado exclusivamente este tema, convencido de su originalidad y potencia, en la gran hora de los descubrimientos marítimos en torno al año 1500. Así en reproducciones numerosas muestra las capillas inconclusas de Batalha, la nave del templo de Tomar, la Torre de Belem y la iglesia de Jesús en Setúbal, productos respectivamente de las cuatro figuras mayores de este singular movimiento: los hermanos Arruda, Boytac y Fernández. El Renacimiento —afirma el autor— no tuvo manifestación de interés fundamental en tierras lusitanas, tan diversas y tan lejanas del foco italiano. En cuanto al Barroco, distingue en forma excesivamente sintética dos períodos: el nacional, a lo largo del siglo XVII, y el opulento y extranjerizante en el curso del siglo XVIII bajo Juan V. Singularmente la reconstrucción de Lisboa, después del terremoto de 1755, se realiza bajo la influencia de este segundo movimiento. Por otra parte —y al concluir el estudio de los movimiento arquitectónicos— Dos Santos expresa que el arte escultórico no fué fecundo en Portugal. En los capiteles señala la influencia bizantina; en las figuras yacentes advierte el origen inglés. Auténticas serían las tallas en madera policromada y dorada del siglo XVII. A partir del XVIII solamente Italia dicta las formas.

Dentro del terreno pictórico, es el siglo xv el que señala la colosión con su representante más destacado, Nunho Goncalves, en quien se advierten las influencias de las escuelas flamenca e italiana. Influencias que son asimiladas inteligentemente e instrumentalizadas y recreadas, en la medida en que Nunho Goncalves simboliza así la actitud constante del artista portugués.

Jorge Juan Garat

Croce, Benedetto. Storiografia e idealita morale; conference agli alumni dell' Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi. Bari, Laterza, 1950. 183 p.

En diez conferencias a los estudiantes del Instituto por él fundado ha querido Croce resumir una vez más sus puntos de vista sobre la historia. Que —es sabido— no podrían, sin riesgo de perder su inteligibilidad, ser separados de la filosofía toda de Croce. Sus temas fundamentales han de verse aquí en rápida revista, expuestos en forma esquematizada y simplificada. Quizá en exceso: se tiene por momento la impresión de que el anciano filósofo desconfiaba más de lo justo de la madurez de su público, o quizá de la supervivencia de su propio pensamiento, que, si hemos de hacer caso a las declaraciones más ruidosas, está todo él superado y dejado de lado y es a lo sumo un lastre que la nueva cultura italiana debe arrastrar penosamente, aunque constituye la base, o por lo menos el sistema de puntos de referencia en torno a los cuales se organiza esa cultura.

No puede decirse, sin embargo, que esta recapitulación sea cosa inútil. Pues ese mismo poner ciertos desarrollos en primer plano, y callar otros, revela la perspectiva en que Crocce. al final de su carrera. contemplaba su propia filosofía. Una filosofía que a lo largo de medio siglo ha variado, y mucho más de lo que a primera vista podría creerse. En primer lugar porque Croce no gustó con exceso de las autocríticas públicas, y no por vanidad de no desmentirse, sino por el pudor que le vedaba revelar al público otra cosa que las conclusiones que había alcanzado, reservando para sí el trabajo confuso y doloroso de la elaboración. Pero todavía por

otra razón no se advierten tan fácilmente esos cambios. Es que ese pensamiento se ha renovado en un proceso cerrado sobre sí mismo, pero junto con él no se ha renovado paralelamente la imagen que el filósofo se hace del mundo en torno y de las ajenas filosofías, de modo que el panorama de las actuales tendencias, polémicamente expuesto como es habitual en Croce, se parece a la tentativa de alojar todo nuevo desarrollo en un repertorio de herejías o desviaciones trazado definitivamente hace medio siglo. Consecuencia: el lector distraído, que cree ser avisado, llega rápidamente a la conclusión de que sólo se trata de la continuación de los viejos combates contra el positivismo, o el decadentismo, o el modernismo, y no cree necesaria una atención más intensa hacia cosas que cree conocer de memoria.

No es así, sin embargo. Un cambio menudo, por ejemplo: antes de la primera guerra Croce anunció en la "muerte del socialismo" (que eso era para él la expansión del reformismo socialdemócrata) la renuncia a lo que en el marxismo superaba el igualitarismo democrático de tradición iluminista, en suma, un empobrecimiento espiritual. Hoy, al revés, el brusco fin que a ese proceso puso la revolución rusa es considerado una catástro-fe: a la vez el fin de la tentativa de salvar para la tradición liberal europea el movimiento obrero. Cambio menudo, sin duda; si aquí se lo menciona es porque se halla en el sentido de otros cambios más importantes, porque da a entender bastante bien en qué dirección se ha movido el pensamiento crociano en estos años tan llenos de cosas.

Ese pensamiento se expone aquí en la forma habitual en Croce: por iluminaciones succsivas, y en general negativas, procedimiento sin duda el más afín con una filosofía que remata en el anuncio de una unidad-diversidad que ni requiere ni podría ser explicada, sino tan sólo contemplada. Así, para comenzar, se nos explica cómo la verdad no es algo que hemos de hallar al fin de un proceso; se halla ya, por el contrario, en el proceso mismo (y aquí recordará la frase de Aby Warburg que es quizá el mejor resumen de su propia filosofía: Gott ist im Detail). El segundo capítulo, "cómo se conoce la historia", expone y supera las antinomias habituales de "historia universal" e "historia monográfica", "historia rerum gestarum" e "historia contemporánea", historia y filosofía. La superación de esta última fundamenta, como es sabido, la de las anteriores. La historia, como juicio histórico, síntesis a priori que es el propio acto creador del espíritu, se identifica sin residuos con la filosofía. Estas oposiciones que se resuelven en identidades son expuestas aquí con la habitual maestría y con ritmo vertiginoso.

Lo que sigue es algo menos previsible. El capítulo III viene consagrado, en efecto, a distinguir entre poesía y literatura, regida por la retórica, codificadora de un gusto no estético sino práctico, análogo al que preside las formas de cortesía social, un gusto en fin en el que se refleja toda una forma de civilización. Es el punto de vista elaborado en la década del 30, que halla su expresión en La poesía, con su característica doble dedicatoria a De Sanctis y Carducci, tentativa de hermanar las dos almas de la tradición italiana, la estética y la retórica. Punto de vista, insiste ahora Croce una vez más, no contradictorio y sí complementario con los resultados alcanzados en la Estética. Sin duda, pero ha de reconocerse también que ese complemento no estaba de ningún modo en las premisas, que es algo

inesperado, partiendo de ellas. Este cambio está menos alejado de lo que podría creerse del anterior, uno y otro son muestra de la progresiva eliminación de todo elemento romántico en el pensamiento crociano. El marxismo, cuyo realismo sarcástico pudo hallar ayer tan atractivo, una estética que separaba los granos de poesía de la no poesía, esa sombra que no es verdaderamente nada, pues no hay buena y mala poesía, la poesía es o no es; todo eso dejaba ya de responder a sus inclinaciones más verdaderas. Comenzaba a advertir que su papel no era el de demoler toda una cultura, sino el de depurarla, y más aún el de organizarla. A través de la barrera levantada por el positivismo, a medida que esa barrera caía en pedazos, Croce podía reconocerse cada vez mejor en la tradición cultural de su tierra, una tradición que alcanzaba sus cimas en el "comentario" filológico-estético, para cuyo moroso perderse en los pormenores el Gott ist im Detail era una justificación filosófica recibida con agradecimiento.

De esta manera, a medida que se acercaba a ser la expresión filosófica y moderna de una tradición que sin abuso podría llamarse humanística, se alejaba la filosofía de Croce de sus orígenes neohegelianos. Aquí el nombre de Hegel vendrá acompañado casi siempre —casi a modo de exorcismo— del de Kant. y más que uno y otro será citado Goethe, y el Hegel aquí reflejado será el combatiente contra el irracionalismo romántico, esa prefiguración del activismo que en nuestro siglo ha irrumpido descaradamente en toda su escuálida desnudez.

Así este capítulo digresivo acerca de poesía y literatura es de los más iluminadores del espíritu que anima a los demás. Después de él el curso del pensamiento será menos encrespado; el capítulo siguiente volverá a recordar la identidad de historia y filosofía, con las críticas, no por reiteradas menos justificadas, a la filosofía de la historia. Más importantes los capítulos VI y VII, en que se intenta describir la mediación teórica que es el juicio histórico, entre un impulso práctico del que nace y el efecto práctico que alcanza. No se puede decir que se logre una exposición del todo diáfana; se trata de uno de los puntos oscuros del pensamiento de Croce, que suelen ser a la vez puntos cruciales, análogo en eso al de la distinción entre el mero sentimiento práctico y el sentimiento que halla su expresión como poesía. Ese mismo carácter teórico del juicio histórico vuelve a ser expuesto en el último capítulo a través del examen del problema de la posibilidad de una historia de la actualidad. Lo que hace que se desconfíe de ella —observa Croce— es el temor de que sea tan sólo el eco de la pasión, sin mediación teórica alguna, en suma, una no-historia. No por eso sería imposible una historia de la actualidad; para demostrarlo traza el programa de una posible historia del fascismo, un poco en el espíritu de la Historia de la Edad Barroca: historia que registra lo positivo que el hombre hace, quizá sería menos ilegítimo llamarla historia del antifascismo.

En la segunda de las apostillas que siguen a las conferencias reaparece este motivo de la historia que se ocupa de lo que el hombre hace y no de lo que es, y no porque no deba hacerlo, porque por una suerte de honor profesional deba abstenerse, como se dice, de juzgar, sino porque no puede, porque apenas ha dado un fallo advierte que hubiera podido con igual razón —o sinrazón— dar el contrario. Motivo que se vincula

con temas muy profundos de la ética de Croce. También tiene su interés la séptima apostilla, acerca de la prehistoria. La prehistoria se separa de la historia no sólo y no tanto por su objeto cuanto por su método, por el impulso espiritual del que nace, que la acerca a las ciencias naturales. No es excluye por esto una posible "historia de la prehistoria", una historia que como tal debe ser a la vez contemporánea, historia de lo que en nosotros está vivo de la prehistoria, una historia por lo tanto inconexa y fragmentaria...

No se puede leer sin cierta emoción este casi último mensaje de Croce. Obra de viejo, sin duda, no porque su pensamiento sea menos vigoroso o menos claro, si porque le interesa menos ese orden y esa compostura del todo exteriores que son como una cortesía que el autor guardase a sus lectores, y que el anciano deseoso de decir lo suyo, más interesado -como es justo- en sí mismo que en los demás, aparta de sí con impaciencia. Pero si el pensamiento de Croce abandona ahora sus formas habituales de exposición, si sigue por atajos y senderos impensados, adquiere con ello una coherencia más honda y auténtica: no hemos de lamentar que el problema de la libertad y la igualdad en el quehacer histórico se vincule aquí con el de la legitimidad de un centro, una derecha y una izquierda en el renovado Partido Liberal italiano de postguerra. El haberlo seguido en estos vericuetos nos permitirá entender mejor mucha parte del pensamiento crociano cuando nos es expuesto con mayor compostura académica. Otra razón hay para que en tanta libertad de movimientos no haya aquí ningún cabo suelto: la misma forma mentis crociana, tan sólidamente unitaria en medio de su riqueza de motivos. De todas las lecciones de Hegel quizá fué ésa la única que quiso conservar.

Tulio Halperin Donghi

## BIBLIOGRAFIA PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA

#### OBRAS HISTORICAS GENERALES

TOYNBEE, ARNOLD. El mundo y el Occidente. 2ª ed. Madrid, Aguilar, 1953. 100 p.

Las seis conferencias que Toynbee pronunció por la B.B.C. de Londres, y que tanto escándalo provocaron, han sido reunidas en un volumen, cuya traducción acaba de aparecer en castellano. El problema es actual, candente podría decirse, y Toynbee lo afronta con valentía. En rigor, su planteo de las relaciones entre el mundo y el Occidente no es sino el que corresponde a su teoría general del desarrollo de las civilizaciones, pero esta presunta objetividad no basta para contener las diatribas que ha provocado. Bertrand Russell ha elogiado el libro, aunque con reparos. Pese a ellos, señala que es justa la apreciación fundamental de Toynbee de que el Oriente está devolviendo al Occidente la agresión que éste último ha llevado contra aquél durante los últimos quinientos años. El comunismo -señala Toynbee- es una herejía cristiana: lo que amenaza al mundo es lo que él ha llamado "un proletariado externo" surgido al lado de la civilización occidental, nutrido de su misma savia pero con fervorosa aspiración a la unidad. Ricas sugestiones se desprenden de la lectura de estos ensayos del lúcido historiador inglés que tanto ha sacudido las opiniones tradicionales en materia histórica.

#### The American Historical Review. v. LIX, no 2, january 1954.

Louis Gottschalk, A Professor of History in a Quandary; David Spring, Earl Fitzwilliam and the Corn Laws; Walter M. Simon, Variations in nationalism during the Great Reform period in Prussia; Marshall Smelser, George Washington and the Alien and Sedition Acts; Charles Grier Sellers, Jr., Who were the Southerns Whigs? Re-

views of Books, Other Recent Publications, Historial News.

Lydia A. de Newark

#### HISTORIA ANTIGUA

Toynbee, Arnold J. Greek civilization and character, the self-revelation of ancient Greek society. New York, The New American Library, 1953. 158 p. (Mentor Books).

La presente es reimpresión de una obra concebida originalmente como complemento de Greek historical thought (ver Imago Mundi, No 2). Al igual que aquella fué compuesta por Toynbee antes de emprender la publicación de su Study of history. Se trata de un trabajo preparado en 1924, que estudia las conciones del mundo griego, siguiendo los textos de sus historiadores. Se divide en dos partes: la primera sobre la civilización, la segunda sobre el carácter. Esta última se subdivide en dos secciones: una sobre psicología social, la otra sobre "conflictos de voluntad", presentados a través del conocido recurso de los historiadores antiguos, que consiste en atribuir arengas ficticias a una de las figuras de mayor importancia en los sucesos referidos. Se hallan citados: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, las Instituciones atenienses, Plutarco, Polibio, el Antiguo Testamento de la Septuaginta, Diodoro, los Actos de los Apóstoles, Eunapio, Josefo y Prisco. La edición original apareció en The Library of Greek Thought.

Gurney, O. R. The Hittites. London, Peguin Books, 1952. 32 láminas, 240 p.

El Dr. O. R. Gurney nació en Londres en 1911, estudió en Eton y Oxford; es un destacado asiriólogo y un estudioso de los hititas, cuya lengua aprendió siendo alumno de H. Ehelolf, en la

Universidad de Berlín, durante los años 1935 y 1936; graduóse en 1939 con un estudio crítico de las plegarias hititas de Mursilis II, publicado un año después en los Annals of Archaelogy and Anthropology de Liverpool. Realizó excavaciones en Turquía, y es miembro de la Society of Antiquaries y del Instituto Británico de Arqueología de Angora. En el presente trabajo, el Dr. Gurney ofrece un conciso y bien documentado cuadro del mundo hitita, a la luz de los testimonios descubiertos en los últimos años. El progreso de esta investigación es reseñado por el autor en su introducción. El cuerpo de la obra se compone de nueve capítulos que estudian: I) la historia hitita, II) el estado y la sociedad, III) vida y economía, IV) legislación e instituciones, V) organización bélica, VI) lenguas y razas, VII) religión, VIII) literatura, y IX) arte. Además de láminas fuera del texto, hay diecinueve ilustraciones en él. A la vez amplia y fundamental, ordenada con inteligente criterio, la bibliografía fija un útil antecedente para quienes deseen realizar ulteriores lecturas sobre la materia.

URE, P. N. Justinian and his age. Harmondsworth, Penguin Books, 1951. 262 p., 16 ilust.

Percy Neville Ure (1879-1950) sucesivamente fué profesor en las universidades de Cardiff, Leeds y Reading. Interesado en la arqueología, intervino en excavaciones realizadas en Grecia: escribió libros y artículos sobre su especialidad, incluyendo un estudio de las circunstancias que favorecieron el establecimiento de la autocracia en la antigua Grecia, The origin of tyranny. El presente trabajo, sobre el período de Justiniano, es obra póstuma; en él, el profesor Ure investiga y reconstruye el tono de la vida contemporánea fundándose en los escritores de esa época. Los aspectos tratados son: 1) el fondo histórico, 2) las guerras, 3) la paz con Persia, 4) la iglesia y el circo, 5) la burocracia, 6) los escritores, 7) Teodora Antonina y Juan de Capadocia, 8) arquitectura, 9) los efectos del reinado.

Jaime Rest

Starr, Jr. Chester G. The emergence of Rome as ruler of the Western world. 2<sup>a</sup> ed. Ithaca (N. Y.), Cornell University Press, 1953, 122 p. (The development of Western civilization).

Una síntesis inteligente de la misión de Roma, en la que se aúnan los datos imprescindibles y las indicaciones necesarias para establecer el significado de las grandes etapas del desarrollo de la civilización romana. El autor organiza su exposición con vistas a demostrar cómo Roma llegó a constituir un orden universal, y cómo acogió la tradición griega fundiéndola con la suya propia. El imperio creyó en su propia perennidad, y Starr procura mostrar cómo se justificaba esa creencia.

POCHMANN, HENRY A. (compiler)
y Schultz, Arthur R. (ed.).
Bibliography of German culture
in America to 1940. Madison, The
University of Winsconsin Press,
1953. 483 p.

Esta extensa bibliografía, presentada con gran limpieza, ha de ser sin duda un instrumento sumamente útil en manos de quienes se interesen por conocer los contactos e influencias de la cultura alemana en América, especialmente en Estados Unidos. Contiene 12.022 artículos numerados y el compilador nos declara en la Introducción que para confeccionarla fueron examinados unos treinta mil, lo que da idea del trabajo realizado. En el mismo lugar ofrece datos sobre las bibliotecas estadounidenses y europeas depositarias del material. Posee un detallado índice de ochenta páginas,

Juan Carlos Torchia Estrada

#### HISTORIA MEDIEVAL

LEVI PROVENÇAL, E. La civilización árabe en España. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1953. 147 p. (Colección Austral).

Se han reunido en este pequeño volumen las tres lecciones de un curso público, realizado en marzo de 1938, bajo los auspicios de la Facultad de Letras de la Universidad Egipcia, en la Sociedad Real de Geografía de El Cairo. El Director del Instituto de Estudios Islámicos de la Universidad de París ha encarado el amplio período que se extiende desde el año 710 hasta la ex-

pulsión definitiva de los moriscos ordenada por Felipe III, en tres grandes cuadros que comprenden respectivamente: el occidente musulmán y la civilización árabe hispánica; el oriente musulmán y la civilización árabe hispánica, y la España cristiana y la civilización árabe hispánica, Acompañan al texto de las conferencias, un prólogo de su cuidadoso traductor, Isidro de las Cagigas, una bibliografía excelente tanto por su selección como por su actualidad, y una minuciosa tabla cronológica. Se viene a sumar así este título a la ya voluminosa y popular Colección Austral, valorizándola en la medida en que continúa una serie de recientes y valiosos aportes de bibliografía histórica de los que -en general- carecía.

David Viñas

Cabniss, Allen. Agobard of Lyon, churchman and critic. Syracuse University Press, 1953. 137 p.

Agobardo, obispo de Lión desde el año 816, participó en los conflictos políticos del reinado de Luis el Piadoso y tomó partido en las luchas que precedieron al tratado de Verdún. Además, actuó en diversos episodios religiososociales de su época y escribió numerosos tratados y opúsculos sobre problemas de actualidad en su tiempo y acerca de cuestiones doctrinarias. Por su actitud frente a las supersticiones, frente a los judíos y a otras cuestiones, Agobardo es un testimonio de interés, y el estudio de sus obras, actuación e ideas que hace Cabniss es importante dada la escasa bibliografía sobre el personaje.

Duby, Georges. La société aux XIe. et XIIe. siècles dans la région mâconnaise. Paris, Armand Colin, 1953. 688 p., 12 croquis. (Bibliothèque générale de l'école pratique des hautes études).

Georges Duby, profesor de la Facultad de Letras de Aix, ha hecho sobre un tema aparentemente restringido un estudio de alcance general. Desde cierto punto de vista puede considerarse éste como un libro ejemplar. Construído sobre un estudio acabado de las fuentes, trasciende los datos y los organiza con un orden a un mismo tiempo severo y ambicioso. Los innumerables documentos consultados le permiten refle-

jar con precisión los diversos aspectos de la organización social de una región francesa -el Mâconnais-, de la que detalla las etapas relacionándolas con nada frecuente agilidad con las de otras regiones. Potencialmente hay una aproximación profunda a la historia de la Francia feudal escondida en este libro grave y profundo, en el que casi no falta alusión alguna que pueda dar una idea de la vida social de la época. Es acabado, por ejemplo, el cuadro que da de la sociedad laica en el siglo XII en los capítulos VIII y IX de la segunda parte. Los estudiosos interesados en los problemas sociales de la Edad Media encontrarán en el libro del profesor Duby riquísimos materiales y numerosas sugestiones, que sobrepasan los límites a que alude su título,

OMAN, C. W. C. The art of war in the middle ages; a. D. 378-1515. Revised and edited by John Beeler. Ithaca (N. Y.), Cornell University Press, 1953, 176 p. 3.00 U\$A.

Charles Oman, que más tarde publicaría dos obras extensas sobre el mismo tema, se dió a conocer en 1885 con este preciso y jugoso ensayo sobre el arte de la guerra en la Edad Media. El largo desenvolvimiento que dió luego a su problema no restó interés a la primera síntesis, cuyos marcos generales sirvieron para los posteriores desarrollos. Inhallable durante mucho tiempo, el breve ensayo ha sido reeditado hoy bajo el cuidado del profesor Beeler, que ha agregado algunos nuevos datos al texto para actualizarlo, y puede decirse que conserva su valor y actualidad. Pese a que en 1949 publicó Ferdinand Lot su libro L'Art militaire et les armées au Moyen Age, el trabajo de Oman conserva su interés y su valor. El autor analiza la renovación militar que se opera después de la batalla de Adrianópolis (378) y se detiene en el estudio de las formas de acción propias de la caballería pesada durante toda la era feudal, señalando finalmente las nuevas posibilidades que aparecen en el siglo xiv y la reaparición de la infantería como fuerza fundamental de los ejércitos. Oman no se limita a los aspectos puramente técnicos del problema, sino que lo relaciona con la organización social y el régimen político.

Baldwin, Marshall W. The mediaeval church. Ithaca (N. Y.), Cornell University Press, 1953. 124 p. 1,25 U\$A. (The development of Western civilization).

Publicado en la serie The development of Western civilization, que dirige el profesor E. W. Fox de Cornell University, este breve volumen contiene una historia de la Iglesia durante la Edad Media llena de interés. Puede seguirse en ella no sólo su evolución institucional sino también el desarrollo de ciertos aspectos fundamentales de la doctrina o, mejor aún, de ciertas ideas acerca del hombre concreto en relación con las circunstancias históricas. El libro no tiene intención polémica, pero el autor procura, de hecho, explicar ciertos aspectos controvertidos y justificar la política de la institución. Aunque limitado por su finalidad escolar, el ensayo es útil y contiene excelente información ordenada según un criterio claro y maduro.

José Luis Romero

#### HISTORIA MODERNA

MOUSNIER, ROLAND, ERNEST LA-BROUSSE y MARC BOULOISEAU. Le XVIII siècle. Paris, Presses Universitaires de France, 1953. 567 p. (Histoire générale des civilisations, 5).

Esta colección, cuyo primer volumen acaba de aparecer, no pretende reemplazar a los grandes manuales de historia universal. Su propósito es dar una imagen del pasado unificada y jerarquizada --estructurada--, aunque para ello sea preciso sacrificar algo el afán por la información "completa" que es la finalidad de los manuales. En este siglo xviii, que alcanza el fin de las guerras napoleónicas, la idea-guía, es, en el período prerrevolucionario, estudiado por Mousnier, la de la apertura de nuevos dominios al hombre: ampliación geográfica, nuevas posibilidades técnicas. En el período revolucionario y napoleónico, a cargo de Labrousse y Bouloiseau, el acento cae sobre la lucha entre las nuevas fuerzas y las nuevas clases surgidas de la revolución técnica y económica y las que defienden como pueden el pasado. Giraud, Marcel. Histoire de la Louisiane française. V. I Le regne de Louis XIV. Paris, Presses Universitaires de France, 1953, 368 p.

Este primer volumen de una historia de la presencia francesa en el bajo y medio Mississipí estudia los años que van de 1698 a 1699, en que tienen lugar las primeras fundaciones, hasta 1715. Años difíciles, en que se plantean, en plena guerra de sucesión de España, los problemas propios de toda colonización que se inicia. Problemas que son aquí los de las relaciones con los indígenas y con los españoles, pero también los que nacen de la política de la metrópoli, que el autor se esfuerza por determinar más exactamente.

Geisendorf, Paul F. La vie quotidienne au temps de l'Escalade. Genève, Éditions Labor et Fides. 1952, 86 p.

L'escalade designa la tentativa de asalto a los muros de Ginebra, fracasada ante la decisión heroica de algunos burgueses. Ese punto de referencia de 1602 es tomado aquí con alguna amplitud. El libro, que recoge una serie de conferencias, describe la vida de la ciudad de Calvino a principios del siglo xvII con un orgulto a la vez teológico y municipal en suma muy simpático. El autor analiza la estructura social de la ciudad, las divisiones entre ciudadanos, burgueses y habitantes, pero prefiere insistir sobre lo que los une: esa fuerza espiritual de Ginebra, que incorpora a hombres llegados de muy lejos en busca de la ciudadela de la fe. Examina luego la vida cotidiana en estricto sentido. El texto viene apoyado en excelentes ilustraciones.

Barbey, Frédéric. Libertés vaudoises, d'après le journal inédit de Philippe Secretan (1756-1826). Genève, Éditions Labor et Fides, 1953, 306 p.

En la Confederación Helvética anterior a la revolución francesa, Vaud estaba situado bajo el dominio de Berna. En 1798, sus habitantes se rebelaron contra el dominio bernés y llamaron a los franceses para que protegiesen su recién adquirida libertad. Una libertad que la caída de Napoleón iba a poner de nuevo en peligro, pero pudo ser sal-

vada gracias a la intervención del zar Alejandro, que se opuso tenazmente a las siempre vivas ambiciones de los gobernantes de Berna. Todo el nacimiento de la patrie vaudoise es seguido aquí a través del diario de Philippe Secretan, que participó en esos acontecimientos. Sin demasiadas ilusiones: no esperaba grandes ventajas del apoyo francés, preferia la neutralidad. Lección decisiva; el autor, luego de seguir pacientemente las vicisitudes de esos años llenos de cosas, la opone al excepticismo de Paul Valéry. La historia es capaz de enseñarnos algo, ensena en este caso que, ateniéndose a una estricta neutralidad, Suiza se ahorra todos los dolores y los azares de la guerra. Conclusión sin duda irrefutable. Pero acaso más interesantes que ella sean las premisas, y sobre todo la figura misma de Secretan, de este excelente burgués de Lausana, cauto y prudente tras de una juventud aventurera, y aún en la vejez no incapaz de entusiasmo cuando se trataba de su Lausana y de su Suiza.

PRIOURET, ROGER. La Franc-Maçonnerie sous les lys. Prólogo de Pierre Gaxotte. Grasset, Paris, 1953, 268 p.

El prologuista se encarga de poner en guardia al lector contra la tesis expuesta en este libro. La tesis es, en suma, la siguiente: la masonería no fué ciudadela del esprit classique ni de tendencias revolucionarias; representó, en el sigle de las luces, una aspiración religiosa sin duda algo turbia que anticipa algunos aspectos de la renovación romántica. Al servicio de esta tesis, acaso menos novedosa de lo que el autor y su prologuista imaginan, pone Priouret un considerable esfuerzo de investigación en los papeles masónicos, no siempre fácilmente asequibles. A través de ellos descubre toda una realidad abigarrada y turbia, que llega a interesarle más que su intención primera de desentrañar las tendencias fundamentales del movimiento masónico. El libro se resuelve así en un pulular de anécdotas pintorescas narradas con más brío que profundidad. (Acaso más que largas explicaciones sirva para captar el tono de la obra esta frase sobre María Antonieta: "Esta reina que se conduce como una favorita hace más daño a la monarquía que muchas favoritas que se comportaron como reinas".) No parece que con consideraciones de este orden pueda resolverse un problema de desarrollo y evolución espiritual tal como el que el autor, confiando quizás en exceso en sus fuerzas, había prometido aclarar.

RECHT, PIERRE. Les biens communaux du Naumorois et leur partage à la fin du XVIII siècle; contribution à l'étude de l'histoire agraire et du droit rural de la Belgique, accompagnée d'une description des classes rurales à la fin de l'Ancien Régime. Bruxelles, Bruyaut, 1950.

La división de las tierras comunales es un episodio de esa extensión del individualismo en la vida rural, regida por costumbres seculares fuertemente apoyadas por una estructura comunitaria muy sólida. Esa división es, a la vez, motivo de rivalidades y choques de clase: señores, campesinos ricos, campesinos pobres, chocan sobre la forma en que ha de realizarse la distribución de las sierras antes comunales. En Bélgica, el edicto de 1773 se inclina hacia los intereses de los campesinos pobres; no se deja aquí, como en tantas regiones de Francia, un tercio de la tierra al señor (en compensación del tercio señorial sobre los frutos, perdido con la desmembración de las sierras comunales), no se ponen los terrenos en venta, de modo que sólo los ricos tengan acceso a ellos, no se los distribuye de acuerdo con lo que cada campesino ya posee de tierra, que llevaría a lo mismo: se distribuye por cabeza de familia, con un máximo de un bonnier (poco menos de una hectárea) por cabeza. La revolución nobiliaria de 1790 tratará, pero inútilmente, de detener las consecuencias del edicto.

Ferguson, Wallace K. The Church in a changing world; a contribution to the interpretation of the Renaissance. (The American Historical Review, v. LIX, no 1, 1953).

Este cambio es el tránsito de una sociedad rural y agrícola a otra urbana y comercial. La adaptación a ese naciente mundo moderno puede llevarla a cabo la Iglesia mediante un esfuerzo de centralización, que desencadena

a su vez conflictos como los que nacen del movimiento conciliar. Al mismo tiempo -consecuencia inevitable de los nuevos tiempos- el dinero comienza a circular por ese complejo aparato eclesiástico que se va levantando. El núcleo de este breve estudio se consagra a describir este proceso, que remata en la monarquía casi profana de Alejandro vi y Julio II. Pero el saco de Roma concluye con toda pretensión papal a figurar entre los grandes soberanos territoriales europeos: la Reforma protestante se apoya y pone en evidencia otras debilidades de la organización eclesiástica. De esa doble crisis nace la Iglesia de la Contrarreforma; de ese nacimiento no quiere ocuparse Ferguson. Marginalmente ha aludido también a la laicización de la cultura —que no significa, observa muy justamente el autor, que ésta se hiciese irreligiosa- ha puesto en el centro de este movimiento a la devotio moderna y su desemboque humanístico: el erasmismo.

BUCER, MARTIN. Résumé sommaire de la doctrine chrétienne. Texte établi et traduit par François Wendel. Paris, Presses Universitaires de France, 1951. 103 p.

Se da aquí, con su traducción francesa, un texto típico del reformador de Estraburgo: típico en cuanto —para distinguirse más estrictamente del anabaptismo a la manera de Münster—acentúa en estas breves páginas el aspecto eclesiástico sobre el dogmático; típico también porque en este último subraya la importancia de las buenas obras.

Bohatec, Josef. Budé und Calvin; studien zur Gedankenwelt des französischen Frühhumanismus. Graz, Bülhau, 1950. 491 p.

A diferencia de Lutero, que pese a todos los apoyos que en él halló, fué sustancialmente extraño al ambiente humanístico alemán, Calvino, antes de lanzarse a su empresa reformadora, vivió durante años sumergido en el ambiente de lo que llamamos prerreforma francesa, rico en fermentos humanísticos. De ese punto de partida del reformador ginebrino es característica su relación con Budé, que durante años pudo ver en él a un espíritu agitado por análogos impulsos y retenido por análogas prudencias. No era así, sin duda, pero en el hombre de Ginebra algo y mucho vivía del letrado de tiempos anteriores. A examinar esas complejas vinculaciones espirituales está destinado este libro excelente.

SKALWEIT, STEPHAN. Frankreich und Friedrich der Grosse; der Aufstieg Preussens in der öffentlichen Meinung des Ancien Régime. Bonn, Röhrscheid, 1952. 201 p.

Nuestros manuales nos enseñan que la ciega admiración que despertó en Francia la naciente grandeza de Prusia, bajo la sabia guía de un rey filósofo, hizo olvidar en favor de la futura rival hasta los más evidentes intereses nacionales. La imagen que este libro da de los hechos es desde luego más compleja: admiración sí la hubo, entre los sostenedores del despotismo ilustrado (ejemplo típico, el de Voltaire), pero hubo a la vez desconfianza y recelo, no guiados, sin embargo, por una excesiva clarividencia: los aspectos originales del nuevo estado prusiano no suelen ser más claramente percibidos por los críticos que por los admiradores. El libro se limita a recoger los testimonios proporcionados por algunas personalidades de primera fila. El método tiene desde luego sus ventajas, pero es muy dudoso que de este modo se dé una imagen suficiente de lo que efectivamente opinaba la "opinión pública'.

Tulio Halperin Donghi

MATHEW, DAVID. The age of Charles I. London, Eyre and Spottiswoode, 1951. 340 p.

En ciertos aspectos, el período de Carlos I se desenvuelve en la redistribución y crisis de algunos elementos fundamentales de la historia inglesa introducidos durante el reinado de Isabel I y afirmados bajo Jacobo I. Esta generalización es válida tanto para la política cuanto para la literatura o la religión. Si nos referimos a la poesía, por ejemplo, pensamos en un contemporáneo de Shakespeare, John Donne, que escribió algunos de sus poemas más notables en tiempos de Isabel y desarrolló hasta sus extremos el estilo isabelino tardío, a la vez simple en su lenguaje y complejo en su pensamiento. La relación no es tan inmediata en la

política interna y en la religión, pero sin duda es directa: es el resultado de ciertas circunstancias que pesaron considerablemente en la formación de la Iglesia de Inglaterra. La Reforma, en tiempos de Isabel, había constituído una iglesia no tanto doctrinaria cuanto nacional, de tal modo estructurada que estaba en condiciones de asimilar bajo una sola denominación tendencias religiosas diferentes. Desde el comienzo, dos facciones se destacaron: el anglicanismo propiamente dicho y el puritanismo. Los partidarios del primero se inclinaban hacia una iglesia episcopal con cierto grado de tolerancia ritualista; algunos de sus sostenedores llegaban al extremo de favorecer un retorno del catolicismo medieval, excluída la lealtad a Roma. Los puritanos, en cambio, se oponían a toda supervivencia episcopal o ritualista, que para ellos estaba contaminada de reminiscencias católicas. El poderío anglicano se fundaba en un gran conocimiento de la teología patrística y medieval, el control del gobierno eclesiástico y-especialmente bajo Carlos I- el apoyo regio. La fuerza puritana, en la perseverancia, la prédica y el creciente número de adherentes. La pugna entre ambos sectores era constante, pero no declarada. El anglicanismo, a semejanza del catolicismo medieval, era partidario de una doctrina flexible, pero de un culto unificado; los puritanos, en cambio, de una doctrina única sobre bases calvinistas y de un culto que les permitiera la alternativa de ajustarse a sus principios contrarios a la jerarquía y el rito. El desenlace de esta situación es el tema principal de la historia inglesa durante el reinado de Carlos 1. Naturalmente, muchos otros factores intervinieron en este clima de creciente tensión; por ejemplo, el absotismo del rey, la intelerancia política de Strafford o la presencia de la esposa de Carlos I, Henrietta María, hija de Enrique IV de Francia, El Dr. Mathew, que también es autor de The Jacobean age, desarrolla en The age of Charles I ciertos temas que trató en sus Ford Lectures, dictadas en Oxford en 1948. Dirigido a trazar un cuadro de la sociedad inglesa, el panorama es completa y altamente satisfactorio. Entre los asuntos que analiza se cuentan la vida del rey y de la reina, la situación europea, la política exterior, los papeles jugados por Strafford y por la

reina de Bohemia (hija de Jacobo I), los sectores anglicano y puritano, la minoría católica, las condiciones de la existencia ciudadana, campesina y universitaria, la ciencia y las cuestiones navales. El libro se completa con una bibliografía y un índice alfabético.

Jaime Rest

#### HISTORIA CONTEMPORANEA

Venturi, Franco. Il populismo russo. Torino, Einaudi, 1952. 1200 p.

El autor - que nos ha dado ya obras sustanciales sobre Diderot y los origenes de la Enciclopedia- conoce admirablemente el pasado ruso, ha podido además hacer búsquedas personales en bibliotecas y archivos de Rusia; estaba así en excelentes condiciones para trazar una historia del populismo. El período aquí estudiado va desde los origenes al atentado en que pierde la vida Alejandro II (1881); las complejas inspiraciones que llevaron a una parte de la élite rusa, por un lado a "ir hacia el pueblo", por otro a la acción política entendida como acción terrorista, son seguidas aquí pacientemente, cuidando de que no escape nada de su riqueza o de sus ambigüedades.

Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse. V. Livre I: L'Allemagne et la Pologne. Les petites puissances de l'Europe. (Juin 1937, mars 1939). Paris, Plon, 1954, 667 p.

En este volumen continúan publicándose los papeles de la diplomacia alemana, capturados por los aliados al terminar la guerra. Aquí se reproducen los referentes a Polonia, países bálticos y balcánicos, países nórdicos, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Particularmente interesantes los referentes a la administración de Danzig.

Tulio Halperin Donghi

#### HISTORIA AMERICANA COLONIAL

Bataillon, Marcel. Etapas de una leyenda. Los "caballeros pardos" de Las Casas. (La Torre, Revista de la Universidad de Puerto Rico, año I, nº 4, pp. 41-63, oct.-dic. 1953).

En este estudio es examinada la tradición que quiere que Las Casas haya emprendido la colonización del Cumaná con rústicos castellanos, esperanzados en alcanzar el título de caballeros. La idílica tentativa, según el relato, fracasa ante la resistencia de los indígenas de Cumaná. La tradición proviene de Oviedo, resuena en Gomara, tiene su eco en las Elegías de Castellanos, que traza un cuadro lleno de pormenores realistas. Prosificado por Gutiérrez de Santa Clara, el relato, de una impresionante riqueza de detalles, se transforma en "fuente privilegiada" para el estudio del episodio. Lamentablemente, gracias a la fe depositada en Gutiérrez de Santa Clara, sigue otorgandosela a los hechos narrados por primera vez por Oviedo. Y la narración, que Oviedo proporciona sin hacerse responsable de su exactitud es legendaria. Concluye Bataillon observando muy justamente que "toda la sucesión de los planes y de las empresas de Las Casas entre 1516 y 1521 debe someterse a un análisis nuevo si quiere captarse en su complejidad el pensamiento práctico del clérigo". Y a la vez alcanzarse una imagen más rica y más exacta del obispo de Chiapa, una imagen que Bataillon viene esbozando a través de varios escritos con trazos leves y admirablemente seguros. Este estudio penetrante es parte de esa tarea indispensable.

Tulio Halperin Donghi

Del Carril, Bonifacio. Los Mendoza. Los Mendoza en España y en América en el siglo XV y en la primera mitad del siglo XVI. Comprobaciones sobre la genealogía de don Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires. Buenos Aires, Emecé, 1954. 184 p., 8 lám.

Luego de estudiar brevemente la historia de los Mendoza durante la baja edad media española, personajes de primera magnitud tanto en lo político, militar como en lo literario, Bonifacio del Carril demuestra merced al aporte de nuevas constancias documentales, el parentesco directo del fundador de la ciudad de Buenos Aires con tan ilustrada familia. La prosapia, ahora bien esclarecida, de don Pedro ayuda a comprender el lustre de apellidos que

caracteriza la expedición del primer adelantado del Río de la Plata.

Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires. Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense. Buenos Aires, 1941. 5 v.

Recientemente se han puesto en circulación estos cinco volúmenes de documentos, cuya publicación fué realizada por la Comisión Oficial del IV Centenario de la Fundación de Buenos Aires, en la que le cupo activa participación a Emilio Ravignani, como integrante de dicha comisión y a la vez Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofia y Letras de Buenos Aires, organismo que colaboró técnicamente en esta publicación. El primer volumen, prologado por José Torre Revello compila Memorias y relaciones históricas y geográficas, no sólo del Río de la Plata propiamente dicho, sino también algunas piezas clásicas correspondientes a regiones aledañas. El tomo segundo se refiere a la Expedición de don Pedro de Mendoza: establecimiento y despoblación de Buenos Aires 1530-1572. Los volúmenes III, IV y V reunen numerosas piezas documentales acerca de los Litigios motivados por la expedición de don Pedro de Mendoza. Indudablemente estamos ante una colección documental de alcances y magnitud poco frecuentes en nuestra bibliografía, a la vez que caudalosa en transcripciones impecablemente realizadas de documentos originales. Dentro del ya numeroso repertorio documental referente a estas regiones la presente documentación constituirá, sin dudas, un elemento valioso para conocer el desarrollo de la colonización y de la sociedad de la cuenca del Plata. La Comisión editora, según se desprende de la breve advertencia de Emilio Ravignani en el t. V anunciaba la inclusión dentro de esta colección de una versión definitiva —buena falta hace— de la crónica de Schmidl, y del Paraiso del Nuevo Mundo, de León Pinelo, publicada finalmente en Lima, en 1943, por Raúl Porras Barrenechea, Sin ánimo de entrar en una consideración más analítica de esta serie, así como del criterio que ha guiado a los colectores, quisiéramos indicar, sin embargo, que es lástima

que al pie de los documentos no se haya indicado las anteriores publicaciones realizadas de los mismos, no siendo inéditos, tal como se ha hecho circunstanciadamente con los documentos contenidos en el primer volumen.

Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, v. IX, 1952.

Este grueso volumen contiene los siguientes trabajos: Mata Carriazo, Tres notas remotamente colombinas; Pulido Rubio, Algunas consideraciones sobre unos documentos referentes a Palos, inmediatos al descubrimiento; Luengo Munoz, Inventos para acrecentar la obtención de perlas en América, durante el siglo xvi; Gil Munilla, Diego de Lepe, descubridor del Marañón; Armas Medina, Evolución histórica de las doctrinas de indios; Lohmann Villnea, El corregidor de Lima; Morales Padrón, Canarias y Sevilla en el comercio con América; Rodríguez Casado, La orden de San Francisco y la visita general de reforma de 1769; Céspedes del Castillo, La defensa militar del istmo de Panamá a fines del siglo xvii; y comienzos del xviii; Sánchez Pedrote, Un pleito antioqueño; Manuel Herrero, Notas sobre la ideología del burgués español del siglo xiii; Cruces Pozo, Cualidades militares del virrey Amat; O'Dogherty, La matricula de mar en el reinado de Carlos III; Acevedo, El primer proyecto de navegación del Bermejo; J. Herráez y Sánchez de Escariche, Dos cofradias del Corazón de Jesús en Lima; Hernández Almendros, Un proyecto de colegio magno de misiones en Méjico; Jos. Un capitulo inacabado de historia de la isla Española en 1819-20; Pacheco Vélez, Sobre el monarquismo de San Martín; Gil Munilla, Cuba, problema español 1891-1898; Barras de Aragón, Noticias y documentos de la expedición del conde de Mompox a la isla de Cuba; Pérez Delgado, Aproximación a la poesía de Martí, El Ismaelillo; López Estrada, Datos para la biografía de Rodrigo de Carvajal y Robles; Higinio Capote, La epístola quinta de Juan de la Cueva. El volumen se completa con una nota sobre Bibliografía histórica argentina; 1952. Reseñas críticas y Reseñas bibliográficas. A. Salas

#### HISTORIA AMERICANA INDEPENDIENTE

PACHECO VÉLEZ, CÉSAR. Sobre el

monarquismo de San Martín. (Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, v. IX, pp. 457-80, 1952).

Análisis de la correspondencia cambiada entre el general San Martín y el general Canterac en diciembre de 1821, y que para el autor, citando frase de Belaunde, constituyen otra prueba más de los empeños de San Martín en "consumar la independencia por la reconciliación de España y América". De esta correspondencia, que se publica en apéndice, las cartas de San Martín al jefe español son inéditas.

GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO. Una utopía de América. México, El Colegio de México, 1953. 174 p.

El autor, conocido ya por otras importantes obras, particularmente su valioso estudio "El misoneismo y la modernidad cristiana en el siglo xvIII" (1948), analiza en la monografía que comentamos la personalidad y la obra del ingeniero mexicano Juan Nepomuceno Adorno, "inventor y mecánico, pensador social y autor de utopias". Este curioso personaje, de compleja psicologia, "gigante y enano" a un tiempo, sobre cuyas ideas, además de la perceptible influencia de Fourier, Saint Simon y Owen, en especial del primero, senala González Casanova la para él evidente de "un movimiento industrialista mexicano", de tinte paternalista, pero que de todos modos lo vincula a sectores conservadores y tradicionalistas, cuyas actitudes justifica, en cierta manera, Adorno. En el cap. I, "El hombre moderno en México" traza el autor un panorama ideológico; en el п, "Un hombre práctico del Romanticismo", una biografía, a grandes rasgos del Ing. Adorno, algunos de cuyos inventos: vehículos blindados, fusiles de repetición, métodos de construcción antisísmicos, etc., concebidos para grandes fines, son irrealizables, por no haber considerado su autor factores elementales. Veamos un ejemplo gráfico: propone Adorno el establecimiento de un molino harinero moderno dentro de los límites de la ciudad de México para, de ese modo, evitar que acontecimientos políticos o militares puedan dejar, en un momento dado, a la urbe sin ese artículo de primera necesidad. Además de otras objeciones que se le hicieron al plan y demostraron su absoluta inconsistencia, hay una que nos parece elemental e irrefutable: "¿Cómo podría evitar un molino establecido en la ciudad que las mismas causas que impedían la introducción de la harina impidieran la introducción del trigo?" Completa el volumen un "Apéndice" que contiene "El remoto porvenir" del mismo Adorno.

G. Weinberg

Celesia, Ernesto H. Rosas; aportes para su historia. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1954. 508 p., 18 facsimiles.

Juan Manuel de Rosas, como ningún otro personaje de la historia argentina, sigue suscitando la polémica y la pasión. Difícil será ante él un enfoque más sereno y objetivo como el que proponen y permiten otros temas de historia, ya que implica ideas y tendencias políticas decididamente vivas aún, incluso hasta en simples detalles de ejecución. La reciente obra de Celesia es decididamente antirrosista, ya que su autor, sin proponerse una consideración total de la figura -tal como lo expresa convenientemente su título- sólo se ocupa de algunos aspectos evidentemente negativos. Celesia, al analizar circunstancias de la vida de Rosas, desde las primeras etapas de su actuación militar y política hasta la Revolución de los Restauradores, en los nueve capítulos en que ha dividido la obra, procura la rectificación de algunos conceptos divulgadamente favorables al protagonista. Así, por ejemplo, presta especial atención a su participación en las Invasiones Inglesas -nula en la segunda-, a su escasa actuación militar, a su desinterés en lo que respecta a la donación de sus sueldos, y en general a la generosidad, que según la bibliografía apologética, demostró durante su primer gobierno así como en el transcurso de la Expedición al Desierto. El Capítulo IV contiene un análisis más detenido de la actitud de Rosas frente al atropello de la soberanía argentina cometido por el marino francés Venancourt contra naves argentinas, atropello que en ese momento favoreció al ejército sitiador de Buenos Aires, y que al merecer la aprobación de Rosas allana su conducta, en contraste con actitudes posteriores, con la que los unitarios observarían años más tarde. Los Capítulos V y VI son dedi-

cados al análisis del gobierno de Rosas, de manera particular a las facultades extraordinarias y al uso que de ellas hizo el gobernador, y a su primera renuncia en enero de 1832. El autor insiste en el uso que hace de las facultades extraordinarias el gobernador, precisamente cuando el peligro unitario desaparecia conjuntamente con la prisión del general Paz, culminando con una mayor intolerancia política, la imposición del distintivo federal, que es equiparado con los colores nacionales. Luego de considerar la actitud de Rosas al producirse la prisión de Paz, oponiéndose a que fuera Rosas quien precisamente hubiera salvado la vida del prisionero, en los capítulos VII a IX estudia algunos aspectos de la Campaña al Desierto, y muy particularmente su acción política durante el gobierno de Balcarce. Esta última parte, sin lugar a dudas la mejor lograda como exposición de un proceso histórico, pone en evidencia con minucia y detalle la hábil acción política ejercida por Rosas desde su campamento sobre la ciudad de Buenos Aires, acción que dará sus frutos en las jornadas de octubre y noviembre, que eliminan a los federales liberales. Surge de la compulsa documental, principalmente de una decisiva correspondencia, la fina trama tejida sin impaciencias, las directivas de una propaganda política, de tipo personal, que nada tiene que envidiar a la moderna conducción demagógica de las masas, ni siquiera el uso oportuno de slogans. En síntesis, el libro de Celesia, desembozadamente antirrosista, señala con precisión y claridad la marcha de Rosas hacia la tirania, que ha de manifestarse con crudeza inmediatamente después de la muerte de Quiroga. La obra está complementada con un rico apéndice documental.

Page, Thomas J. La Confederación Argentina. Traducción de Juan Francisco Seguí Wesley. Prólogo y notas de Manuel E. Macchi. Paraná (Entre Ríos, Rep. Argentina), Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Museo y Monumento Nacional "Justo José de Urquiza", 1954. 114 p., 8 lám. (Serie III, nº 4). El Museo y Monumento Nacional "Justo José de Urquiza" inicia con este fascículo la publicación en traducción castellana de la obra de Thomas J. Page, viajero y comisionado norteamericano que recorrió buena parte de nuestro país y del Paraguay entre los años de 1853-1856 y 1859-1860. La presente publicación comprende los cinco primeros capítulos, referidos a la descripción de la mesopotamia argentina, acerca de cuyas condiciones geográficas, costumbres y sucesos históricos nos proporciona excelentes datos. Esperamos que los editores puedan completar a la brevedad la traducción de esta obra, aunque es de lamentar que hayan resuelto, según se expresa en el prologo, eliminar la parte descriptiva correspondiente al Paraguay.

Alberto Salas

#### HISTORIA DE LAS IDEAS SOCIALES

GOODWIN, MICHAEL (ed.), Nineteenth-Century Opinion. Harmondsworth, Penguin Books, 1951. 283 páginas.

Bien podría subtitularse esta compilación "textos y documentos para el estudio de la sociedad inglesa en el último cuarto del siglo x1x". El editor ha seleccionado de los primeros cincuenta volúmenes de la revista The Nineteenth Century los articulos de mayor interés, en muchos casos de los más autorizados escritores de la época. El material ha sido distribuído bajo los siguientes encabezamientos: 1) La conciencia social; 2) Emancipación femenina; 3) Controversia religiosa: a) lo cognoscible y otros asuntos, b) religión y moral, c) el alma y la vida futura; 4) El gusto público; 5) La idea de gobierno; 6) El imperialismo británico.

Jaime Rest

American Sociological Review. Official Journal of the American Sociological Society. Washington, v. XIX, no 2, april, 1954.

Leonard Broom, The social differentiation of Jamaica; Noel P. Gist, Caste differentials in South India; Frank F. Lee, Race relations pattern in a small town; Joseph Golden, Patterns of negro-white intermarriage; John Hajnal, Differential changes in marriage patterns; Robert H. Guest, Work careers and aspirations of automobile workers; J. W. Getzels and E. G. Guba, Role, role conflict, and effectiveness; S. M. Eisenstadt, Reference group behavior and social integration; Duncan MacRae, Jr., The role of the state legislator in Massachusetts; Homer L. Hitt, Population change among the aged; Joel Smith, A method for the classification of areas. Notes on research. Official reports. Book reviews.

The American Journal of Sociology. Chicago, Illinois, v. LIX, no 6, may, 1954.

Reinhard Bendix, Social theory and social action in the sociology of Louis Wirth; Peter M. Blau, Co-operation and competition in a bureaucracy; Thomas Ford Hoult, Research note on the hypotesis of median location; Bernard C. Kirby, Parole prediction using multiple correlation; Svend Riemer, Premises in sociological inquiry; William Bruce Cameron and Thomas C. McCormick, Concepts of security and insecurity; John C. McKinney, Methodological convergence of Mead, Lundberg, and Parsons. Letters to the editor. News and notes. Book reviews. Current books.

Lydia A. de Newark

BARKER, W. P. The English village. London, Oxford University Press, 1953. 232 p.

La villa, la pequeña villa inglesa de nuestros días, es el tema del libro. Atiende primeramente a la parte física vinculada a ella, tamaño, disposición, forma, para pasar luego a la estructura vital e institucional. Examina muy detenidamente la vida e instituciones religiosas, las escuelas, las relaciones sociales, en fin, que hacen de la villa una comunidad. Acompaña un repertorio bibliográfico sobre el tema.

Scott, Jerome F. y Lynton, R. P. Le progrès technique et l'integration sociale. Paris, Unesco, 1953. (Evolution technique et tensions sociales).

Estudio efectuado por dos especialistas designados por la Unesco, que elaboran los materiales informativos con-

tenidos en doce encuestas cursadas a seis países (Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Italia, Suecia y Suiza), en las que se consultaba a miembros de instituciones especializadas sobre "el rol de la técnica moderna en la formación de actitudes colectivas y en las relaciones entre los pueblos". Consta de las siguientes partes: Introducción: 1) Las discordancias de la sociedad industrial; 2) Estudio de doce empresas europeas; 3) Proceso de mantenimiento y de formación de comunidades: estudio de dos casos particulares; 4) Las satisfacciones ofrecidas por el trabajo industrial; 5) Las encuestas: objeto y métodos; 6) Conclusión. La contribución que significa esta obra para la comprensión de los problemas derivados de los desajustes de nuestra civilización industrial es muy valiosa. No se trata por cierto de un trabajo teórico, por el contrario, las conclusiones proceden de un conjunto fáctico muy bien seleccionado y expresivo para la tipificación de las formas concretas por las que el progreso técnico favorece o destruye la integración social en la sociedad industrial de nuestros días.

Watson, Hugh Seton. The pattern of communist revolution; a historical analysis. London, Methuen, 1953. 393 p.

Estudio de las circunstancias sociales que favorecen la acción del comunismo como fuerza revolucionaria. Siguiendo este propósito el autor se detiene a examinar la historia de la revolución comunista en Rusia, muy especialmente, y en las demás áreas donde se ha hecho sentir la acción revolucionaria del comunismo, Europa Oriental y el Sudoeste de Asia. Hay referencias bibliográficas.

Bulletin International des Sciences Sociales. v. IV, nº 3, 1952. (Número especial: Documents relatifs à l'Amérique latine).

Este número de la conocida publicación de la *Unesco* ha sido íntegramente dedicado a pasar revista al estado de desarrollo de las ciencias sociales en la América Latina. Se ha reunido con ese motivo amplia y valiosa inforción que trasciende su objeto, pues llega a interesar no solamente al especializado en estas disciplinas sino a

cuantos se interesan por los problemas culturales de este sector continental. Consta de: I. Las Ciencias Sociales en América Latina, que se compone de los siguientes artículos: Introducción, por P. de Berredo Carneiro; La contribución de las ciencias sociales al estudio y a la solución de los problemas sociales, por Robert C. Jones; El problema negro en América Latina, por Roger Bastide; Las tensiones sociales de carácter racial y cultural en América Latina, por Lucio Mendieta y Núñez; La antropología cultural y la educación de base en América Latina, por Juan Comas; La importancia de la sociología para la solución de los problemas culturales, políticos y económicos latinoamericanos en el siglo xx, por Alfredo Poviña. II. La organización en el dominio de las ciencias sociales. Crónica de las actividades en este campo de la O. E.A. y de algunos institutos de estudio. III. Documentos y bibliografías relativos a la América Latina. Bibliografía anotada de las principales publicaciones de la UN y de sus institutos especializados. Periódicos de ciencias sociales publicados en América Latina, o relativos a ella, incluyendo una nómina de los especializados en bibliografía. IV. La UN, las instituciones especializadas y las ciencias sociales.

Jorge Graciarena

#### HISTORIA DE LAS IDEAS ECONOMICAS

Mc. CLEARY, G. F. The Malthusian population theory. London, Faber and Faber, 1953. 192 p.

El autor, especialista en la obra de Malthus sobre la que ya ha publicado varios trabajos, escribe para replantear las teorías malthusianas en momentos que ofrecen una actualidad dramática, ofreciendo un cuadro coherente y fácilmente asequible de sus principales supuestos. Tiene referencias bibliográficas.

GLASS, D. V. (ed.). Introduction to Malthus. London, Watts, 1953. 215 p.

Reimpresión de dos ensayos de Malthus A summary view of the principle of population de 1830, y sus Letter to Samuel Whitbread de 1807, reunidas por D. V. Glass y otros colaboradores de la London School of Economics, quienes firman una introducción sobre la obra de Malthus y sus proyecciones. La publicación de estos ensayos reviste importancia puesto que en ellos Malthus se adelanta a rechazar apresuradas refutaciones a su Essay on the principle of population. Cuenta con referencias bibliográficas.

Jorge Graciarena

#### HISTORIA DE LAS LITERATURAS CLASICAS

Paratore, Ettore. Tacito. Milano, Instituto editoriale cisalpino, 1951. 850 p., 4.000 liras.

Sostiene Paratore que nada nuevo es posible decir sobre el Tácito psicólogo y el Tácito historiador. Pero esto no es cosa que deba importarnos mucho, ya que el Tácito esencial es el político. Las finalidades del libro son las de analizar las variaciones de su pensamiento político, que no evoluciona necesariamente según un progreso continuo. El verdadero semblante de Tácito es el de un pensador político que medita y se atormenta por la existencia y el destino de Roma. El Diálogo de los oradores queda eliminado del análisis que Paratore hace de las obras de Tácito (el verdadero autor del Diálogo, sostiene, no es Tácito sino Octavius Titinius Capito).

Castorina, Emmanuele. L'Atticismo nell'evoluzione del pensiero di Cicerone. Catania, Giannotta. 1952. 302 p.

La tesis que esta obra sustenta es la de que Cicerón, cuya tendencia natural lo llevaba a la elocuencia exuberante de tipo oriental, se esforzó por refrenarla durante los años de su juventud, oponiéndole con severidad el ejemplo de los modelos áticos. Al llegar a la madurez, en cambio, dió libre curso a esa abundancia de elocución, para luego, llegada la vejez, esforzarse por practicar un aticismo moderado. El autor analiza con mucha penetración las causas y las influencias que determinaron esas preferencias, así como su proyección en las obras de esos tres períodos.

DUCKWORTH, GEORGE E. The nature of Roman comedy: a study in popular entertainment. Princeton, Princenton University Press, 1952. 501 p., 8 lám., 7,50 U\$S.

El criterio que preside este utilísimo libro es tanto el de la historia como el del companion. Constituye una suma de todo cuanto sabemos acerca de la comedia en Roma. El autor analiza el influjo de la Comedia nueva y el de la comedia romana preliteraria sobre Plauto y Terencio. Discute luego el problema de las atribuciones para las obras de estos últimos, así como los que promueve la cronología de las mismas. Junto a la parte histórica se va desarrollando todo el análisis estético, social, moral y filosófico de la comedia romana (condiciones materiales y técnicas del teatro, temas, composición, caracteres, ideas sociales, comicidad, obscuridad, estilística, etc.). El penúltimo capítulo se refiere a la originalidad de la comedia romana (Plauto, por quien el autor declara sus preferencias, es un artista original que ha ido desarrollando y madurando su técnica). El capítulo final trata de la influencia de Plauto y Terencio sobre la comedia moderna. Hay un apéndice de manuscritos y ediciones, así como una amplisima bibliografía.

Carlos A. Fayard

#### HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA

Guiraud, Pierre. Langage et versification d'après l'oeuvre de Paul Valéry. Paris, Klincksieck, 1953. 240 p. (Collection linguistique publiée par la Société Linguistique de Paris).

Esta obra consta de una introducción y dos partes. En la primera, cuyo título general es Los sonidos, el autor estudia el metro, el ritmo, la armonía y la rima, y en la segunda, Las palabras, estudia el sonido y el sentido, el vocabulario, la extensión del sentido y la sintaxis, concluyendo la obra con un capítulo sobre la poética de Valéry y una extensa bibliografía. En la introducción, el autor sienta el principio de que los problemas de la versificación

y del lenguaje pasan a ocupar el primer plano a partir de la generación simbolista, y que todos los movimientos estéticos han sido tentativas para definir una técnica partiendo de consideraciones objetivas sobre la finalidad y los medios del arte. Muchas de las obras publicadas a partir de setenta años atrás responden a un gusto del público por esos temas: gusto por el documento, por el esbozo, deseo de seguir al creador en el acto de la creación. En la parte final dedicada a la poética de Valéry y dividida en tres capítulos, Fabricación, Inspiración, Conclusión, el autor considera que la obra maestra de la poética de Valéry es su teoría de la "fabricación" poética de la inspiración, La poesía es una transmutación de lo real por la cual la imaginación opera una transferencia de la inteligencia a la sensibilidad y de la sensibilidad a la inteligencia y rehace en nosotros la unidad de la conciencia. Ahora bien, la inteligencia de Valéry está fuera de lo común y su sensibilidad es muy viva, pero posee una imaginación bastante pobre. Valéry es para M. Guiraud un sensual y un voluptuoso desprovisto por naturaleza y por elección de ese don de "videncia" que hace a los grandes poetas. Su drama ha sido el conflicto entre el espíritu y la sensibilidad. En la conclusión, el autor analiza las razones por las cuales coloca a Valéry entre los más grandes poetas de la lengua francesa al lado de Ronsard. Racine, Hugo y Baudelaire. El análisis lúcido que ha hecho de los problemas de la poética (aventura cartesiana, según M. Guiraud) habrá influenciado profundamente a nuestra época. Su obra constituye un balance de la experiencia simbolista, cincuenta años de meditación sobre la poesía, un análisis sin precedente sobre la finalidad y los medios del arte, que nos han conducido a una lúcida conciencia de los límites del verso clásico. Es al mismo tiempo la solución más original que nuestro tiempo haya aportado respecto a ese problema.

María Luisa Sonmaruga

#### HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

WILSON, EDMUND. The wound and the bow; seven studies in literature. London, W. H. Allen, 1952. 264 p. Edmund Wilson, uno de los más destacados críticos norteamericanos del presente, nació en Nueva Jersey en 1895. Graduado en Princeton en 1916. luego de la la Guerra Mundial desempeñó cargos en las redacciones de Vanity Fair y de The New Republic y colaboró en la sección de crítica de The New Yorker. Después de la aparición, en 1931, de su libro Axel's castle (donde estudiaba aspectos de la experimentación creativa en la literatura reciente) alcanzó considerable renombre en Europa. Sus apreciaciones sobre el *Ulysses* de Joyce y sobre los poemas de Eliot del período de The waste land fijaron la orientación generalmente seguida para encarar estas obras. De los siete ensayos en The wound an the bow, dos cubren más de la mitad del volumen; uno, "Dickens: the two Scrooges", ha sido considerado como la apreciación que, juntamente con la de George Orwell, es de indispensable lectura para comprender a Dickens: el segundo ensayo extenso es "The Kipling that nobody read", sobre un autor cuya popularidad sobrevive cuando todas las ideas que le fueron atribuídas parecen defitivamente desacreditadas. Los restantes estudios en The wound and the bow están dedicados a Casanova, Edith Wharton, Hemingway, el Finnegans Wake de Joyce y el Filoctetes de Sófocles. The wound and the bow apareció por vez primera en 1941. La presente es una edición revisada.

STEINBERG, S. H. (ed.). Cassell's encyclopaedia of literature. London, Casell, 1953. 2 v.

El crítico de lengua castellana no puede menos que contemplar nostálgicamente estas admirables enciclopedias literarias inglesas, que de tanto en tanto aparecen. No sólo son escasas en nuestra lengua sino que las pocas que en ella circulan se resienten por el criterio ecitorial o, lo que es peor, por la inexactitud de las noticias. Recordar, por ejemplo, los trabajos de Sir Paul Harvey es siempre placentero. Sus dos Oxford companions, el de literatura inglesa y el clásico, son admirables: y el resumen del primero, The concise Oxford dictionary of English literature, un modelo en sus dimensiones. Digno de la mejor tradición de enciclopedismo literario es esta nueva contribución. Anotar las omisiones, que sin duda las hay, sería dejar una impresión equivocada que ignoraría la vasta -casi inmensa- información agrupada en estas 2.086 páginas. La obra comprende tres partes fundamentales: 1) terminología literaria, 2) autores anteriores a 1914, 3) autores del siglo xx. Indiquemos algunos articulos: crítica de T. J. B. Spencer, traducción del Dr. Rieu, biografía de André Maurois, tragedia del profesor Kitto, Glynne Wickam y G. R. Rowell, nonsense de E. V. Knox, prosodia del Dr. Onions, crítica textual de J. C. Marwell, y exposiciones sobre las literaturas de distintas lenguas antiguas y modernas. No nos sería posible hacer justicia a todos los colaboradores -217 en total- mencionándolos o citando sus especialidades. La obra es utilisima; la presentación gráfica inobjetable.

BOTTRALL, MARGARET, George Herbert, London, John Murray, 1954, 154 p.

Por su indole, la obra de Herbert se relaciona estrechamente con el movi miento de poesía llamada metafísica que florece en la primera mitad de siglo xvII en Inglaterra. Circunstancias biográficas han favorecido el acercamiento de Herbert y Donne, Sin emhargo hay una evidencia indiscutible de diferencias poéticas. Herbert se distingue de Donne por una cualidad que tal vez inadvertidamente reconocieron los críticos románticos, Coleridge y Wordsworth, cuando al juzgarlo o al utilizar como epigrafe alguno de sus versos le favorecieron con una distinción que no estaban dispuestos a conferir a Donne, al que -dejándose atraer por las opiniones de Jonsoncalificaban de extravagante y caprichoso. Con el reciente "descubrimiento" de la poesía metafísica, también Herbert se benefició, pero -creemos- de manera un tanto refleja, porque, en todo caso, su producción no es agónica en el sentido unamunesco, por su conflicto entre la carne y el espíritu, la fe y el escepticismo. Herbert es quieto, transparente, humilde, por oposición al inevitable orgullo de Donne. Su fervor religioso es puro, y ninguna piedad más sincera que la de su pequeño poema eucarístico "Love bade me welcome" ("un poema perfecto", escribe

Herbert, a todo esto, ministro de la Iglesia de Inglaterra y miembro muy adicto de su sector anglicano; su ministerio fué, sin embargo, muy breve: ordenado en 1630, a los 37 años, murió en 1633. Su obra esencialmente se reparte entre la colección de su poesía sagrada, The Temple, y su hermoso manual del párroco de campaña, A priest to the temple. Sabía Herbert ser "conceptista" como el mejor de los metafísicos; es decir: capaz de asociar atrevidamente ideas dispares; pero buena parte -y probablemente la mejor-de su poesía deja una impresión de sencillez y claridad, como si un conjuro suspendiera la temporalidad. Además -y esta observación de Mrs. Bottrall es fundamental- las analogías de Herbert surgen no de la creencia que tenía Donne de que el mundo es contradictorio, sino de una convicción de armonía. En Donne la poesía es bella y osada celebración -aun en su lamento- de lo transitorio; en Herbert es proyección hacia lo eterno de la fe. El sentido metafórico de Herbert, en todo caso, se acerca más al que agudamente señala Dámaso Alonso en el Pastorcito de San Juan de la Cruz; es ascendente; pasa del significado literal a un valor figurado más alto; va de menor a mayor. Esto, en Herbert, adquiere la entonación de un lirismo incontaminado; en tanto las analogías de Donne, complejidad y paradoja, tienen el ardor vibrante de la existencia inmediata. Nos hemos detenido en este punto porque nos parece una distinción esencial. El estudio de Mrs. Bottrall, que no pretende ser demasiado novedoso ni excesivamente brillante, es, no obstante, muy afortunado y útil, Y al señalar las semejanzas de procedimiento de Donne y Herbert, semejanzas que arraigan en los rasgos generales del movimiento poético al que pertenecen, y al mismo tiempo indicar las radicales diferencias que los separan, nos deja con la justa sensación de la considerable latitud que posee este fenómeno admirable que fué la poesía metafisica.

Simone Weil en sus Cahiers). Fué

Van Doren, Mark. Shakespeare. New York, Doubleday & Co., 1953, 302 p. (Anchor Books).

Afortunada ha sido la elección que llevó a los editores de Anchor Books a incluir el presente estudio en esta popu-

lar -aunque nueva- colección de obras de mérito a precios relativamente económicos. Por lo mismo que es representativo, el trabajo del profesor Van Doren ejemplifica adecuadamente las notas peculiares de la crítica shakespeariana. Admirables investigaciones sobre obras o puntos determinados de exégesis shakespeariana se han hecho: por ejemplo, los extensos prólogos de Granville-Barker, lo más completo sobre Shakespeare en general y sobre la teatralidad de sus piezas en particular; o la reiterada indagación de Caroline Spurgeon sobre sus imágenes. También han sido compuestos trabajos comprensivos muy completos, como el impresionante repertorio biográfico de Chambers y el Companion editado por Granville-Barker y G. B. Harrison (traducido al castellano: Introducción a Shakespeare, Buenos Aires, Emecé, 1952). Pero las visiones panorámicas de Shakespeare emprendidas por autores individuales desde un ángulo novedoso y personal generalmente pertenecen a dos categorías bien definidas: las que dan un cuadro coherente de toda la obra, ajustándose a un argumento sostenido pero parcial, y las que han sacrificado la continuidad en beneficio de un plan variado, que a menudo amenaza con fragmentarse en observaciones y apuntes marginales a la lectura misma de Shakespeare. De esto último hay mucho en las célebres notas de Coleridge sobre las distintas piezas. Y aunque el profesor Van Doren explícita e implícitamente prefiere la crítica johnsoniana a la romántica, sin embargo su procedimiento, al dedicar un breve comentario a cada obra por separado, se parece al de Coleridge. Este criterio tiene la desventaja de no proponerse la consideración objetiva -casi filológica- que desea aquel lector que busca una orientación ortodoxa y fundamental para interpretar a Shakespeare sin vasta erudición y estudio reiterado. Parecería que la amplitud de Shakespeare lo hace presa imposible para un crítico aislado; cuanto puede darnos cada uno es un conjunto de observaciones originales, intuiciones agudas y comentarios reveladores. Queda al lector reconfigurar todos estos elementos en su propia experiencia de Shakespeare. Van Doren, como Dover Wilson, Rylands, Wilson Knight v otros, en la imposibilidad de darnos entero al hombre de mentalidad múltiple (según la calificación de Cole-

ridge), nos ofrece, en cambio, comentarios muy interesantes acerca de algunos rasgos destacados del autor que tal vez fué, él mismo, un Próspero, cuya magia preservan sus creaciones artísticas. De esta bella obra que es La Tempestad, el profesor Van Doren observa, en páginas tan penetrantes como gratas, la fascinación de su misterio y la atracción -acaso inevitable- que, en consecuencia, ejerce sobre nosotros su esquivo significado. Estas apreciaciones ponen de manifiesto una comprensión inteligente e indudable que el crítico sabe trasmitir al lector. Y ésta es virtud nada despreciable. Sobre Mark Van Doren: en 1894 nació en Illinois, en cuya universidad y la de Columbia estudió. Es miembro de esta última desde 1920. Ha escrito sobre Thoreau, Dryden, Edward Arlington Robinson, Hawthorne y (en colaboración con el muy lamentado Theodore Spencer) un repertorio de Studies in Metaphysical Poetry. La edición original de Shakespeare apareció en 1939.

Jaime Rest

Paris, Jean. Hamlet ou les personnages du fils. Paris, Éditions du Seuil, 1953. 190 p.

En este ensayo M. Jean Paris ha utilizado los recursos de la crítica contemporánea para desentranar en Hamlet, más que un misterio psicológico, una filosofía de lo trágico, de la historia, del hombre y de la naturaleza, es decir, un símbolo del Universo. Sitúa a Hamlet en su medio histórico entre la agonía de la fe medieval y los primeros sistemas de los tiempos modernos. Consta de tres partes. En la primera que titula Introducción, analiza el derrumbe de la Edad Media bajo sus tres demoledores: Copérnico en el orden geocéntrico, Montaigne en el orden moral y Maquiavelo en el orden politico, para sacar a luz el tema del hombre ante el cosmos, ante su propia conciencia y ante la sociedad, que es el tema de la tragedia de Hamlet. Entre la nostalgia de la unidad perdida y la creciente amenaza de caos, el drama se nos aparece como un supremo esfuerzo del hombre para recobrar su poder de afirmación. Expresión de una transición mítica espiritual y social entre la muerte de una civilización y el nacimiento de otra, Hamlet impone el

problema de esa metamorfosis en el problema de la sucesión. Interpreta el drama entero como una afirmación dialéctica del Hijo contra el Padre, y ve en Hamlet, Laertes, Fortinbras los tres avatares de un único personaje. Estima que la originalidad de Shakespeare estriba en el hecho de que las estructuras de sus dramas no evolucionan en función de sus personajes, sino por el contrario son sus personajes quienes evolucionan en función de las estructuras. En sus dos partes, El Reino y El Principe responde a la pregunta: ¿Cuál es la concepción shakespeariana de la historia y cuál es la concepción shakespeariana de la persona? A través del análisis de sus otras obras, llega el autor a la conclusión que la Historia nace de la "anarquía que se organiza" y que el mundo histórico es el lugar de corrupción de los seres. En la medida en que sus piezas representan una evolución fatal hacia la libertad, Shakespeare coincide con Hegel en su concepción de aquella como conocimiento. Hamlet escapa a esa ley común y representa un caso único en ese teatro en el que la concepción del hombre permanece ligada a la de la creación, lo que lo opone fundamentalmente al teatro de Racine.

Maria Luisa Sonmaruga

#### HISTORIA DE LA FILOSOFIA

WERNER, CHARLES. La philosophie moderne. Paris, Payot, 1954. (Bibliothèque Scientifique).

Aunque obra de exposición en lo fundamental, no abarca el panorama completo de la filosofía moderna, sino solamente algunos de los principales representantes de cada una de sus grandes etapas. En cambio, la Introducción expone el pensamiento del Evangelio y la teología de San Pablo, y la primera parte los dos grandes sistemas de la filosofía cristiana (San Agustín y Santo Tomás), para mostrar cómo el Cristianismo proporcionó a la filosofía moderna un principio de subjetivismo que la diferencia profundamente de la filosofía griega, por el predominio del hombre sobre el universo, del sujeto pensante sobre el objeto conocido. En la segunda parte se estudia la renovación de la metafísica, iniciada por Descartes y proseguida por Malebran-

che, Spinoza y Leibniz. El pensamiento de Kant y Hegel - "la filosofía de la razón"— es el objeto de la tercera parte, en la que también se incluye un capitulo sobre la izquierda hegeliana: Feuerbach y Marx. La cuarta parte analiza la reacción contra el racionalismo a través del estudio de Schopenhauer, Nietzsche, Bergson y la filosofía existencial (Kierkegaard, Heidegger y Sartre). Al tratamiento de cada pensador precede una nota biobibliográfica, y al fin de cada exposición agrega el autor sus reflexiones críticas. En la Conclusión, tras considerar en bloque la concepción moderna del universo, establece Werner como tarea actual de la filosofía "desarrollar una teoría completa de la libertad, por la cual el hombre aparecerá como el mediador entre la naturaleza y Dios".

Schneider, Friedrick. Philosophie der Gegenwart. Basel, Ernst Reinhardt, 1953. 75 p. (Wissen und Glauben).

En los tres primeros capítulos de esta exposición de la filosofía contemporánea se agrupan tendencias del pensamiento actual bajo el signo de un aserto de Fritz Heinemann: las etapas de la filosofía moderna desde Descartes se dejan representar por tres palabras: espíritu, vida, existencia. Así, el capítulo primero (La filosofía del espíritu) bosqueja la situación creada por las Criticas kantianas. El segundo (La filosofía de la vida) tiene por objeto a Feuerbach, Nietzsche, Schopenhauer, Klages, Rehmke, etc.; tanto en éste como en el primero, la tendencia estudiada se considera a la luz de su aporte a las diferentes disciplinas: teoría del conocimiento, ontología, filosofía de la religión, etc. El tercer capítulo (La filosofia como existencia), está dedicado a Heidegger, Jaspers y Sartre. El cuarto y último, que abarca tanta extensión como los tres primeros, se titula La filosofía y la investigación filosófica del presente.

J. C. Torchia Estrada

The Philosophical Review. Ithaca, New York, v. LXIII, no 2, april, 1954.

C. D. Broad, Berkeley's denial of material substance; Everett J. Nelson, The verification theory of meaning; C. I. Lewis, A comment; Wilfrid Sellars, Presupposing; P. F. Strawson, A reply to Mr. Sellars discussion. Reviews of books. Books received. Notes.

Ideas y Valores, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Bogotá, nº 7 y 8, 1953.

Luis Rosales Camacho, Adolescencia, libertad, temporalidad; Eugen Fink, El análisis intencional y el problema del pensamiento especulativo; María Eugenia Valentié, Lo social y lo absorto en el pensamiento de Simone Weil; Martín Heidegger, La cosa; Trabajos de seminario; Textos clásicos; Vida de la filosofía.

Lydia A. de Newark

#### TEORIA E HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFIA

Collingwood, R. G. Autobiografía. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

El estudioso de la Britannia romana, el investigador de las posibilidades y las características del pensamiento histórico, reseña aquí su propia trayectoria espiritual, en un enfoque que ha sido muy justamente vinculado con el del Contributo alla critica di me stesso, de Croce. Pero es probable que lo que interese al lector en estas páginas no sea lo que tienen de común con el Contributo, ni tampoco lo que movió a Collingwood a escribirlas. Se refleja en ellas un modo de formación sólo pensable en Inglaterra, una severa disciplina escolar unida a unos estudios muy laxos y desperdigados (el arqueólogo se forma en sus vacaciones, durante el año prepara filología clásica y lee libremente a los filósofos modernos). Esto, de lo que se nos informa sólo saltuariamente, interesa acaso más que la claboración del pensamiento de Collingwood a través de una polémica con el "realismo" entonces dominante en Oxford. Este ilustre linaje filosófico, el de Russell y Whitehead, es visto aquí sobre todo en sus aspectos menos valiosos. Y no con injusticia, porque sobre todo con ellos (en primer lugar con la ceguera de los realistas para lo histórico) debió enfrentarse este historiador deseoso de entender mejor su propia tarea. A través de esa oposición polémica fué elaborando Collingwood su propio pensamiento, respuesta concreta a los concretos problemas que su labor le planteaba, ese pensamiento, que permanece apegado a esos mismos problemas, algunos de vasto alcance, otros bastante circunstanciales, no constituye sin duda una filosofía, pero esboza al menos sus líneas maestras. Aquí también se halla Collingwood muy cerca de Croce, aunque se aparta a veces de él, y no siempre con felicidad (así en el problema de la vinculación entre juicio ético y juicio histórico, planteado en forma en exceso confusa bajo la apariencia de una opción sencilla y perentoria entre historia moral y amoral). A este ensayo filosófico sigue una incursión por la actualidad política: Collingwood se proclama desencantado del régimen parlamentario británico, y no oculta sus simpatías hacia el socialismo, Actitud más valiosa éticamente que políticamente coherente: este renovador permanece muy apegado al pasado: para él la decadencia del parlamentarismo liberal comenzó hacia 1890, en que se inaugura el reinado de una descarada demagogia. Que eso se vinculaba con la efectiva democratización del régimen es cosa que a Collingwood no se le ocurre. Detalle que permite advertir a la vez los límites y el sentido del socialismo de Collingwood.

Tulio Halperin Donghi

#### HISTORIA DE LA EDUCACION

Breves ensayos sobre universidades. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, Departamento de Extensión Cultural, 1953. 233 p.

La Universidad de Chile, por intermedio del Departamento de Extensión Cultural y la Comisión Organizadora del Segundo Congreso Universitario y Primera Asamblea de la Unión de Universidades Latinoamericanas, que se efectuó a fines del año pasado en Santiago, dispuso la realización de un ciclo de conferencias sobre el tema "¿Qué es la Universidad?". Esos trabajos han sido reunidos en el presente volumen donde se exponen, por diferentes autores, junto a los problemas teóricos, importantes desarrollos históricos de la

evolución de las universidades. Comprende los siguientes trabajos: Luis D. Cruz Ocampo, La Universidad en la Edad Media y en el Renacimiento; Pedro Lira Urquieta, Las Universidades en el siglo xviii y la Universidad napoleónica: Francisco Walker Linares, La Universidad Contemporánea en Francia; Máximo Pacheco Gómez, La Universidad contemporánea en Italia: Agustín Alvarez Villablanca, La Universidad Contemporánea en Alemania; Manuel Bianchi Gundián, La Universidad Contemporánea en Inglaterra; Eugenio Pereira Salas, La Universidad Contemporánea en Estados Unidos; José de J. Núñez y Domínguez, La Universidad Contemporánea en México; Juvenal Hernández, La Universidad Contemporánea en Chile; Santiago Labarca, La Universidad frente a su época; Enrique L. Marsall, La autonomia universitaria en Chile; Juan Montedónico, La Universidad y sus elementos humanos; Germán Urzúa, Aspiraciones del alumno universitario del momento actual; Jorge Bande, Las Asociaciones Internacionales de Universidades y el mundo universitario.

History of Education Journal. Ann Arbor (Michigan). v. iv. no 4. summer 1953.

Esta revista de historia de la educación, editada por un comité de conocidos especialistas en la materia con sede en Ann Arbor, publica en su número 4, volumen IV, correspondiente al verano de 1953, los siguientes trabajos: Educational History as a humanistic discipline, Lloyd P. William; The first Lady of Education, Clifton I. Hall: The role of Hope College in the assimilation of Dutch-Americans, Preston J. Stegenga: Soviet version of John Dewey and Pragmatism, Martin Levit; Research in comparative teacher education, William W. Brickman; Edgar Wallace Knight: master, teacher and triend, William E. Drake: Significance of research in old textbooks. John H. Neitz; Historiography and Roman education, Michael Chiappetta: Book Reviews.

-v. v. no 1, autumn 1953. (A special number honoring Flaud C. Wooton).

El número 1 del volumen v de esta re-

vista de historia de la educación, editada en Ann Arbor, Michigan, correspondiente al otoño de 1953, contiene los siguientes trabajos: Industrial education in California, Melvin L. Barlow; The Santa Mónica City Schools, Donald Milton Cleland: Teacher induction problems, Elsie France Gibb; Mark Keppel: lawmaker in education, Raymond S. Luttrell; The career of Susan Miller Dorsey, Georgette MacGregor; A twentieth-century dilemma, Frederick C. Neff; Shall we promote individual differences?, Philip W. Perdew; Educational philosophy in Alhambra, Norman B. Scharer; The professional church educator, D. G. Stewart: Education for adolescents in England, Theodore Frank Yuhas; Newsletter of the National Society of College Teachers of Education, donde entre otras informaciones se da cuenta de la reunión que tuvo lugar en Mudd Hall, Universidad de Southern California, el 21 de diciembre de 1953, convocada por Flaud C. Wooton, en la que estuvieron presentes o se recibieron comunicaciones de tedos los principales representantes y profesores de historia de la educación de los institutos del profesorado de la costa del Pacífico y del Sud Oeste.

Juan Mantovani

#### HISTORIA DE LAS ARTES PLASTICAS Y DE LA ARQUITECTURA

Talbot Rice, David. Byzantine art. London, Penguin Books, 1954. 272 p., 64 ilus.

David Talbot Rice nació en 1903; estudió en Eton y Oxford; en 1925 integró la expedición oxoniense a Kish, Mesopotamia: en 1926 intervino en excavaciones en Chipre; en 1927, dirigió investigaciones arqueológicas de la Academia Británica en Constantinopla. Ha escrito numerosos trabajos sobre arte bizantino y arte religioso del cristianismo ortodoxo de Europa oriental. Desde 1934 es profesor de arte en la Universidad de Edimburgo. Byzantine Art apareció originalmente en 1934, publicado por la Universidad de Oxford: esta nueva edición ha sido enteramente revisada y puesta al día. Los capítulos sobre mosaicos y pinturas han sido modificados, a fin de señalar la importancia del "renacimiento del arte bizantino" en el siglo XII. Los aspectos tratados en este libro son los siguientes:
1) el fondo histórico, 2) la base geográfica de la cultura bizantina, 3) los
orígenes del arte bizantino, 4) fondo
arquitectónico, 5) mosaicos, 6) pinturas murales, 7) ilustraciones de manuscritos, 8) paneles pintados, 9) escultura, 10) trabajos en metal, 11)
esmaltes, 12) textiles, 13) cerámica y
cristal, 14) relaciones con Oriente, Occidente y el mundo eslavo. Muy buenas
bibliografías.

Jaime Rest

Dorfles, Gillo. Barocco nell' architettura moderna. Milano, Tamburini, 1951. 92 p., 66 lám. 900 liras.

Dorfles intenta demostrar en este libro que existen actualmente diversos impulsos aún amorfos, diversas tentativas aún embrionarias, y dos o tres personalidades ya totalmente evolucionadas, que pertenecen a una derivación moderna del movimiento barroco del siglo xvii, al que considera un organismo aún con vida, que no ha muerto y que, luego de aparecer bajo diversos aspectos ha vuelto a retomar su antigua potencia, atribuyendo esta circunstancia al hecho de que vivimos en una época que por razones históricas, espirituales, éticas, etc., es en cierto modo la prolongación y continuación de la edad Barroca. Este fenómeno se produce -según Dorfles- no sólo en arquitectura (Eric Mendelsohn, Antonio Gaudí, Bruno Taut, Alvar Aalto), sino también en pintura (L. Noguki), escultura (Henry Moore, Max Bill, Barbara Hepworth) y música. Al aclarar su concepto sobre el Barroco, su carácter de movimiento único, perfectamente limitado y que debe situarse en un momento de la historia, niega la teoría de Focillon, según la cual el Barroco es un submovimiento que aparece periódicamente a lo largo de la historia. Luego de analizar las personalidades de Borromini, Bernini y Neumann, señala el profesor de la Facultad de Arquitectura de Milán los elementos y conceptos que aparecen como constantes tanto en las obras del siglo xvII como en las actuales, refiriéndose a la luz como nuevo material constructivo, a los ritmos arquitectónicos y al paralelismo existente entre ellos y los musicales de Juan Sebastián Bach, a la fluidez espacial, al dinamismo opuesto a la estaticidad, a la modulación plástica contrapuesta a la geométrica, y al Barroco en general como humanización y organización en oposición a la mecánica fría y a la árida técnica del constructivismo de la primera posguerra.

Lorenzo A. Gigli

#### HISTORIA DE LA CIENCIA

FARRINGTON, BENJAMIN. Greek science; its meaning for us. London, Penguin Books, 1953. 320 p.

Las dos partes de Greek science, aparecidas en sendos volúmenes en 1944 y 1949 han sido ahora ventajosamente reunidas en uno solo. Esta nueva edición ha sido corregida y actualizada, sufriendo las modificaciones más substanciales el capítulo I de la parte I, sobre las influencias de las civilizaciones del cercano Oriente y acerca de la tecnología y la ciencia. Además, el profesor Farrington ha escrito una nueva introducción para explicar las conveniencias de reunir su estudio en un solo volumen, los motivos de sus correcciones, el progreso bibliográfico sobre la materia (mencionando especialmente el valioso repertorio de Morris R. Cohen e I. E. Drabkin, A source book in Greek science, New York, McGraw-Hill, 1948) y, finalmente, para ratificar su argumento acerca de la influencia negativa que ejerció Platón en el desarrollo de la ciencia griega, posición que también ha sido sostenida por P. M. Schuhl en Formation de la pensee grecque y en Machinisme et philosophie.

Jaime Rest

Westacott, E. Roger Bacon in life and legend. New York, Philosophical Library, 1953. 140 p.

Libro destinado a ofrecer a los lectores de habla inglesa la máxima información posible acerca de Roger Bacon, en especial a través de comentarios a los escritos que se ocuparon particularmente de la vida de Bacon, de su obra o de algunos de sus aspectos; o a los escritos que se refieren a la época o al ambiente en que le tocó actuar. Desfilan así, en forma concisa pero bien documentada y con numerosas notas aclaratorias e informativas, el Bacon filósofo, matemático, religioso, físico, lingüista y teólogo. Varios apéndices, bibliografía e índice alfabético completan el volumen.

Bacrow, Leo. Die Geschichte der Kartographie. Berlin, Safari, 1951. 383 p., 228 mapas facsimilares, 8 mapas en colores idem . . . 112 ilus.

Una historia de los mapas antiguos. -Leo Bagrow, el animador y actualmente único director de la excelente revista de cartografía antigua Imago Mundi1, ha publicado, bajo el título Geschichte der kartographie (Safari-Verlag, Berlin, 1951), un hermoso volumen con la historia de los mapas hasta mediados del siglo xvIII. El objeto del libro es poner al lector en contacto con los mapas antiguos, tanto de los países europeos como de los no europeos, mediante el conocimiento directo de los distintos tipos de mapas, de sus caracteres, de sus constructores o dibujantes, de sus impresores, pero preocupándose especialmente por su aspecto exterior, sin profundizar en su contenido o en los detalles de los métodos científicos en que se funda su construcción; es decir, concibiendo esencialmente el mapa como una obra de arte, como un objeto cultural, y no como mero resultado de una actividad científica especializada. Este hecho explica que el autor haya limitado su exposición a los mapas anteriores a mediados del siglo xvIII, época en que los progresos de la cartografía científica se imponen y su exigencia priva sobre el aspecto puramente estético del mapa, y que el libro contenga "la historia de la evolución de los mapas antiguos y no la historia de la cartografía moderna". El libro pasa en revista los mapas de los pueblos primitivos, de la antigüedad, de los primeros tiempos medievales y de los árabes, para pasar, a través de las cartas marinas o portolani de fines de la Edad Media, a los mapas renacentistas e incunables y a la influencia que los descubrimientos geográficos tuvieron sobre los mapas del siglo xv. A continuación se estudian por separa-

I Esta revista, cuyo tomo I (1935) apareció en Berlin y los II (1937) y III (1939) en Londres, aparece desde el tomo IV (1947) en Estocolmo. do los mapas de distintas regiones europeas y los primeros Atlas, para terminar con una reseña de los mapas de los pueblos asiáticos y americanos. Un centenar de figuras en el texto, ciento veinte láminas reproducciones facsimilares de mapas, de las cuales 8 en color, un índice explicativo de los mapas reproducidos, un índice alfabético con referencias de un millar y medio de cartógrafos con sus fechas, un indice de los nombres de mapas conocidos, y una extensa bibliografía por temas, completan esta obra que por igual interesa a la historia del arte, por su intención y sus reproducciones, y a la historia de la geografía, por la crítica e información que acompaña a cada documento; obra que pone claramente de manifiesto el aporte y el significado del mapa en la historia de la cultura.

REY PASTOR, JULIO. Problemas cartográficos de la edad antigua. (Revista de la Universidad de Madrid, v. 1, nº 1, 1952).

Se estudian las cartas circulares que el autor llama homéricas pues considera que "los vates fueron inspiradores de las cartas que representan la Isla del mundo circundada por el Océano; y para personificar la idea, elegimos el simbólico nombre de Homero"; y las cartas métricas que culminan con Ptolomeo y que caen en desuso durante los tiempos medievales para ser reemplazadas por cartas del tipo homérico. Además, en este trabajo, Rey Pastor considera sin fundamento la difundida concepción antigua de la tierra como "disco redondo, flotante sobre un mar inmenso".

DAWES, BEN. A hundred years of biology. London, Duckworth, 1952, 430 p. (The Hundred Years Serie). 30 sch.

Este libro pertenece a la colección "Un siglo de...", y aunque su finalidad no es exclusivamente histórica, en él se acentúa el panorama histórico, porque, como dice el autor "muchos hechos e ideas que pueden parecer adquisiciones recientes hunden sus raíces en el pasado". Además de dedicar el capítulo inicial al armazón histórico de la biología, en todos los capítulos siguientes hay abundantes referencias

históricas a los problemas de que se ocupan y que tratan, sucesivamente, de algunas tendencias de la biología de los últimos tiempos; de algunos progresos técnicos (instrumentos y métodos); de la célula y del protoplasma; de la reproducción; del desarrollo; del crecimiento; de la herencia; de la taxonomía; de algunos problemas funcionales (fotosíntesis, metabolismo, respiración, etc.); de los receptores y efectores; del sistema nervioso y coordinación: de la conducta; de la evolución; de la biología marina; de los parasitos y parasitología; de los antibióticos; de la biología agrícola; y de algunos institutos de investigación biológica y de su labor (casi exclusivamente ingleses). Una amplia bibliografía (34 páginas) ordenada por capítulos y una lista de nombres de temas y de personas (sin fechas) completan el libro, Cuadros, diagramas y tablas complementan el texto de este volumen, sin duda muy útil, tanto para "los aficionados inteligentes como para los estudiantes especializados", para quienes ha sido escrito.

JEANS, SIR JAMES. Historia de la física. México, Fondo de Cultura Económica, 1953. 417 p., 39 ilus. (Breviarios).

Libro de carácter general que se propone "describir las líneas principales de los progresos de la ciencia física, con inclusión de la astronomía y las matemáticas, mas dejando fuera todos los puntos y cuestiones secundarias, y en lenguaje que se aparte lo bastante del vocabulario técnico como para que lo comprendan los lectores que carezcan de conocimientos científicos". La traducción del inglés ha estado a cargo de M. Hernández Barroso y ha sido revisada por Luis Alaminos.

Soddy, Frederick. La storia dell' energia atomica. Traducción de Massimo Montagnana. Torino, Einaudi, 1951. 404 p., 92 ilus., tablas.

Este libro, "escrito con la esperanza de eliminar la opinión de que el asunto es demasiado difícil para ser estudiado seriamente por los no especialistas", se inicia con una reseña de las etapas históricas que condujeron, a comienzos de este siglo, a los estudios

vinculados con el átomo y su energía. En los capítulos siguientes, partiendo de los descubrimientos de los rayos X, de la radioactividad, del electrón, y a través de las contribuciones aportadas por las teorías de los quanta y de la relatividad, llega a las consideraciones relativas a la actual física nuclear: la transmutación artificial, el fenómeno de "fisión", y los "últimos descubrimientos: el reactor nuclear, el más divino, y la bomba atómica, el más satánico". El último capítulo está destinado a exponer las impresiones del autor, nada optimistas, acerca de las posibilidades futuras de la energía atómica. Se ocupa de las relaciones entre el científico y la comunidad, expresando que un primer paso para impedir nuevas guerras puede ser el establecimiento de una especie de "juramento hipocrático", y la creación de una autoridad científica internacional capaz de obligar a los científicos a prestar obediencia a ese código ético.

Scientia. Asso (Como, Italia), v. LXXXIX, no 1 y 2, 1954.

Esta prestigiosa revista internacional de síntesis científica que ya ha superado los quinientos números (apareció en 1907), contiene en los dos primeros números de 1954, como de costumbre, una serie de artículos sobre temas científicos, notas, crónica y análisis de obras; cabe citar en el número I, una nota firmada por O. Assirelli sobre la nueva edición (1952) de Les langues du Monde de Meillet y Cohen; y en el número II los artículos de V. Tonini, Il concetto di struttura nelle scienze moderne; y de M. Sorre, La géographie des villes.

Chymia. Annual studies in the history of chemistry. Philadelphia, v. 4, 1953.

R. J. Forbes, On the origin of alchemy; D. I. Duveer, Madame Lavoisier; W. Ganzenmüller, Zunkunstsausgaben der Geschichte der Alchemie; W. Myles, Benjamin Rush, chemist; C. F. Bühler, A projected but unpublished edition of the "Life and Works" of Robert Boyle; C. de Milt, Auguste Laurent, sounder of modern organic chemistry; W. Prandtl, Zur Vorgeschichte des Meissner Porzellans; H. S. Klickstein, Charles Caldwell and the con-

troversy in America over Liebig's "Animal chemistry"; D. Reilly,, Contributions of Maxwell Simpson (1815-1902) to aliphatic chemical synthesis; G. Sonnedecker, The scientific background of chemistry teachers in representative pharmacy schools of the United States during the 19th century.

Archives Internationales d'Histoire des Sciences. Paris, sixième année, nº 25. octobre décembre 1953. G. Sarton, La Bibliographie de l'Historie des Sciences: J. Dewaele, Une genese difficile. La notion de "rythme"; H. Hermelink, Eine bisher übersehener Fehler in einem Beweis des Archimedes; A. Agostini, Quattro lettere inedite di Leibniz e una lettera di G. Grandi; S. K. Ghaswala, Development in aluminium and its alloys. Documents officiels. Notices nécrologiques. Correspondance. Compte rendus critiques. Notes et Informations. José Babini

#### HISTORIA DE LAS IDEAS JURIDICAS

CUTOLO, VICENTE O. Abogados criollos en el Buenos Aires del 1600. Santa Fe (Argentina), Universidad Nacional del Litoral, 1950. 58 p.

Se alude, al comienzo, al desarrollo de las universidades españolas hasta llegar al siglo XVI y su influencia sobre los estudios de Derecho, Examínanse luego los caracteres y modalidades de la abogacía en España y América (especialmente en el Río de la Plata). Se alude a los primeros abogados que actuaron en Buenos Aires, y se dan sus biografías respectivas. El último capítulo está dedicado a comentar el incidente ocurrido en el año 1613 a raíz de la negativa del Cabildo a permitir la entrada a tres abogados que deseaban establecerse en Buenos Aires, los cuales fueron: Gabriel Sánchez de Ojeda, José de Fuensalida y Meneses y Diego Fernández de Andrada. Sostiene el autor que la prohibición de marras no obedeció a las causas que se mencionaron en el Acuerdo, sino que tenían por finalidad impedir el descubrimiento -por aquella posible vía letrada- de graves delitos cometidos en las altas esferas del gobierno,

José Juan Bruera

Esta bibliografía no pretende dar cuenta de todas las obras aparecidas dentro de cada una de sus secciones, sino que selecciona aquellas que directa o indirectamente interesan a la historia de la cultura. El criterio para decidir su inclusión es necesariamente elástico, ya que los territorios de la historia de la cultura y de las historias particulares no están deslindados de un modo absolutamente preciso. Se incluyen, en consecuencia, algunas obras sobre temas que tienen un carácter histórico-cultural, aunque no lo tenga el método empleado, y otras que aportan elementos para el trabajo histórico-cultural.

# CeQana

Este quinto número de IMAGO MUNDI, Revista de Historia de la Cultura, se terminó de imprimir el 11 de septiembre de 1954, en Pellegrini Impresores, álvarez Jonte 2315, Bs. Aires, Rep. Argentina, al cuidado de Luis Seoane.

Impreso en Argentina - Printed in Argentina Marca Registrada Nº 323.337. Registro de la Propiedad Intelectual Nº 425.634 Editado por Ediciones de Historia de la Cultura, S. R. L. Cap. \$ 100.000.00

#### SUMARIO DEL NUMERO IV

#### ENSAYOS

LEÓN DUJOVNE

El pensamiento histórico de Croce.

ARTHUR P. WHITAKER

El concepto de Hemisferio occidental
y el Sistema americano.

Adolfo Salazar La transformación de la prosodia clásica a expensas del acento.

#### NOTAS

Abraham Rosenvasser

Tanis, los trabajos de la Misión

Montet.

Paul Rivet
Al regreso de Filipinas.

Juan Fitzpatrick Payró y sus "Crónicas".

Textos y documentos para la historia de la cultura. El maestro Francisco Javier Argerich y la Inquisición de Bucnos Aires (1800-1802).

Crónicas - Reseñas - Bibliografía para la historia de la cultura.

#### EN LOS PROXIMOS NUMEROS

José Luis Romero El punto de vista históricocultural.

Alfredo Orgaz

Del derecho civil burgués al derecho contemporáneo.

Walter Goetz

El Instituto de Historia Universal y
de la Cultura de la Universidad de
Leipzig.

Crane Brinton '
Para la discriminación del antiintelectualismo.

Luis E. Noussan Lettry Categorías pedagógicas en la comprensión de los hechos educativos.

Juan Mantovani La idea de la educación popular en América.

#### SUMARIO DEL NUMERO QUINTO

ENSAYOS: Adolfo Salazar: La transformación de la prosodia clásica a expensas del acento (Segunda parte). Marcel Bataillon: Historiografía oficial de Colón de Pedro Mártir a Oviedo y Gómara. Juan Marichal: Gutierre Diez de Games y su "Victorial". NOTAS: Tulio Halperin Donghi: Positivismo historiográfico de José María Ramos Mejía. Luis Tobio: La pintura bizantina y nuestro tiempo. Jaime Culleré: Las tres vertientes de la historia de la cultura. TEXTOS Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA: Coleridge y las teorías artísticas del Romanticismo inglés. CRONICA por Juan Mantovani y otros. RESEÑAS por José Babini, Lorenzo R. Parodi, Tulio Halperin Donghi, Gregorio Weinberg, David Viñas, Regina Gibaja, Luis E. Noussan Lettry, Jorge Juan Garat. BIBLIOGRAFIA PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA.

